EL PEÓN EN EL TABLERO

IRÈNE NÉMIROVSKY

narrativa
salamandra

Irène Némirovsky

EL PEÓN EN EL TABLERO

Traducción del francés de
José Antonio Soriano Marco

narrativa
salamandra

1

—Se acabó por hoy —murmuró para sí Christophe Bohun en la densa penumbra de la escalera vacía.

Como de costumbre, había salido el primero de la oficina, a toda prisa, como quien huye de un edificio en llamas. Aun así, por un breve instante apoyó la espalda en el frío muro con una sensación deliciosa; estaba sediento de oscuridad y silencio. Sus manos temblorosas palparon inquietas los bolsillos del gabán y sacaron la pitillera y el encendedor. Cogió un cigarrillo con tal ansia que lo partió por la mitad, lo arrojó al suelo, encendió el segundo e inhaló el humo con avidez.

Todavía le temblaban las yemas de los dedos. Se frotó repetidamente los ojos, heridos por el brillo de las lámparas, entornó los párpados, bostezó y empezó a bajar.

Un día que se va... Un día menos de vida... Y aún había que dar gracias...

Los pasos de los empleados que salían de los departamentos resonaban en los peldaños como una tronada lejana. Surgían de la tenebrosa caja de la escalera, pasaban corriendo bajo la cristalera, iluminada por el deslumbrante crepúsculo amarillo de octubre, y volvían a hundirse en la oscuridad. Alcanzados por la luz, los cristales de las gafas y los impertinentes lanzaban vivos destellos, que se extinguían al instante. Abajo, la llama del gas silbó. El edificio era antiguo; parecía incómodo y triste: Beryl había preservado cuidadosamente ese aspecto austero y antiguo que el viejo Bohun buscaba porque inspiraba confianza.

Christophe vio pasar a la muchedumbre gris de los empleados, los sombreros gastados, los paraguas negros, enrollados, apretados contra el pecho, los gabanes raídos. Oyó una vez más el rumor que se elevaba de aquel gentío, las respiraciones jadeantes, los suspiros, las primeras

toses del otoño. Al pasar, alguien entreabrió la ventana, pero el aire de la calle, también húmedo y cargado, traía un vago olor nauseabundo, como el que exhala una boca de metro.

—Si llegas antes que yo, Charles —oyó decir Christophe—, pon la sopa a hervir...

—Si llueve, te espero en el pasillo del metro...

—Un piso de dos habitaciones, con cuatro niños... No sé si se hace una idea, pero es peor que la cárcel...

Aquí y allá, entre los abrigos y los fieltros negros, el rojo de un sombrero de mujer disonaba como un obstinado grito de esperanza. Christophe aflojó el paso para que no lo empujaran, para dejar de verlos y oírlos. «¡Siguen sonriendo y hablando, cuando deberían huir de la vista de sus semejantes y desearles la muerte, a ellos y a sí mismos!»

Al fin desaparecieron.

Bajo la puerta del despacho de Beryl aún se veía una raya de luz. La reluciente plaquita de cobre llevaba su nombre.

El dueño...

Cuántas veces, se dijo Christophe, había visto a Beryl, cuando todavía se apellidaba Biruleff, inclinado ante él, el hijo de James Bohun... Beryl era un individuo grueso, de carnes blandas, blancuzcas y temblonas como la gelatina. Cada vez que lo veía, en la mente de Christophe se formaba la misma asociación: se acordaba de esos esturiones enormes, fríos, blancos, colocados en una bandeja, desde la que sus ojos opacos parecen lanzar una última mirada altiva y recelosa. Tenía el pelo rojizo y ralo, repartido por el cráneo en ricitos espaciados, lanosos, del color del cobre, y aún no se había inventado una gomina lo bastante densa y brillante para aplastarlos ni oscurecerlos. Hablaba con una voz siempre medio ahogada, baja y sibilante, como si temiera que las palabras que pronunciaba fueran repetidas y tergiversadas por enemigos mortales.

—¡Ah, señor Bohun! —murmuraba al verlo, y, en lugar de tenderle la mano, la agitaba con languidez desde lejos haciendo una mueca a modo de sonrisa.

«Viejo granuja...», pensó Christophe, aunque constató con satisfacción esa llamarada de odio, que contrarrestaba su lúgubre

apatía.

En ese preciso instante, el pomo giró en la puerta, y Beryl salió. Christophe se llevó la mano al ala del sombrero. Beryl hizo lo propio mirándolo fríamente; luego se encasquetó el bombín gris un poco más sobre la ancha y pálida cara, y bajó. Christophe lo siguió, más despacio.

«¿Qué pensará? —se preguntó con una mezcla de ironía y hastiada curiosidad—. Seguro que algo como "Empecé de cero... y fundé una compañía de categoría y fama mundiales".»

Recordó el discurso de Beryl, condecorado el día anterior: «La idea principal, la única idea de mi vida: la prosperidad de Francia...»

¿Y por qué no? Aquel individuo, que había comenzado como asalariado del padre de Christophe, aquel joven y oscuro agente que había captado clientes para James Bohun, que había traficado con acero y petróleo para él, ahora rico, casado, estabilizado como una moneda saneada, tenía, como cualquiera en su lugar, sed de consideración, de respeto, de estima. ¿Por qué no?

—Señores, he consagrado mi vida a una idea, la creciente influencia de Francia en el extranjero, obtenida por medios pacíficos —repitió Christophe en voz baja, sonriendo, y buscó con la mirada la enorme y redondeada espalda, envuelta ya en las tinieblas de los pisos inferiores.

¿Qué más había dicho?

—Nosotros, los latinos...

Ya en la puerta se dijo de pronto: «El pequeño judío, nacido a las puertas de Rumanía, el agente de información secreta de mi padre... Aun así, tiene gracia... Y seguramente, al verme habrá pensado: "¡Yo empecé de cero! ¡Y ahora el hijo, el propio hijo de James Bohun, arruinado, trabaja en mi empresa, mezclado con la masa anónima de mis empleados!"»

Christophe se encogió de hombros y adelantó los labios en una mueca amarga y cansada.

—¡Pues al diablo con él! —masculló sonriendo, y salió.

Era un atardecer de octubre, mitad lluvia, mitad luz.

De vez en cuando soplaba una ráfaga de viento cargada de un olor fuerte y puro en el que aún parecían percibirse los aromas del campo y

las llanuras abiertas.

Más allá de las nubes negras, el horizonte era amarillo. La acera, mojada y reluciente, estaba resbaladiza.

Entre la muchedumbre, algunos chicos de tez bronceada y cuello dorado traían a la mente las vacaciones pasadas y el mar.

Una mujer lo estaba mirando. Christophe tenía cuarenta años largos, un cuerpo esbelto y juvenil, un rostro duro, que lo hacía parecer mayor, una nariz huesuda y una boca pequeña, desdeñosa y cansada, con las comisuras muy hundidas, bajo un bigote corto, enrojecido por el tabaco y salpicado de canas.

«¿Quizá? ¿Por qué no?», se veía que pensaba sin dejar de mirarle.

Le sonrió. Él había bajado sus penetrantes ojos, y los párpados, anchos y abombados, festoneados por largas pestañas, daban a su rostro una expresión indolente y soñadora.

La mujer aflojó el paso y, al cabo de un instante, se detuvo. Pero Christophe huyó por la calle sin dirigirle un vistazo; en el cielo ya oscuro, unos signos de fuego se apagaban y encendían espasmódicamente formando una corona de llamas en lo alto del edificio:

B.. E.. R.. Y.. L..

Y más abajo:

A.. G.. E.. N.. C.. I.. A.. D.. E..
I.. N.. F.. O.. R.. M.. A.. C.. I.. Ó.. N.. B.. E.. R.. Y.. L..

2

Los coches avanzaban lentamente hacia la ópera deslizándose como un río negro salpicado de reflejos y llamas. A cada minuto se detenían, atrapados en un embotellamiento, y entonces estallaba un clamor inhumano: pitidos destemplados, aullidos de claxon, los gemidos de las ruedas en el pegajoso suelo de otoño... Nadie volvía siquiera la cabeza. Los transeúntes seguían empujándose sin verse, arrastrados por remolinos paralelos. Crispaban la mano sobre el mango del paraguas abierto, encorvaban la espalda, apretaban el paso y parecían dirigir sus ojos cansados hacia el interior de sí mismos, como si cada uno de ellos contemplara, en el fondo de su alma, su pequeña serpiente familiar, su cuita cotidiana.

Christophe subió a su coche, plegó los periódicos que acababa de comprar, los arrojó a sus pies, cogió el volante, miró con irritación al agente inmóvil y su caballo, reluciente por la lluvia, esperó con impaciencia el silbido que autorizaba a arrancar, soltó un leve suspiro de exasperación, maldijo entre dientes y desapareció.

Como todas las noches, se detuvo en una calle cercana, delante de un barecito vacío y todavía en penumbra. El barman, que dormitaba detrás de la barra, se irguió al verlo entrar, agitó en un gesto mecánico la coctelera, movió unas botellas y esperó las órdenes.

Christophe se sentó, inclinó el largo cuerpo sobre la barra hasta sentir en el pecho la presión del borde de hierro y soltó un profundo suspiro.

—Un benjamín de champán, José —dijo, como todas las tardes. El leve temblor que le agitaba las manos desaparecía poco a poco—. ¿Qué tal?

Sin escuchar la respuesta, cogió uno de sus periódicos, se lo puso delante, lo hojeó con aire distraído, lo dejó caer al suelo y abrió otro.

No leía. Sólo paseaba una mirada lúgubre por los titulares. «Bajada del dólar... Paro... crisis... déficit presupuestario... La marcha del hambre sobre Londres... Paro... crisis...»

Se había bebido la primera copa sin dar tiempo a que sus labios la saborearan. A esa hora, sin haber probado una gota de alcohol desde la comida, lo deseaba con un ansia acuciante, con la impaciencia del fumador privado de cigarrillos. Pidió otra copa, un aguardiente fino, y mezcló las bebidas él mismo. Entretanto, el bar se había ido llenando de sombras silenciosas. Casi únicamente hombres, que salían de su pequeño presidio cotidiano, una oficina, un banco... y no iban allí ni a encontrarse con una mujer ni a cerrar un negocio, sino tan sólo a beber, estar tranquilos y recuperar las fuerzas para el esfuerzo más duro que aún debían realizar antes de la noche misericordiosa: la cena en familia.

Desde hacía ocho años, Christophe coincidía con ellos todas las tardes a la misma hora. Apenas sabía sus nombres. Nunca intercambiaban más que un rápido: «¿Qué tal?» y un movimiento de cabeza.

Con uno de ellos solía jugarse una copa a los dados en silencio. Pero tampoco a él lo miraba; a duras penas diferenciaba sus facciones de las del resto. Esa noche, sin embargo, alzó la cabeza, contempló a aquel hombre que tenía al lado y que, al igual que él mismo, estaba sentado en uno de los taburetes altos de la barra, y sintió una ligera náusea, como alguien que, a las puertas de la vejez, ve por la mañana su imagen en el espejo del armario, entre la oscuridad y la incierta luz del alba.

Como Christophe, aquel hombre inclinaba el rostro con una expresión cansada y hosca; como él, toqueteaba distraídamente, con manos nerviosas y trémulas, los dados esparcidos entre dos copas vacías. Tenía unos cuarenta y cinco o cincuenta años, grandes orejas en asa, el pelo ralo alrededor de una calva sonrosada y los párpados hinchados de quienes se pasan el día escribiendo en una oficina en la que no entra el sol y sin más luz que la que arroja una lámpara móvil con tulipa verde. Grandes bolsas violáceas subrayaban los ojos. Estaba

demacrado, gordo y cansado. Fumaba sin parar. Jadeaba un tanto, como un perro viejo enfermo del corazón.

De manera automática, Christophe contempló su imagen en el espejo y se pasó los dedos con desazón por las mejillas hundidas; las aletas de la nariz, que el abuso del alcohol había cubierto de los primeros filamentos rojos de la cuperosis; las sienes, que empezaban a despoblarse; las arrugas en las comisuras de los ojos...

«Aún no me parezco a él, pero, tranquilo, todo llegará. Así es como seré el domingo», se dijo con un pequeño suspiro cargado de ironía.

Cuando acabaron de jugar las dos partidas y tomarse las copas correspondientes, el hombre alzó la cabeza, miró con triste estupor el reloj, que marcaba las siete y cuarto, suspiró hondo y cerró los ojos un segundo, como hacen los animales enfermos cuando los agarran del pescuezo para sacarlos del rincón oscuro en el que se habían escondido.

Se puso el gabán, le estrechó la mano a Christophe en silencio y se marchó.

También Christophe miró el reloj, pero, tras dudar un instante, pidió otra copa, la última...

Volver a casa... Encontrar a la familia reunida... Geneviève esperando el beso conyugal con la frente alzada hacia él, aquella frente de piel suave y arrugada bajo sus labios... Philippe... Murielle... Los recuerdos del pasado, su padre enfermo, la cena triste y silenciosa, la vida...

—La vida...

Le chirriaron los dientes. A menudo, cuando se notaba más exasperado que de costumbre —como en ese preciso momento y, por lo demás, sin ningún motivo especial—, una muequecilla salvaje le torcía un poco el labio.

El barman anticipó en ese gesto la orden que llegaría aparejada, y cogió la copa.

—¿Lo mismo, señor? —preguntó.

Christophe asintió y se esforzó por hacer memoria.

—¿Cómo está su esposa, amigo mío? —dijo al fin.

La mujer del barman sufría tuberculosis y echaba los pulmones en un sanatorio de la Ville de París, entre los negros abetos de los Vosgos.

José era un joven español de veinte años con un rostro femenino y la piel amarillenta como una naranja.

Negó con la cabeza.

—Sigue igual. —Empujó el platillo de aceitunas hacia él, dudó un instante y, bajando los ojos, mientras un intenso rubor le cubría las mejillas, añadió—: También es mala suerte, porque no es mayor, ¿sabe? —Pareció calcular. Luego abrió las manos—. Veinte años. Como yo, ¿sabe? También es mala suerte...

—Perra vida... —dijo Christophe.

—Perra vida, señor —repitió el chico.

Uno tras otro, los clientes se iban yendo. Se oían rugir los pequeños Citroën, los Renault de serie, delante de la puerta. El dueño del bar entró y apagó las luces del fondo. Sólo quedaba Bohun. Las ocho... Aquella última copa se la bebió de un trago, de pronto resignado a irse, pero se detuvo casi al instante, hechizado. Estaba tan habituado al alcohol que, por lo general, necesitaba más de cinco copas para sentirse ebrio. Pero ese día estaba más cansado que de costumbre. El champán que había bebido hacía una hora, añadido a aquel último trago, se le subió de golpe a la cabeza y le encendió la sangre. Apoyó la mejilla en la mano y cerró los ojos. Cuánto mejor, más áspero y violento que el amor... Le daba vueltas la cabeza, el corazón le golpeaba el pecho a velocidad de vértigo... Le corría fuego por las venas. Tuvo ganas de reír sin motivo. Miró al chico español sonriendo.

—*Never mind, old fellow! Cheer up!*

José no lo entendió, y se limitó a musitar, en tono triste:

—Por supuesto, señor.

Christophe bajó con esfuerzo del taburete, pagó y salió. Arrancó el motor del coche y se dirigió hacia los muelles. Vivía en la avenida Marceau. De pronto se dio cuenta de que se había equivocado de camino: estaba cruzando el Sena.

—Estoy borracho —murmuró.

Pero la lluvia, que caía a rachas y le azotaba el rostro por las ventanillas bajadas, lo despejó enseguida. Echó un vistazo al río, al cielo amarillento y tormentoso de otoño, y, muy despacio, dio media

vuelta.

En un segundo, el humor sombrío, ahuyentado por el alcohol, lo invadió de nuevo. Encolerizado, empezó a silbar, pero miró con afecto el capó negro, azotado por la lluvia, que salía despedida en forma de chispas diamantinas.

—El único placer del mundo…

Y volvió a la avenida Marceau.

3

Los Bohun vivían al final la avenida Marceau, en un edificio alto que hacía esquina y dominaba el Sena. El anciano señor Bohun se había mudado allí en los tiempos del esplendor, en la época del nacimiento de Christophe. El piso, inmenso y sombrío, seguía igual: aún contenía muebles imponentes y cuadros oscuros, incomprensibles; lo único que relucía en las tinieblas, aquí y allí, era algún marco dorado. Lo demás se había vendido en subasta tras la quiebra de las empresas Bohun, en 1925.

Christophe entró.

Geneviève fue a su encuentro y le ofreció la frente.

—Buenas tardes, querido —dijo—. Deberíamos ir pensando en sacar tu abrigo de invierno...

—Todavía no, querida —respondió Christophe, y entraron en el comedor.

Las paredes estaban forradas de un reps verde oscuro que, a la luz de la lámpara, parecía negro. De los cuatro tapices de Flandes, sólo quedaba uno, de dudosa autenticidad. Una bombilla eléctrica, brillante, lo iluminaba y arrojaba una luz cruda sobre las caras.

Eran cuatro a cenar. Christophe, su mujer, su hijo Philippe, de dieciocho años, y Murielle de Pena, sobrina del señor Bohun.

El anciano tomaba las comidas en su habitación, de la que en realidad ya no salía desde hacía tiempo. Poco a poco había cedido a los jóvenes el resto de la vivienda; él se había quedado únicamente dos habitaciones, en las que permanecía solo casi todo el día, sentado en el mismo sillón, junto al fuego. Padecía una enfermedad indeterminada, que se manifestaba con fiebre incesante, tos y expectoración de sangre. Cada día estaba más pálido, más consumido.

A Geneviève, que palidecía cada vez que Philippe se acercaba al

anciano James, éste le había dicho en una ocasión, con su débil y jadeante voz y una leve sonrisa:

—Lo que me ha quemado los pulmones ha sido la vida, hija, no la enfermedad que tanto te asusta.

En realidad, Philippe rara vez entraba en la alcoba de su abuelo, y, cuando lo hacía, el señor Bohun se limitaba a meterse la mano en el bolsillo y, con su lenta sonrisa, preguntar: «¿Cuánto?»

—Pobre hombre... —decía su nuera.

Pero no añadía nada. Geneviève nunca se permitía una queja; se limitaba a menear la cabeza y esbozar una débil sonrisa resignada o, a veces, a hacer un mínimo movimiento con los labios fruncidos y suspirar: «El pobre hombre está amargado, hay que entenderlo...»

Como era tan buena, tan indulgente, como se le daba igual de bien el piano que coser, tejer, bordar y remendar o hacer tartas y guisar, además de «saber estar» en sociedad y hacer el amor, Christophe, en su fuero interno, la llamaba «Madame de Fleurville», como en las célebres novelas de la condesa de Ségur: la madre perfecta de unas hijas ejemplares. Conste que la había amado, incluso la había deseado ardientemente diecinueve años atrás, cuando en 1915 cuidó de él en aquella vieja casa de provincias con el tejado agujereado por un obús... Qué lozana y tranquila le parecía entonces, con sus largos cabellos dorados, su hermoso rostro sereno, su voz límpida e inalterable... Y qué pronto se había cansado de ella... Sin embargo, aún no había llegado a ese bienaventurado estadio de la vida conyugal en que uno deja incluso de ver a su mujer, cuyo rostro se confunde con los muebles y las habitaciones silenciosas. Seguía siendo consciente de su presencia, sintiendo hacia ella una cólera sorda: sus palabras, sus pensamientos, que adivinaba, sus gestos, sus tics, le producían una irritación permanente. Su ausencia le resultaba agradable, pero cuando pensaba que un día ella podría morir antes que él, sentía un dolor lacerante.

Geneviève estaba hablando con Murielle, que respondía con aire distraído, como era habitual en ella, sin fingir siquiera que escuchaba, haciendo tamborilear los dedos sobre el mantel:

—Desde luego... Claro que sí... Por supuesto que sí, querida...

—Mi pobre Murielle, el mundo es así, y ni tú ni yo lo cambiaremos. La mujer de Beryl es una desventurada, la compadezco. Cuando a una chica joven ni se la encarrila ni se la vigila de cerca, no es de extrañar que, una vez casada, se comporte... Digámoslo claro, puesto que no hay ninguna jovencita delante: como una perdida. La pobre se está preparando una triste vejez. ¡Ay, si Philippe hubiera sido una chica!

«Menos mal que al menos me libré de eso...», se dijo Christophe con un leve estremecimiento en retrospectiva.

Geneviève había soltado un suspiro y se había callado. Tenía un rostro todavía agradable, porque era plácido, con las facciones ligeramente abotagadas, un poco de papada y buen color.

Pero a veces Christophe la contemplaba con cierto placer. Geneviève no cambiaba, se marchitaba, pero sin transformarse, sin deshacerse, como una fruta que coge peso y madura sin perder su aspecto inicial... No como Murielle, tan atractiva antaño, tan vivaz y alegre, con la negra corona de sus cabellos trenzados y enrollados sobre la frente, y sus grandes ojos verdes, que se había convertido en aquella mujer avejentada y hosca eternamente envuelta en un chal o una chaqueta de lana, que no se ponía, que se limitaba a echarse sobre los hombros y a subirse constantemente con cara de cansancio. El matrimonio, el divorcio, el tiempo y las preocupaciones la habían apagado como una llama se extingue tras un cristal cubierto de hielo y nieve.

Geneviève se volvió hacia su marido.

—Y tú, querido, ¿no cuentas nada? ¿Alguna novedad en la oficina?

—Pues no —respondió Christophe encogiendo imperceptiblemente los hombros. Pero Geneviève seguía interrogándolo con la mirada—. ¿Qué novedad quieres que haya? —gruñó con impaciencia.

—¿Ningún problema?

—¡No, no, todo tranquilo! Como siempre...

En efecto, ¿qué novedades iba a haber en la oficina? Buenas, se entendía, porque de las otras había donde elegir. (En el banco de al lado, otros veinticinco empleados despedidos el día anterior...) «Un hombre con suerte... Tres mil francos mensuales: para lo que hago, un buen sueldo, en realidad...», se dijo Christophe con una muequecilla

amarga. Pensó de nuevo en el trabajo mecánico, la rutina diaria, las horas vacías pasadas en una oficina sobrecalentada, entre el tableteo incesante y casi silencioso de las Remington, como el comiscar de los ratones en el revestimiento de madera de una vieja casa, que acaba por no oírse. Y, a media tarde, esas dos horas, dos horas y media de trabajo estúpido: las cartas que visar de un departamento a otro... En ocho años no había habido ningún cambio, y lo más probable era que nunca lo hubiese. Beryl lo temía en cuanto hijo de su antiguo jefe, el Bohun del acero, el Bohun de los buenos tiempos. La reputación de ese apellido atemorizador era tal que, al verlo acercarse demasiado a los engranajes de la compañía, la dirección se echaba a temblar y lo apartaba todo lo que podía de sus tejemanejes y los misterios en que los envolvían...

«Si supieran lo poco que me importa...», pensaba Christophe, hastiado.

Odiaba su inútil trabajo, pero, desde la quiebra, en casa del viejo Bohun ya no entraba más que una renta de dos mil francos mensuales y la manutención para él y los suyos. Había que vestirse, pagar el coche, las vacaciones... todo lo que hacía soportable la vida.

Christophe se esforzó en sonreír. «Hay que hacer lo que todo el mundo, como diría Geneviève. Pobre Geneviève...»

—Es un vago —decía ella de tal o cual de sus amigos comunes, con gesto de repulsa—. Y un hombre que no trabaja no es un hombre.

De hecho, era evidente que aún no había perdido la esperanza de ver la carrera de su marido coronada un día por el éxito, «el éxito, fruto del esfuerzo...».

«Maldita sea», exclamó Christophe para sus adentros.

—Murielle —decía Geneviève—, desde luego, deberías arreglarte el vestido negro. Hay que ver cómo te abandonas... —añadió con una inflexión de suave reproche en la voz, en la que, no obstante, se percibía como un débil silbido, un deje triunfal muy femenino, inconsciente pero feroz.

Con una sonrisita indiferente, Murielle se arregló el cuello que adornaba su viejo vestido negro.

—Así está muy bien, no te preocupes... ¿Puedo fumar? Ya hemos

acabado de cenar...

—Falta la compota, querida...

—Esta mañana hemos visionado toda la cinta, por fin —dijo con desgana Philippe, segundo ayudante desde hacía seis meses en los estudios QJLO.

Christophe no dijo nada, pero Geneviève preguntó con indulgencia:

—¿Y qué tal, hijo?

Philippe hizo una mueca. Hablaba con extraordinaria lentitud, igual que comía y hacía todas las cosas, como si temiera dilapidar una porción de su talento y sus ideas con su familia. Se parecía a su padre: era un chico alto y delgado, con la nariz grande, las fosas nasales dilatadas y un mentón prominente, pero tenía los ojos de los Courtenay, la familia de su madre, grises, cambiantes, festoneados por densas pestañas negras.

—La pequeña Laurette Lacy joroba toda la cinta...

—¡Por Dios, hijo! —murmuró Geneviève, dolida—. Decir semejante grosería a la mesa, delante de tus padres... ¿Dónde tienes la cabeza?

—Aunque es guapa... —añadió Philippe tras un momento de reflexión. Adelantó los labios—. No es repugnante —admitió al fin con un suspirito exasperado—. Y en la cinta hay cosas buenas, de hecho. La última escena tiene un ritmo formidable —dijo pronunciando las frases como si ensartara perlas en un hilo, y se calló.

Mientras comía en silencio, Christophe Bohun miraba a su mujer y a su hijo.

«Este chico tiene ademanes de marica... ¿Por qué a esta edad se dan todos esos aires de genios incomprendidos? ¿Por qué visten tan mal?» Y en voz alta, casi a su pesar, dijo:

—¿No crees que si encargaras los cuellos duros un milímetro más altos, tu figura, sin dejar de ir a la moda, como debe ser, resultaría más agradable a la vista?

—Mmm... —gruñó suavemente Philippe—. Se llevan así, papá, tú no entiendes...

—Si no te cansa demasiado, también podrías pasarme la sal.

—¿Eh? ¿Qué? ¿La sal? —murmuró el chico, como si despertara de un

sueño—. ¡Ah, sí!

«Por Dios bendito...», se dijo Christophe.

Odiaba por igual las chaquetas ajustadas de Philippe, sus cuellos bajos —de los que emergía el cuello largo, delgado y rojo del adolescente, con la abultada nuez de Adán—, su afectada calma inalterable, una *aloofness*, como la llamaba él, odiaba sus «formidable», sus «no repugnante» para decir que un chica era bonita, sus «qué rabia me da...» constantes pero pronunciados con la mayor frialdad, y sus miradas fijas y vacías, que parecían ver a sus padres a duras penas, de muy lejos, como si fueran humo o sombras vanas. Desconcertante Philippe... Pero Christophe de sobra sabía que, como todos los padres del mundo, sólo conocía la apariencia más engañosa de su hijo. Entre Philippe y él se interponía, como una máscara sobre un rostro, el recuerdo del Philippe niño, nacido cuando el propio Christophe aún era muy joven... El niño al que adoraba... Recordaba una advertencia de James Bohun, y su sonrisa: «¡Ojo, Kit! No le des demasiado cariño a tu hijo, más tarde le exigirás que te lo devuelva. Mal negocio.»

Tal vez... Philippe a los cuatro años, a los ocho... Sus gritos, su risa... «¡Papá!» Cerró los ojos y escuchó desesperadamente en el fondo del pasado aquella voz de niño, fresca y clara, que había mudado, que aún no era una voz de hombre, sino un falsete estridente que hería el oído musical de Christophe... El pequeño Philippe... Sus rizos dorados, cubiertos ahora con una espesa capa de gomina, una especie de pringoso caparazón, desanimaban incluso a la mano materna.

—Aun así, hijo mío —decía Geneviève concluyendo una conversación cuyo comienzo se había perdido Christophe, pero que se repetía todas las noches—, es una pena que no hayas seguido estudiando. Vivimos en un mundo desquiciado, pero la cultura intelectual y los títulos...

—¡Bah! Papá los tiene, y para lo que le sirven... —murmuró Philippe en un tono de ligera conmiseración.

—Te comprendo —dijo Christophe—, pero... —Y de pronto aligeró su corazón cargando a su propio padre la ofensa que le había hecho su hijo—. Si no hubiera tenido que ofrecerte la quiebra de tu abuelo como

regalo de natalicio...

No obstante, se calló enseguida y se encogió de hombros. Rara vez se desahogaba hablando de cosas que él mismo consideraba ociosas. Y, cuando lo hacía, se miraba desde fuera, como habría podido hacer otro, con sarcasmo y apuntando los tantos.

«Estúpido, grotesco... Sólo tienes veinticinco años más que este chico, y ya hablas como un vejestorio... ¡Veinticinco años!», se dijo de pronto, abatido.

Las palabras de Philippe y su deje desdeñoso y condescendiente habían removido un poso de bilis en su alma. Era cierto que su padre nunca le había ayudado... Antaño daba el dinero a manos llenas... Pero sus negocios siempre habían sido terreno acotado...

«De todas formas, nunca me interesaron. ¿De qué me quejo? Estas cenas tan sanas, tan frugales... ni siquiera son capaces de embotar la mente y adormecer las preocupaciones...», pensó Christophe mirando con aversión la compotera, que la criada le presentaba por segunda vez.

—Sirva el aguardiente fino en el salón, con el café, Juliette...

—Tu hígado, Christophe... —murmuró Geneviève—. Te lo ruego, hazlo por mí, abstente... Nada de aguardiente, Juliette, ¿verdad, querido? ¿Vienes, Murielle? ¿En qué piensas, querida? Siempre estás con la cabeza en las nubes... —añadió en un tono de suave reproche.

Se levantaron y pasaron al saloncito.

—He visto a la señorita Belcolor, tu mecanógrafa... —dijo Geneviève—. ¡Llevaba un sombrero muy elegante! Para una empleada, desde luego... Pero esas chicas...

Cuando hablaba de una mujer en la que su marido podía fijarse, pensó Christophe, la curva despectiva de sus labios reanimaba por sí sola, con una expresión cruel y humana, aquel rostro habitualmente tan plácido, tan rollizo, tan fresco... Como cuando seguía con la mirada a Murielle e, ignorando que la observaban, juntaba ligeramente las pestañas hasta que sus párpados entornados no dejaban pasar más que un destello reluciente como un cuchillo... «Pobre Geneviève...»

—... esas chicas sólo piensan en que el jefe se fije en ellas, claro está...

En el umbral de la puerta, Murielle dejó escapar un pequeño bostezo.

—Tengo sueño, voy a acostarme —dijo.

Y, llevándose las manos a la cabeza, se atusó muy despacio los revueltos mechones. El carmín se había borrado de sus labios. Al deslizar un dedo por ellos, sorprendió la mirada de Christophe y, encogiéndose de hombros, apartó la vista con el ceño apenas fruncido. Lo miró otra vez, desafiante. Él le leía el pensamiento: «¿Y para quién iba a querer estar guapa, ahora? ¿Para quién maquillarme, arreglarme, vivir?» Sin poder evitarlo, Christophe sintió un placer cruel e irónico, como el de una oscura venganza. «¿Y por qué? ¿Por qué? ¿Será porque ha cambiado y aprecio más en ella el tiempo transcurrido?», pensó al instante, sorprendido.

Avergonzado de su resentimiento, le cogió la mano y se la besó.

Murielle abandonó el salón.

—Qué cansada parece... —dijo Geneviève.

«Y con qué ternura le ha cogido la mano... ¡No, no! Es mejor no pensar, no recordar —se dijo de pronto la mujer con un miedo supersticioso—. Todo está bien, el mundo está bien, e incluso si no lo estuviera, ¿de qué sirve quejarse? Hay que resignarse, cerrar los ojos y, sobre todo, no pensar, no pensar...»

4

Cruzaron sin detenerse el enorme salón, oscuro y helado; el café se servía en la antigua sala de fumadores, que conservaba vestigios del pasado: un diván, una mesa de bridge y dos sillones Chippendale.

Christophe y Philippe se tomaron varias tazas: compartían la misma afición por el café solo y sin azúcar, heredada del señor Bohun, al que en esta vida sólo le habían gustado las cosas ásperas, amargas y fuertes.

Geneviève encendió una lamparita de sobremesa y empezó a tejer con rapidez mientras leía un libro colocado sobre sus rodillas, como si temiera perder unos minutos preciosos e irrecuperables. De vez en cuando se detenía y exclamaba:

—¡Basta! ¡Basta de café, Philippe! Y lo mismo te digo a ti, Christophe, te va a sentar mal, ya lo verás... ¡Dichosa manía! —Y al cabo de un momento, añadió—: Esta tarde, tu padre estaba un poco peor, Christophe...

Al entrar, Christophe se había dejado caer en un sillón y había cerrado los ojos. Tenía el rostro flácido y envejecido.

Sacó un cigarrillo, lo hizo rodar entre sus dedos unos instantes, empezó a darle caladas regulares, lo arrojó a la chimenea y se puso a pasear por el salón con paso lento y pesado. Sus idas y venidas irritaban a su mujer y a su hijo, como a él lo irritaban los leves suspiros involuntarios que alzaban el pecho de Geneviève y la pose afectada e indolente de Philippe, hundido en el fondo de un sillón.

Era una apacible velada en familia...

Christophe se detuvo al fin delante del fuego y, haciendo chirriar los dientes, con el tic nervioso que en él era habitual, alzó alternativamente las plantas de los pies hacia las llamas. Aquellas enormes habitaciones eran gélidas; había que encender el fuego al principio de la estación, mientras en la calle el tibio día de otoño se

fundía con una noche templada y húmeda.

Por enésima vez desde que vivía en casa de su suegro, Geneviève murmuró con un escalofrío:

—Con lo bien que estaría en un pisito moderno con cuatro habitaciones, calefacción central...

Y, sin acabar la frase, miró con hostilidad las rejillas de la calefacción, que, de noviembre a marzo, no soltaban más que parsimoniosas bocanadas de malsano calor. Nadie le respondió. Philippe, porque pensaba que cuando sus padres, enriquecidos por la herencia del viejo señor Bohun (de la que nadie hablaba y que todos esperaban), vivieran en el piso de sus sueños, él sería director de cine en Estados Unidos (y las palabras mágicas llenaron su alma de una especie de embriaguez dolorosa: Hollywood, Santa Mónica, Beverly Hills... Cuánto se hacían esperar... Pero de nada servía lamentarse... De todas formas, qué perra vida... Aunque a los viejos les bastaba...).

Suspiró con ironía. Christophe amaba aquel viejo salón, enorme y destartalado, como amaba todas las cosas sombrías y silenciosas, con un profundo y melancólico placer.

Entretanto, en su rincón, Philippe accionaba los mandos del aparato de radio. Unas vibraciones sonoras atravesaron el salón y, luego, ensordecidas, se transformaron en un extraño silbido, se apagaron, volvieron con más fuerza y cesaron de golpe.

Una música de vals, lejanos acordes de violín, un discurso en una lengua rápida e incomprensible, que tan pronto se hinchaba y rugía como el trueno como susurraba y se hundía en las profundidades del espacio, entrecortada por la voz lenta y pastosa del locutor francés:

«En las costas de Bretaña, lluvia y viento, temperatura en descenso.»

—Deja eso, por amor de Dios... —murmuró Christophe con impaciencia.

Sin escucharlo, Philippe seguía haciendo girar los botones a un lado y al otro, limitándose a soltar de vez en cuando un gruñido inarticulado...

—Mmm... Sí... Espera... enseguida...

Una voz masculina empezó a hablar con tanta claridad que Christophe dio un pequeño respingo.

«Ya hay signos evidentes de que las nuevas generaciones reaccionan contra la excesiva importancia concedida a las cosas materiales... Los jóvenes ponen de nuevo por delante los valores espirituales... Pronto se impondrá una nueva moda, una concepción novelesca del amor... El amor volverá a estar en boga... Consagrarse a las alegrías del amor...»

—Lo que hay que oír... —masculló Christophe.

Philippe alzó la vista y lo miró con una mezcla de sorpresa e ironía, como si se dijera: «¡Vaya, pero si es capaz de pensar!»

Y Christophe le devolvió la mirada.

«Viva el amor», decía el locutor.

Geneviève suspiró.

Philippe perdió la sintonía. El discurso cesó.

Un suave y ahogado bordoneo de guitarras y la voz lejana de una mujer, ligera y apasionada, atravesaron el salón como un vuelo de abejas y se perdieron en las tinieblas.

—El concierto de música española —dijo Geneviève.

Christophe había cerrado los ojos con una expresión de mudo placer, pero Philippe ya había hecho girar la rueda, y, al instante, frases inconexas, los precios del mercado, los gritos: «... crisis, desplome, paro, los granjeros de Ohio protestan contra la política de Roosevelt, la Cámara vota nuevos impuestos», todas esas vociferaciones diversas, amalgamadas, fundidas en un mismo odioso y lúgubre clamor, parecieron irrumpir desde el exterior en el salón cerrado.

Exasperado, Christophe se levantó, salió y empujó la puerta a su espalda con violencia.

Geneviève bostezó lentamente y extendió la labor sobre sus rodillas.

—Doce hileras de más —murmuró contando aprisa los puntos con el extremo de la larga aguja de acero—. Cierra la puerta, cariño. Tu padre sólo la ha empujado, y se ha vuelto a abrir. Noto la corriente de aire frío del comedor —añadió con un leve escalofrío. Y, en voz más baja, dijo una vez más, con otro suspiro—: Nunca me ha gustado esta casa.

5

Christophe había entrado en la habitación de su padre. En la chimenea, el fuego de carbón ardía sin fuerza. Vencido en un gran sillón, el viejo James Bohun descansaba en la penumbra.

Era un anciano de aspecto frágil y delicado, tez pálida, como exangüe, cabello plateado y ojos hundidos y con grandes ojeras que debían de haber sido bonitos y que, pese al desgaste de la fiebre y de la edad, conservaban un brillo diamantino, un límpido color negro.

Miraba el fuego con las manos entrelazadas sobre las rodillas, inmóvil, con el periódico a sus pies. Parecía adormilado.

Cuando su hijo entró, dijo con una voz apagada, que él bajaba aún más a propósito, para no cansar sus gastadas cuerdas vocales:

—Sí. Entra.

—¿Cómo estás, papá?

Por toda respuesta, el anciano se encogió de hombros levemente y preguntó a su vez:

—¿Qué tiempo ha hecho hoy?

—Malo. Lluvia y viento.

Sentado frente a su padre, que contemplaba el fuego entre toses, Christophe miraba en silencio al «Bohun del acero», del que en otros tiempos se decía: «A su paso surgen la ruina y la guerra...» Siempre lo había conocido con el pelo plateado, el semblante triste y preocupado, y aquella sonrisa irónica y lúcida. Hablaba poco; sus menores gestos, sus miradas, sus silencios gritaban: «Dejadme solo. No volváis a meteros en mis asuntos, que yo no me meto en los vuestros. No necesito nada de vosotros. Ni vuestra ayuda, ni vuestro afecto ni vuestro auxilio. No doy nada, pero tampoco lo pido. Dejadme tranquilo.»

De vez en cuando, una tos hueca y sibilante le agitaba el pecho y los

hombros. Entonces, alzaba despacio la mano para exigir silencio y parecía escuchar con calma la tos, que resonaba hasta el fondo de sus pulmones. Luego respiraba largo rato dilatando las fosas nasales con esfuerzo. Un profundo estertor ascendía de su pecho y se apaciguaba. El anciano volvía a hablar con su voz baja y suave:

—¿Qué hay de nuevo?

—Nada, padre.

—¿Los negocios?

—Mal, padre.

—¿En tu empresa?

—¿En la empresa de Beryl?

El anciano asintió con los labios entreabiertos y temblorosos, cansado ya de hablar.

—Todo sigue igual —dijo Christophe—, al menos en lo que a mí respecta...

—¿No despiden a nadie?

—No —dijo Christophe—. Por ahora...

—Te mantendrán, tranquilo —dijo Bohun—. Incluso después de mi muerte... Yo me las arreglaré... Por ese lado, al menos, puedes estar tranquilo —murmuró tras unos instantes de reflexión con una leve mueca fatigada, él único gesto que Christophe había heredado de él.

La charla le había animado un poco. Sus mejillas, cuya transparente palidez llamaba la atención, adquirieron un oscuro rubor de fiebre.

«Si lo único que piensa dejarme es esa seguridad...», se dijo Christophe a su pesar.

Una vez más, en su mente se inició el automático y minucioso trabajo de costumbre, como si un delicado mecanismo lo pusiera en marcha: «Dicen que, tras la quiebra, se quedó ocho o diez millones... Con que fueran cinco o cuatro... ¿De dónde salió ese dinero? ¿Cómo se las apañó para salvarlo de los acreedores? ¡Bah, ni lo sé ni me importa, es asunto suyo! Si, de esa fabulosa fortuna de antaño, pudiera dejarle a su hijo lo bastante para vivir y tener el futuro asegurado... Aunque lo cierto es que la seguridad es una moneda fuera de curso. ¡Señor, olvidarse del dinero, de la preocupación por el dinero, de esa trampa que llaman

ganarse el pan!» Cerró los ojos y, mentalmente, como si fuera una plegaria, repitió: «¡Olvidarse del dinero!»

El Bohun del acero, el Bohun del petróleo, de todo lo que se vende, de todo lo que se compra... Miró las manos de su padre, aquellas manos pálidas, que parecían exangües, que tenían que intentarlo dos veces para conseguir levantar el pesado atizador...

«Es una pena que no tenga la suficiente confianza con él para pedirle que me cuente su vida. Morirá pronto, y yo no sabré nada. Nunca sabré nada.»

De la propia quiebra sólo sabía lo que los periódicos de la época habían repetido. Un montón de chismes y leyendas, nada. De pronto se acordó del periodista que, en su día, había venido a entrevistar a su padre. Bohun no lo había recibido; se había limitado a pedirle a Christophe que le entregara su tarjeta con estas palabras: «James Bohun ya no tiene voz, así que ya no puede cantar.» Christophe sonrió. «Sí, su vida debió de ser... singular...»

—¿Es verdad que la Rollers y la Vicks se han fusionado? —quiso saber su padre.

—No lo sé —respondió Christophe con indiferencia.

—Entonces ¿qué haces todo el día en la oficina, hijo mío? —le preguntó el anciano.

Y su forma irónica y enfática de pronunciar «hijo mío», como si evaluara el verdadero valor de un hijo de su propia sangre, fardo, rama cortada, lujo inútil, sacudió el alma de Christophe con un estremecimiento de cólera.

—Esperar que llegue la tarde —contestó.

—La nueva generación ha elevado la pereza a la categoría de religión —murmuró James Bohun sonriendo apenas.

—Papá... ¿a ti siempre te gustó eso? —le preguntó Christophe de improviso.

—¿El qué? —El anciano enarcó imperceptiblemente las cejas.

Christophe dudó.

—Esa vida...

—Sí, me gustaba esa vida —murmuró el anciano con voz tranquila y

desapasionada.

Pero sus ojos habían brillado, se habían iluminado con un fuego relumbrante de añoranza y fiebre. Lanzó a su hijo una mirada de indecible desprecio y dijo muy despacio:

—Tú no lo entenderías, muchacho... —Se interrumpió, hizo un gesto de cansancio y se estremeció—. Empieza a hacer frío... Habría que poner burletes en las puertas, Kit...

—¿Tienes dinero? —le preguntó Christophe a bocajarro pensando en el próximo fin de mes, porque, desde hacía algún tiempo, su padre le encargaba cosas que olvidaba pagar.

El anciano volvió a estremecerse. Como un río de fuego, la sangre ascendió a sus pálidas mejillas transparentes.

«Se hace viejo. Antes nadie habría podido leer en sus facciones lo que piensa con tanta facilidad...», se dijo Christophe con una crueldad consciente y dolorosa.

Pero aquella voz, aquel cuchicheo jadeante, que le removía las entrañas a su pesar, no fue menos suave, menos tranquila al responder:

—Te daré dinero...

Empezó a toser de nuevo. Pero esta vez el acceso no se atenuó. Su violencia aumentó gradualmente, hasta obligarlo a apoyarse, encorvado y con la cabeza entre los brazos, en la mesita baja colocada ante el fuego. Trataba de recuperar la respiración y, al instante, la tos, sonora y sibilante, resonaba en su pecho, como el viento en una chimenea vacía.

—¿Qué puedo hacer? —le preguntó Christophe.

James Bohun contuvo la respiración con fuerza unos instantes. Los ojos se le inyectaron en sangre.

—¡Nada! ¡Nada! —gritó de pronto con una especie de odio—. ¡No puedes hacer nada! Claro que no... —añadió en voz baja, y, casi al instante, el acceso se reinició y volvió a doblarlo hacia delante.

Christophe miró el reloj, resignado. Todas las noches a la misma hora, el anciano empezaba a toser. En las habitaciones contiguas se oía hasta la mañana siguiente aquella terrible tos ronca, que estremecía a las criadas.

«Dios mío, ¿cómo no se muere? Tiene los pulmones destrozados...»

Pero no se moría.

Pasó media hora. El anciano rechazaba con la mano los medicamentos que le tendía Christophe. Por fin, la tos cesó unos segundos. Bohun cogió el calmante y, dominando a duras penas el temblor de sus manos, se llevó la pastilla a los labios y se la tragó. Al instante se tapó la boca con el pañuelo, que retiró teñido de sangre fresca.

—Aquí está —resolló.

Miró a Christophe sin decir nada. Pero Christophe le leía el pensamiento en los ojos: «Te quejas. Apáñatelas. Tú eres joven. Mira. Estoy escupiendo los pulmones. Mira. Me muero. ¿Tú? ¿Qué me importáis tú y los tuyos? ¡Mentira: uno no quiere a los hijos más que a uno mismo! Sólo quieres... al menos yo, sólo me he querido a mí, a mi vida, a mí...»

Y Christophe pensaba: «¡Si esto tiene que acabar... que acabe cuanto antes! ¡Que deje de sufrir cuanto antes!» Pero, en el fondo de su alma, en esas profundidades de la conciencia que atraviesan las fantasías, los deseos no formulados, como sueños de un durmiente, se decía: «¡Que yo tenga su dinero cuanto antes!»

Palideció ligeramente. Se levantó, se acercó al fuego y miró con una angustia extraña, que le encogía el corazón, al anciano abrumado, con los ojos cerrados y las manos juntas sobre el pañuelo empapado de sangre. Y de pronto, lo invadió la compasión, una dolorosa y oscura ternura.

—Mi pobre padre... —dijo a media voz.

Esforzándose en sonreír, James Bohun volvió a recostar la cabeza en el cojincito de cuero verde que le sostenía la nuca.

—Estoy cansado —murmuró despacio—. Quiero dormir.

Cuando Christophe volvió al salón, Philippe ya no estaba. Geneviève tejía con esmero repitiendo de manera automática:

—Una lazada, un punto, una lazada, un punto, una lazada, uno, dos, tres, cuatro puntos, una lazada, un punto, y vuelvo a empezar...

Al ver entrar a su marido, miró el reloj y, como todas las noches, dijo con una expresión de alivio (porque el largo día acababa al fin y ya no

quedaba otro remedio para la vida que hundirse en el sueño más negro, más profundo, el menos cargado de sueños que fuera posible imaginar):

—¡Ya son casi las once! Vámonos a la cama.

Se tendieron el uno junto al otro buscando, por costumbre, el calor del cuerpo vecino. El viento frío penetraba por la ventana abierta. Pese a la habitación que los separaba, aquel enorme salón vacío, oían toser al anciano señor Bohun. Su hijo se lo imaginaba sentado ante la chimenea, tosiendo, atizando el fuego y pensando... en nada, seguramente. Ya no era más que un cadáver, un cuerpo sin alma.

—¡Ay, cómo odio la vida! —dijo casi en voz alta, medio dormido, mientras canturreaba para sí, como una especie de sorda y desesperada letanía: «Mierda, mierda, mierda...»

Geneviève se movió. Su mano salió de debajo del embozo y, a tientas, buscó la lamparita eléctrica sujeta a la cabecera de su lado de la cama y la encendió. Miró la hora.

—¿Has dicho algo, querido?

—No, querida —respondió Christophe—. Duérmete...

Se durmieron.

6

El criado del señor Bohun entreabrió la puerta.

—¿El señor va a acostarse?

Por toda respuesta, el anciano negó con la cabeza. Acostarse, tumbarse, para que al instante la sangre le afluyera a la garganta y lo ahogara aún más...

«Ya tendré tiempo de dormir. Toda la eternidad...», pensó.

El criado se marchó. El señor Bohun seguía mirando el fuego. Contenía con esfuerzo su trabajosa respiración: la menor bocanada de aire que le pasaba por la garganta despertaba la tos que dormía en el fondo de su pecho.

«Me pregunto cuánto tiempo más durará... Me pregunto...», volvió a pensar.

Nadie sabía que su enfermedad había provocado, o al menos adelantado, aquella incomprensible, aquella famosa quiebra... Para vivir como había vivido él, se necesitaba una voluntad férrea y unos nervios templados que sólo la salud y la juventud podían mantener... Aquellas décimas de fiebre todas las noches a la misma hora, aquellos leves escalofríos entre los hombros, el cansancio, la sangre en los labios, aquella tos agotadora, aquellos dolores en la espalda y los riñones... Todo eso era lo que lo había destruido, lo que lo había derribado... No los hombres, sino eso.

«¡Ay, si aún fuera joven y fuerte! No es verdad que los tiempos hayan cambiado... La crisis, la falta de liquidez... ¡Sandeces! Los hombres de hoy no valen, eso es todo... Yo... Pero esta indiferencia absoluta... ¿Para qué seguir agitándose, Dios mío, otros seis meses o un año? No se pueden comprar un corazón y unos pulmones nuevos... Y aunque se pudiera... Lo he probado todo, lo he conocido todo —pensó con una especie de orgullo amargo—. Ahora les toca a otros, a otros... Les cedo

el sitio con mucho gusto... Estoy cansado.»

El fuego se apagaba. Con los ojos medio cerrados, contempló unos instantes las cenizas y los rojizos trozos de carbón. El viejo revestimiento de madera crujía débilmente en la penumbra.

Extendió la mano y tocó en un gesto mecánico la mesita colocada a su alcance, la caja de pastillas para calmar la tos, para apaciguar aquel dolor insoportable, aquella sensación de tener una herida abierta en el pecho... Se llevó la mano a la garganta con precaución.

«Mi padre murió así... Y mi hermano también...»

Recordó la pequeña oficina de cambio en el puerto griego en el que había nacido, la calle estrecha, llena de tabernas y burdeles frecuentados por marineros. La casa paterna, con la desvencijada galería de madera, las nubes de polvo que soltaban las tablas cuando pisabas con fuerza... En el patio, el viejo álamo, sacudido por el viento de otoño, que le arrancaba aquellos gemidos tan profundos y extraños... Inclinó la cabeza a un lado y se esforzó en oír la tos de su padre, que por la noche cruzaba toda la casa... En su memoria se formó una imagen lejana: sus hermanos y él, de niños, acostados en el cuartito bajo, con la candela encendida en la repisa de la ventana; la llama, agitada por la brisa marina; una vela blanca pasando lentamente a lo lejos, iluminada por la luna llena, que resplandecía en las tinieblas como una frágil y espléndida flor... El suelo de baldosas, los gritos ahogados en la casa de enfrente, donde las chicas y los marineros bebían... Y sobre su cabeza, los pasos y la tos de su padre, mezclados con el tintineo de las monedas que manipulaba...

Su madre... Una levantina con la cara grasienta y cubierta de polvos blancos, pero en la que brillaban, entre los pliegues de la carne, unos ojos como los suyos... Christophe no había heredado nada de ella, ni de él... Christophe se parecía a su propia madre. Era rubio como ella. De niño había tenido una carita preciosa. Ahora... Qué ser tan extraño... «Si me hubiera escuchado... Pero siempre ha ido por libre, una vida vacía...», pensó el viejo James. Qué más habría querido él que ser joven y estar sano como Christophe, tener un corazón y unos pulmones fuertes, la sangre hirviéndole en las venas, y no saber, no desear

siquiera convertirse en el hombre más rico, en el más poderoso del mundo... Un poder engañoso, seguramente, pero embriagador... Pensó en su hermano, el padre de Murielle... Él sí que había vivido... Con qué ardor juvenil, con qué fiebre... Pero había muerto sin un hijo varón. Sólo quedaba Christophe, aquel extraño al que no le gustaba nada de lo que le había gustado a él: ni los negocios ni el juego ni las mujeres. Y su nieto Philippe no era más que un burgués, un Courtenay...

James Bohun se inclinó hacia delante con un movimiento más enérgico. En el fondo de su corazón, nunca había perdonado aquella boda. Nunca trató de impedirla —gracias a Dios, Christophe era lo bastante mayor—, pero ir a enamoriscarse de aquella burguesita, de aquella criaturita plácida que no debía de tener en las venas una sangre más caliente que la de un pez... ¿Fiel? ¿Abnegada? Puede que sí. Pero ¿qué importaba la fidelidad de las mujeres? Y su ternura sólo servía para enervar al hombre y debilitarlo. Pensó en la madre de Christophe, que lo había dejado hacía mucho tiempo y que había muerto lejos. Ella... Suspiró.

«La amé, pero no me avergüenzo... Era hermosa, tenía una cara preciosa, un cuerpo magnífico...»

Antes de la guerra, cuando aparecía con ella en uno de aquellos salones de Londres o París, lo miraban de lejos como a un rey misterioso, malvado... (Dios mío, la gente casi creía ver restos de sangre en sus manos, por culpa de un montón de viejas historias, de los tiempos del alza del acero, en vísperas de la primera guerra bóer... Una sarta de mentiras, de invenciones... Pero siempre le había gustado rodearse de esa aureola... Gracias a Dios, siempre había tenido claro que, en este mundo, lo que te permite conseguir tus fines no es ni el amor ni la compasión... Aunque sólo él sabía hasta qué punto es la propia vida la que te guía en el manejo de los asuntos humanos... Pero es mejor que se crea en esas leyendas: los amos del mundo... Es mejor...) Aquella mujer... Sí, cuando aparecía del brazo de aquella mujer, todos se volvían y murmuraban: «Qué belleza...» Y era de esa antigua sangre española, tan orgullosa, que él había comprado a precio de oro...

«Pero puede que tengan razón... Puede que nuestro tiempo haya pasado...»

Ahora ya no leía los periódicos, por culpa de todos aquellos escándalos innobles, aquellos juicios, aquellas ruinas sin grandeza en las que poco a poco se hundían las grandes finanzas internacionales... Ahora sólo quedaba la morralla, e incluso ésta se veía amenazada por la ola de miseria que se abatía sobre el mundo, un aluvión de mediocridad y miseria... Él ya estaba tan lejos, tan distanciado de todo, tan viejo, que ni siquiera le quedaban enemigos personales: podía mirar con compasión a todos los que se hundían. De hecho, siempre había creído que el mundo era lo bastante grande para todos... Lo bastante grande para él, desde luego... El carbón, el trigo, el petróleo, el acero... Sobre todo el acero, que le había reportado una fortuna inmensa. Y que lo había arruinado... Sí, en 1925... El acero acaparado en previsión de una posible guerra... La pequeña Agencia Beryl, bautizada con el apellido de su testaferro, pero que él mismo fundó durante la guerra «en pro de la acción política y económica francesa en el extranjero», aquella «Agencia de Información Beryl» creada por él y destinada a ser fuerte, poderosa y, por supuesto, hostil, le había sido en efecto de gran ayuda para crear el ambiente de malestar y tensión en el que las guerras estallan como un incendio en un bosque en mitad de la canícula... Oriente Próximo, Inglaterra, Francia... Sí, todo estaba bien pensado... Salvo que en 1925 nadie quería una guerra. Iba todo tan bien... Había dinero para todos. Bastaba con extender la mano y cogerlo. Todo el mundo estaba gordo, contento y tranquilo. Nadie pensaba que no duraría, que sólo las guerras impedían la saturación del mercado y que, suprimiéndolas, únicamente se sustituía la muerte violenta por una asfixia gradual... Pero aun así, había calculado mal... Se había equivocado en unos cuantos años... Y, además, se había obstinado... Porque, en el fondo, ¿qué más le daba a él que su acero se utilizara para fabricar cañones o segadoras? Pero lo terrible del asunto es que, una vez tomas un camino, hay que llegar hasta el final, con los ojos abiertos, cueste lo que cueste... La guerra no estalló. El precio de las materias primas bajó... Al acabar 1925, las empresas Bohun

registraron un déficit de cuatrocientosmillones.

Esa cifra le hizo fruncir levemente el ceño. Recordó la última asamblea general: los insultos de quienes, naturalmente, más le debían; el pánico de sus cómplices, como Beryl, comprometido en la aventura... el cenagal de costumbre... Desde hacía meses, él ya no hablaba más que con enorme esfuerzo, pero no malgastó su energía ni su voz en responderles. Recordaba la sala gris, el crepúsculo de verano en las ventanas, la sangre que le subía a la garganta mientras oía en silencio las voces furiosas: «¡Traidor! ¡Ladrón! ¡Criminal! ¡Comerciante de carne humana!»

Así lloraban su querido dinero volatilizado... Palabras, gritos inútiles... Todo el mundo, toda aquella gente al menos, sabía que los hombres de negocios no crean ni la ruina ni la guerra (eso sería demasiado cómodo); simplemente siguen a la masa a donde ésta los guía. La prueba era que, para una vez que había intentado desencadenar una guerra entre Francia e Inglaterra, no lo había conseguido, en tanto que la opinión pública, que los vientos eran contrarios... Los dejaba gritar. Pero él era un extranjero, un hombre sin ataduras, un *heimatlos*: podía permitirse dejar gritar... Él no se había nacionalizado, como Beryl... No pensaba en la política, como Beryl, el Robot... No decía: «Nosotros, los latinos...» Sonrió.

En el silencio se oía el suave tictac del viejo reloj de péndulo, cuya caja verde estaba adornada con florecillas de nácar y cobre. Sin pararse a pensarlo, el anciano ordenó los objetos de la mesita: el estuche de las gafas, el frasco del somnífero, las cartas de la baraja, la caja metálica, con las llaves... Las cogió, se las puso del derecho y del revés en la palma de la mano, se quedó pensativo y, acto seguido, se levantó con esfuerzo del sillón y dio unos cuantos pasos por la habitación apoyando la mano en la pared. De vez en cuando se detenía y respiraba con dificultad, pero conseguía evitar el ataque de tos. Porque lo más terrible era eso. Por lo general, no sufría. Pero cuando le daba la tos, era como si se le abriera una herida en el pecho. Por fin llegó al escritorio, se dejó caer en la silla y abrió los cajones uno tras otro.

En 1925, sus deudas personales ascendían a cuarentamillones, que

simplemente habían ido a engrosar el déficit acumulado por sus empresas. De haber estado solo, nunca se habría rebajado a pedirle un céntimo a nadie. Pero estaban Christophe y la familia de Christophe. Y el bueno de Beryl, implicado en el asunto, había tenido que plegarse a las exigencias de su antiguo jefe... Aquellos hombres no eran valientes. Por un instante, el anciano removió en silencio oscuros recuerdos; luego, su rostro se ensombreció. Negó con la cabeza. ¡Acabar él, James Bohun, como un viejo chantajista! Por la renta mensual que le pasaba aquel canalla tembloroso, por el puesto de empleado, concedido a su hijo como una limosna, pero que le evitaría morirse de hambre cuando él ya no estuviera... Al señor Bohun no le importaba admitir que, al colocarlo con Beryl, había esperado algo más de Christophe. ¡Ay, si él hubiera estado en su lugar! Pero no había vuelta de hoja. Estaba claro que su hijo no se le parecía.

Una vez más, acarició con la mano temblorosa el sobre lacrado en el que guardaba los documentos. Los nombres, las fechas, las cantidades exactas... Lo había registrado, lo había escrito todo. Cuando él muriese, Christophe abriría el cajón. Sin duda, esperaría una fortuna; no la encontraría. En su lugar hallaría aquellos documentos, que, en manos de un hombre joven y fuerte, valían una fortuna.

—Si no quiere comprenderlo, peor para él... —murmuró el anciano con sorda cólera—. ¡Yo más no puedo hacer!

De nuevo se sorprendió imaginando que estaba en el lugar de Christophe y que todo aquello caía en sus impacientes manos... «A pesar de todo, es mi hijo...» Pero volvió a ver la sonrisa, la mirada indiferente de Christophe. «Nunca lo he entendido... No voy a ir a contarle todo esto... ¿Para qué? Nunca he sabido hablar. Además, él me es indiferente... Es extraño... Desde esa estúpida boda, no lo reconozco... Un extraño... Nunca le ha gustado ni ha comprendido lo que me gusta a mí... Nunca ha conocido la pasión por la vida, un cierto sabor áspero y fuerte de la existencia... Qué generación... Débiles, perezosos, lamentables, cobardes... Quizá nosotros nos lo comimos todo antes de que llegaran ellos...»

—Puede que tengan dentera... —murmuró. Y, a media voz, con una

sonrisa, repitió—: «Los padres comieron las uvas agraces, y los dientes de los hijos tienen la dentera.» Quizá. Bueno, qué se le va a hacer, que se las apañe...

Volvió a cerrar el cajón con cuidado, se levantó, desanduvo el camino que acababa de recorrer, se quedó un momento de pie ante la chimenea apagada y, luego, con un profundo suspiro, se dejó caer de nuevo en el sillón y empezó otra vez a toser, a atizar el fuego y a soñar con su vida pasada.

7

Murielle había vuelto a sus habitaciones y, como todas las noches, en primer lugar había cerrado las puertas con llave. Su dormitorio era el más frío de la casa, pero lo prefería a los demás, porque estaba aislado del resto del piso. «Qué familia... Vivir juntos y rehuirse de esta manera... ¿Se puede llamar familia a eso, un puñado de vidas diferentes unidas por la necesidad? Sin embargo, no querría vivir en otro sitio... Cuántas lágrimas, cuántas noches en blanco en esta habitación... Pero me gusta», pensó mirando con cariño el viejo entarimado, cubierto con alfombras delgadas y raídas, y la cama monumental, en la que había dormido de niña y, más tarde, de joven. Sin apresurarse, se desvistió, se puso una bata gruesa y avivó el fuego. Siempre estaba helada; el frío le calaba hasta el alma. Acto seguido inició el largo y minucioso examen cotidiano ante el espejo. Contempló su rostro. «Sí, puede que, si no tuviera este aspecto apagado, estos ojos tristes y estos pliegues amargos... —Acarició las dos líneas que le surcaban delicada pero profundamente las mejillas desde las aletas de la nariz hasta las comisuras de los labios—. Este rostro envejecido, esta belleza extinta... ¿qué importancia tienen? El tío James se muere. Todo se desmoronará, se disgregará... Debería estar pensando en ganar dinero, en vez de tener la mirada puesta en un pasado que no volverá... Cuánta necesidad tengo de amor... Tonta de mí... Amar, ser amada, sentir a mi alrededor la irradiación, el calor del deseo, de la ternura: en el fondo, sólo necesito eso, sólo ansío eso... Ése es el castigo por no haber querido más que a un ser en este mundo», pensó con tristeza.

«El amor, el amor... —Murielle saboreaba la forma misma de la palabra, como una fruta en la boca—. En realidad, ¿por qué no soy sincera conmigo misma? ¿Por qué digo “el amor”, cuando debería decir “Christophe”, puesto que, para mí, el amor nunca ha tenido otro

nombre? ¿Y él, que está rodeado de tanta ternura ardiente y muda, la de Geneviève, la mía, se queja? Pero seguramente ese amor tan sólo lo agobia y le llena el alma de lástima inoportuna y de remordimientos.»

Deambulaba por la habitación. La noche avanzaba. Una vez lista para acostarse, buscó entre los libros un pequeño volumen azul de Heine... *Und was mir fehlt, du Kleine, fehlt manchem im deutschen Land...*

—¿Lo que me falta? ¡No, no, eso no, eso no! —murmuró, y cerró el libro—. ¿Para qué perturbar aún más mi alma con palabras tan hermosas y tan tristes?

Volvió al escritorio, removió cartas, fotos, cogió la de su marido, la miró, releyó la carta que él le había escrito hacía un mes y a la que aún no había contestado:

«Intentar vivir el uno junto al otro sin pedir nada más que lo que podemos ofrecernos mutuamente. Nuestra presencia...»

¿Marcharse, volver a vivir con Paco? ¿O irse sola, ganarse la vida? Eso te alegraba, decían. «Pero no... Satisfacción, paz, amor propio, quizá... La felicidad, la alegría... sólo un ser humano que me dijera: “No puedo vivir sin ti.”»

Se acostó. Temblaba entre las sábanas frías. Se esforzaba en pensar: «Mañana, la peluquería y la manicura. Me queda poco dinero para pasar el mes, pero al menos eso me mantendrá ocupada un par de horas; y con la caminata de ida y la de vuelta, si hace bueno, quizá tres...»

8

Al entrar en el comedor a la mañana siguiente, Christophe encontró a su mujer y su hijo sentados a la mesa. Geneviève ya estaba vestida de calle, con el sombrero puesto y el paraguas colgado del respaldo de la silla. Tenía una expresión resignada, resuelta y seria, que Christophe reconoció como la de los grandes días: las rebajas en las sastrerías o las presentaciones de ropa blanca.

Frente a ella, Philippe seguía en pijama. El pelo alborotado le caía sobre la cara, ceñuda y salvaje.

Christophe se tomó la taza de café al tiempo que releía por costumbre el periódico, al que ya había echado un vistazo mientras se vestía. Con el dedo se tocaba, irritado e incómodo, el pequeño corte diario que la navaja, manejada con prisa, le había dejado en la mejilla.

Geneviève untaba de mantequilla las tostadas y Philippe las devoraba en silencio. Fuera, el cielo estaba gris. Una lluvia rápida y fina acariciaba los cristales como con el extremo de una pluma.

—¿No sales esta mañana? —le preguntó al fin Christophe a su hijo.

—No —respondió Philippe con desgana—. Hoy el estudio está cerrado —añadió, mintiendo con una especie de pereza desencantada, no porque le interesara ocultar algún aspecto de su vida a sus padres, sino por una costumbre adquirida en el liceo, mecánica como un movimiento reflejo.

Christophe le lanzó una mirada casi de odio, motivada sobre todo por las señales más visibles de su edad y su condición de hombre. El pecho, que se le veía por la abertura del arrugado pijama, musculoso, ancho, cubierto de espeso vello rojizo; el rostro, que aún no se había afeitado, y el bigote, que había vuelto a crecer desde el día anterior y que parecía sucio de ceniza.

Geneviève sorprendió la mirada de su marido y, creyendo

comprender, dijo en tono de reproche:

—Por favor, Philippe, un poco de decoro. Ya sabes que papá desaprueba esa dejadez moderna, cariño...

Con una mano desganada, Philippe se abrochó el pijama.

Christophe se levantó con un suspiro.

—Vamos —dijo.

Salió con Geneviève. En cuanto se quedó solo, Philippe se volvió a la cama y se ovilló voluptuosamente bajo la colcha, en el sitio todavía caliente que había dejado su cuerpo entre las sábanas. Como quien se sumerge en el mar, se hundió en el fondo de sí mismo y reanudó la larga ensoñación interrumpida, que retomaba noche tras noche, que volvía de las profundidades de la infancia, que sustituía la fortuna ausente, el amor incierto y la felicidad.

—¿Te llevo? ¿Adónde vas? —preguntó Christophe a su mujer ya en la calle, mientras trataba de distinguir la hora en el reloj rojo de la cercana farmacia—. Qué fastidio... Voy con retraso.

—Llegaré igual de rápido en el metro. Voy a las rebajas.

Christophe sonrió.

—Muy bien. Hasta luego.

La dejó. Geneviève desapareció bajo tierra.

Los pasillos del metro estaban llenos de una muchedumbre apresurada, triste y negra. Bajo el reloj, todas las cabezas se alzaban al mismo tiempo y miraban la hora con una expresión irritada e inquieta. Luego, el hormiguero se dispersaba en todas direcciones.

Como los demás, Geneviève bajó la escalera con una prisa absurda, corrió jadeando por los pasillos, esperó a que se abriera la barrera del andén pateando el suelo con impaciencia, subió a un vagón lleno y bajó con la misma precipitación, aquella fiebre que se apoderaba de ella, tan tranquila habitualmente, en cuanto ponía un pie fuera de casa.

Delante de la puerta de la sastrería, en la calle, bajo la fría llovizna otoñal, ya había cola. Las gotas de lluvia resbalaban de las puntas del paraguas abierto sobre su cuello, desnudo entre la piel de zorro y el escote de la blusa. Las mujeres que la rodeaban se parecían a ella y entre sí como piezas intercambiables de motores fabricados en serie.

Con las manos entumecidas, sostenían con un gesto crispado el pequeño paraguas redondo, y cada una de ellas se las arreglaba para molestar todo lo posible a su vecina inclinándolo de tal modo que al menor movimiento las varillas se engancharan en su sombrero. Un remolino agitaba al grupo, agrias voces femeninas murmuraban: «No empuje. No me pise. Yo he esperado. Espere usted también.» Y volvía a hacerse el silencio. Todas llevaban abrigos oscuros, estolas de piel falsa, collares de perlas artificiales, taconcitos finos, que se torcían cruelmente en los adoquines, sombreros de fieltro y, en la frente, a la misma altura, el mismo flequillo cortado por el peluquero, en la mayoría de los casos, del mismo color oscuro, enrojecido por el tinte. Iban maquilladas de forma parecida: las mejillas, de fresa; la boca, de rojo amapola; y los ojos, de malva a la luz del día. Tenían una expresión de paciencia inalterable y avidez, de astucia, de secreta esperanza. Las hacían pasar de diez en diez; luego, la puerta volvía a cerrarse. Se lanzaban las unas sobre las otras con codazos y rodillazos feroces y solapados, y una sonrisa: «¡Perdón! Ya lo ve... Me empujan por detrás...»

Las que se quedaban fuera soltaban un suspiro y reiniciaban la aburrida espera con la paciencia de los desempleados haciendo cola para la sopa boba y de las gatas al acecho de un pájaro en un matorral.

Con el ceño fruncido, Geneviève calculaba en voz baja: «Cinco metros, con cinco metros la modista se las arreglará... Pero, a ver, ¿de qué color? Se llevan el gris, el marrón... Un bonito tono gallito de las rocas, quizá... Un poco atrevido, pero, bueno, tampoco soy tan mayor...»

Se miró en el espejo de un escaparate y, en un gesto automático, común a todas las mujeres, alzó las comisuras de los labios. Se dijo que no era fea, ni estaba ajada, todavía.

«En realidad, apenas he cambiado. Es lo bueno de una vida tranquila. En cambio, Murielle... —Negó con la cabeza—. Pobre Murielle, con lo guapa que era... Pero qué vida tan desgraciada: sin hogar, sin hijos, sin objetivo... Desde luego, no la envidio... En realidad, si he permanecido fiel, ha sido porque he querido. Si no, durante aquellos años locos de la

posguerra...», pensó con virtuosa satisfacción.

Volvió a ver en su memoria la casa de los Bohun, el esplendoroso caos de antaño. Pero a ella aquello nunca le había gustado... Y Philippe aún era un niño, delicado, que a menudo caía enfermo. Ella se había pasado los tiempos de vacas gordas en una habitación infantil, anotando cifras, cuando no en una hoja de pesaje, en una de temperatura.

«No añoro nada», pensó.

Nada... Aunque la vida no era fácil y el futuro parecía muy sombrío, muy incierto... Su suegro moriría pronto... Pero ¿cuándo? Y ¿qué dejaría?

Aquella enfermedad era tan larga... Se avergonzó.

Y aun así, después de todo, no se trataba de su padre, que, por otra parte, había muerto hacía tiempo y no le había dejado más herencia que el recuerdo de sus virtudes... Su suegro era viejo, pobrecillo, ¡y sufría tanto! Suspiró con sincera lástima.

«Pobre hombre... Qué vida... Con lo orgulloso y lo activo que era... ¡Cuando pierda la vida, no perderá gran cosa! —Y sin embargo, en las tinieblas más profundas de su alma, sentía un confuso estremecimiento de compasión, de miedo animal—. ¡Morir! Pero ¿es que hay que morir? Por desgracia, siempre nos agarramos a la vida, todos, incluido él, sin duda. Pero si es la voluntad de Dios...», se dijo, y soltó un suspiro.

«¡Pobre hombre, Dios me libre de desearle la muerte! Además, quien el mal ajeno desea el suyo se acarrea —pensó con un estremecimiento supersticioso—. ¡Tres millones! ¡Si quedaran al menos tres millones! ¡Dios mío, no le pido mucho a la vida, creo yo! Nunca me han gustado ni las diversiones ni el lujo... Sólo un pisito mío, bien ordenado, por el que no rodaran los cigarrillos de Murielle, ni sus libros, ni su perfume... Un piso nuevo, sin recuerdos, sin pasado... Sola con Christophe, solos los dos hasta la muerte... Quizá... quizá otro hijo...»

Las puertas se abrieron ante ella.

En un instante apartó de su mente aquellas ideas inoportunas, que acudían a ella con regularidad, durante el sueño y en la vigilia. Entró. Cruzó sin detenerse el primer salón, donde, entre grititos, las mujeres se

arrancaban de las manos los manoseados modelos en rebajas. En los otros salones, los mostradores estaban cubiertos de telas desenrolladas en parte. Se acercó y las acarició despacio una a una; pero no eran lo que buscaba: demasiado claras o demasiado caras. O los retales no eran lo bastante grandes para cortar una blusa. «Si tuviera una niña... Para un vestidito de niña, estaría bien...», pensó de nuevo con tristeza. Suspiró. Aquel sueño... Durante los primeros años, acaparada por Philippe, no había querido más hijos, y ahora, con aquella vida incierta, amenazadora... «Y no tardaré en ser demasiado mayor», se dijo con cierta melancolía.

De pronto, su corazón brincó de alegría. Acababa de ver el crepé de satén grueso que buscaba en el fondo de su corazón sin saberlo. «Esa costurera está loca. Grises, marrones... ¡Quia! Donde esté el negro... Con mi zorro. Un cuellecito de linón, o de encaje, pero muy sencillo... Y si de verdad ocurre pronto... No hay que desearle la muerte a nadie, pero una debe ser previsora... —Se deslizó entre las mujeres y miró la etiqueta—. Cincuenta francos. Sigue siendo caro, pero no tanto como en los grandes almacenes. Y qué calidad. Vaya, es un buen día», se dijo.

9

Se acercaba noviembre. Llovía desde hacía ya largas semanas. Christophe veía girar muy despacio en el aire las últimas hojas de oro, tenuemente iluminadas.

Era una tarde de sábado, lo que ya de por sí implicaba cine con Geneviève. A veces, Geneviève lanzaba una queja débil: le habría gustado «recibir». De su juventud en provincias, le había quedado en el corazón un deseo insatisfecho de tés, recepciones y «pequeñas cenas con íntimos». Pero conocía la aversión, «casi enfermiza», según ella, de Christophe hacia la mayoría de sus semejantes. La quiebra había vaciado la casa de los Bohun. Las veladas se eternizaban, idénticas entre sí: oyendo la radio, si estaba Philippe, o volviendo a tragarse los discos medio destrozados que les gustaban a Christophe y a Murielle. La mayoría de las veces, Christophe vagaba un rato de habitación en habitación fumando sin parar, y, al final, murmuraba: «Salgo. Voy a andar un poco.» Y desaparecía.

Esa noche, ante la insistencia de Geneviève, fueron a pie hasta la avenida Wagram. La fachada del cine formaba un bloque deslumbrante de luces crudas y temblorosas en el húmedo aire de otoño.

Era tarde. El noticiario había empezado. Casi al instante, Christophe se sumergió en aquel benéfico baño de estupidez, de olvido, de violenta y vaga ensoñación que sólo el cine y el borgoña tinto conseguían proporcionarle. La música era rápida y salvaje.

Los anillos de humo, débilmente atravesados por el resplandor de la pantalla, ascendían con parsimonia hacia un aire asfixiante, denso, iluminado por una sorda claridad azulada.

Una voz monótona comentaba las imágenes:

«El combate de boxeo...»

Dos púgiles semidesnudos pateaban rítmicamente un estrado

iluminado. Se oía el ruido ronco y sibilante de sus jadeos, y el rumor bajo y sordo de la multitud. Eso había pasado en Norteamérica, o en Londres, o en París. Nadie lo sabía, a nadie le importaba, pero, por algún misterio, aquellos gritos lejanos y aquel hálito salvaje satisfacían a la embotada mente. En un circuito de Los Ángeles, un coche daba una vuelta de campana y se prendía fuego: una nube de polvo y chispas, un hombre al que se rescata a toda prisa, al que se lleva a morir en algún sitio, al que se olvida. La carrera no se ha interrumpido. En la sala, alguien tose y habla en voz baja con su vecina. Una risa de mujer. Qué sencillo es todo...

«¡Somos unos gusanos! —piensa Christophe. Redobles de tambor, soldados alemanes, la conferencia de paz, soldados italianos, aviones, tanques, cañones—. ¡Ah, sí, es verdad! ¡La guerra! Lo que nos faltaba... De todas formas, ¿por qué no?»

Un hermoso y tranquilo paisaje. Hombres semidesnudos en cuclillas alrededor de un fuego, a la orilla de un lago, rodeados de árboles desconocidos.

«Las islas Filipinas», dice el locutor.

Recuerdos de infancia, radiantes, apacibles, emergían en su memoria. A Christophe le habría gustado poder retener unos instantes más la imagen de un árbol que el viento inclinaba con suavidad. El micrófono había captado el leve estremecimiento musical de las hojas agitadas por una suave brisa de primavera... Pero ya se estaba borrando.

Miró el rostro de su vecina, que tenía una boca perfecta, con una forma melancólica y bella. Al menos, eso le pareció a él, porque, en el intermedio, vio a una chica de facciones gruesas, muy maquillada. Pero a él le gustaba aquella penumbra que difuminaba todos los rostros de mujer y agitaba en él un sentimiento indeterminado, violento, sexual, como un placer incompleto.

Intermedio.

Entornó los ojos y escuchó las conversaciones de sus vecinos.

—Con ochocientos francos al mes y lo cara que está la vida —decía una voz de mujer detrás de él—, ¿cómo quieres que nos casemos, George? Aun trabajando los dos, nunca nos llega... De todas formas,

también pasamos buenos ratos, ¿no? Y luego está el cine, los libros... Está claro que es un fastidio, pero no se puede hacer nada. Además, quizá se tengan menos joyas, pero también menos penas, eso compensa...

«Todos, todos: vivir, emplear una vida única y breve en conseguir comida, exactamente igual que en la edad de las cavernas. Y también entonces debían de pasar buenos ratos, mejores que los de hoy... Después de una buena caza, tumbados en el suelo...», pensó Christophe abatido.

El intermedio había terminado. La película estadounidense se desarrollaba a un ritmo absurdo y frenético. Alguien silbó. Otros aplaudieron sin entusiasmo. La mayoría de las caras, alzadas hacia la pantalla, permanecían inmóviles, indiferentes.

A su lado, los ojos de Geneviève miraban sin ver las imágenes de calles, de cielos desconocidos. A veces cerraba del todo los párpados, y las comisuras caídas de los labios y las mejillas distendidas le daban una expresión bovina que lo irritaba sordamente.

Y, entretanto, los sonidos, el ruido de la calle, el guirigay y los gritos de un mercado de Nueva York, como una música melancólica y chillona, lo adormecían de un modo violento y dichoso a la vez.

Se encendieron las luces. Christophe se levantó, hizo crujir los dedos en un gesto nervioso y encendió un cigarrillo. Se le cerraban los ojos; tenía los párpados hinchados y enrojecidos, e, igual que él, quienes lo rodeaban parecían cansados y atontados, como si acabaran de despertar. De hecho, la mayoría decían: «Qué idiotez de película...»

Luego, Christophe y Geneviève volvieron a casa. Había dejado de llover. Hicieron el trayecto a pie. Geneviève bostezaba, se arrimaba a su marido, se hacía más pesada en su brazo.

En la cama, ella apagó la luz y volvió el cuerpo muy despacio hacia él.

Sin pararse a pensarlo, Christophe la rodeó con los brazos y, con los ojos abiertos en la oscuridad, fijos en el punto de oro de una lamparita de metal en la que a veces incidía el rayo de luz de un faro de coche, en la calle, le ofreció la ración normal, prevista, de caricias.

¿Experimentaba ella placer? Hacía mucho tiempo que había dejado de preguntárselo... Pero le besó el pelo con mecánica cortesía.

—Buenas noches, querida... —Sin embargo, siguió acariciando sus cabellos unos instantes en la oscuridad. El tacto familiar le resultaba agradable. Luego bostezó—: Buenas noches...

—Buenas noches —repitió ella con un leve suspiro. Y, tras reflexionar un momento, preguntó—: ¿No hay peligro? ¿Estás seguro?

—¿Cómo? —murmuró él con aire distraído—. ¡Ah, sí! —contestó al fin—. Claro que no, querida, no te preocupes. He tenido cuidado, como siempre...

—De todas maneras, me habría gustado tanto tener otro hijo... —dijo Geneviève en voz baja—. Bueno, quién sabe... ¿Más adelante?

—Pues claro —respondió Christophe, y volvió con alivio a su lado de la amplia cama, que se había conservado fresco.

Otro placer: dormir... Las sábanas, un poco gastadas, eran finas... Estiró las piernas con una sensación deliciosa.

Los dos permanecieron unos segundos con los ojos abiertos, esforzándose en respirar de un modo suave y tranquilo, que imitaba el sueño.

Por fin, Geneviève se quedó dormida.

En cuanto a Christophe, estuvo mucho rato dando vueltas entre las sábanas, en busca del sueño. De vez en cuando soltaba un largo suspiro con precaución, como si expulsara silenciosamente una pena profunda e incomprensible a las tinieblas.

10

A Christophe, la mañana del domingo se le iba en la bañera, llena de agua muy caliente: se quedaba ahí en remojo, medio dormido, indefinidamente. A mediodía fue a ver a su padre, pero el señor Bohun se encontraba peor. Al ver a su hijo, se llevó la mano a la garganta y crispó los labios.

—¡Mañana! Dejadme tranquilo... —jadeó al fin con una mueca de dolor.

Después de comer, Christophe fue a buscar el coche. Era la fiesta de Todos los Santos, pero hacía más frío del habitual en esa época del año. Mujeres enlutadas pasaban con los brazos cargados de flores; el viento agitaba con fuerza los largos velos negros que colgaban de las cofias de las viudas y enmarañaba los crisantemos tendidos en las carretas.

Christophe se dirigía al azar hacia una de las puertas de París. No iba pensando en nada. No sabía adónde iba ni le importaba. Con los ojos en el horizonte y los labios temblorosos, sólo esperaba el primer soplo de aire puro, como si fuera un trago de alcohol. El único placer de la vida, en el fondo. El único momento en que se sentía vivo y casi feliz, aparte, quizá, de cuando bebía champán hasta hartarse en la penumbra de un bar. Con qué impaciencia, con qué ansia esperaba aquellos domingos, y qué escasos le parecían... Cuando no tenía que prestarle el coche a Philippe, lo acompañaba Geneviève. Eso era lo que más odiaba... En cuanto empezaba a oscurecer en aquellas carreteras, desiertas en invierno, su mujer empezaba a murmurar aprensivamente:

—Cuidado, cuidado, Christophe...

Y al cabo de un momento:

—Sube el cristal, que te va dando el aire en la espalda, querido. Ten cuidado, ayer te dolía la garganta...

Y cada dos por tres:

—¿Dónde estamos? ¿Tienes el mapa? ¿Cómo se llamaba ese pueblo que acabamos de pasar? Pero ¿estás seguro de que vamos en la dirección correcta?

Con lo que él disfrutaba conduciendo al azar por carreteras llenas de baches y mal iluminadas... Lo que le gustaba del coche no era la velocidad. Eso se lo dejaba a otros. Además, el pequeño Renault de serie no se prestaba a ello. No, era otra cosa. La soledad, el silencio de los campos, el cielo, el viento...

En otro tiempo, Murielle lo acompañaba a cualquier hora. Conducían toda la noche para ver salir el sol por el mar, en otoño. En otro tiempo... Pero eso era el pasado. Ahora Murielle era casi una mujer mayor. Ahora la gasolina costaba mucho.

«La única alegría que Dios le ha dejado al hombre», se repetía a sí mismo acariciando con una especie de amor desesperado los costados del automóvil, calientes y palpitantes como el cuerpo de un caballo.

Cuando iba solo, como ahora, no se preocupaba de la dirección correcta; en las bifurcaciones, cogía la carretera más solitaria, la que en peores condiciones estaba. En esa fría campiña ya era invierno. Vio una charca cubierta de una negruzca costra de hielo en la que brillaba, aquí y allí, una escarcha plateada. Embestidos por un viento furioso, los árboles desnudos se inclinaban. El horizonte era inmenso y profundo; en el cielo gris, amenazador, desesperado, las nubes del norte corrían en oleadas. Las grises planicies se sucedían, sobrevoladas por pájaros negros.

De cuando en cuando, Christophe reducía la velocidad y se detenía. Asomaba la cabeza por la ventanilla y aspiraba con toda el alma el olor de la tierra y de las hojas en descomposición.

De pronto no pudo resistir más. En la cuneta había una capa somera y crujiente de hielo, intacta. Bajó, la golpeó con el tacón con todas sus fuerzas y, con el entusiasmo y la alegría de un niño, la hizo estallar en pedazos de cristal astillado y plata. Luego, con la cabeza descubierta y los ojos cerrados, se quedó quieto y dejó que el viento danzara y silbara a su alrededor, mientras sentía, con inexplicable placer, que las lágrimas heladas le resbalaban por la cara.

Volvió a subir al coche. Ni un alma. Sólo un automóvil de carreras, que, azul y acero, lo pasó con el voraz capó, afilado como el hocico de un lucio, lanzado hacia el horizonte. El cielo bajo depositaba en el parabrisas gotitas que, empujadas por el viento, corrían por el cristal en todas direcciones. La carretera grisácea estaba resbaladiza. Caía la noche. Aquellos tristes crepúsculos de otoño eran lo que más le gustaba del mundo. Por toda la campiña no se veían más que tonos negros y grises. Las ramas de los árboles lloraban una lluvia menuda y fría. Pasaba una carreta con el toldo reluciente de lluvia, y el resto, en muchos kilómetros a la redonda, sólo era soledad, espacio y silencio. Cruzó un pueblo muy despacio, mirando con una curiosidad oscura y apasionada las casitas bajas, con las ventanas iluminadas. La vida de los hombres que vivían allí, la de cualquiera de ellos, la de cualquier mísero vagabundo, le parecía preferible a la suya.

—Pero bueno, ¿tan desgraciado soy? —murmuró casi en voz alta—. ¿El abandono de la infancia?

Se acordó de su madre, sus ricitos rubios, su duro rostro maquillado, sus ojos fríos... Para él, su madre había sido una de esas vergüenzas de niño, una de esas penas de niño, que no se le cuentan a nadie, que se esconden en el fondo del corazón y se rumian con amargura hasta el día de la muerte...

«No... No es eso... De eso hace tanto... ¿Mi padre? Esa horrible tiranía del dinero, que pesó sobre mi niñez, esa dependencia del dinero, que me ha amordazado toda la vida y que aún hoy me persigue, como una especie de maldición congénita... Durante la guerra no fui tan infeliz. Al menos, la vida parecía tener valor. Ahora... ¡Ay, no lo sé! Resulta monstruoso tener mi edad y ser tan indiferente a todo, estar tan cansado, tan desilusionado y privado de amor... Pero la vida es igual para todo el mundo... ¿Y los demás cómo se las arreglan? Se acostumbran, lo aceptan. Y, a pesar de todo, yo soy un privilegiado. El hombre que pasaba en su carreta bajo el toldo empapado tendría derecho a mirarme con envidia... Soy joven, estoy sano, lo sé. Pero si me dijeran "¡Mañana morirás!", no me pesaría ni por un instante: no amo la vida. No hay en ella nada bueno salvo lo físico, como suele

decirse del amor. Me gustaría ser un animal, una planta, una piedra.»

—Perra vida, perra vida... —masculló con lúgubre obstinación sin apartar los ojos de la calzada, que empezaba a fundirse con la maleza de ambos lados de la carretera y a hacerse invisible.

Esperaba, no encendía los faros, disfrutaba con aquella oscuridad, con la lluvia, con el viento que le azotaba el rostro, con los charquitos grisáceos cubiertos de hielo, que relucían en la penumbra. El aire, cada vez más gélido y penetrante, empezaba a entumecerle los hombros. Atravesaba un oscuro pueblecito; distinguía a duras penas una fuente en medio de una plaza en la penumbra, y plátanos desnudos. La puerta entreabierta de una taberna dejaba escapar una claridad rojiza y vaharadas de aire caliente. No muy lejos, el coche de carreras azul y acero que lo había adelantado entre la bruma, en la carretera, estaba aparcado entre dos viejos mojones.

Bajó, entró, y lo primero que vio fue la cara de su hijo.

Una lámpara de gas, encendida encima de la barra de zinc, iluminaba con luz tenue la estrecha salita. En una mesa de madera, Philippe bebía grog, sentado entre un hombre y una mujer a quienes Christophe no conocía. Los humeantes vasos llenaban el aire de un vapor azulado y un penetrante olor a alcohol y fuego.

Philippe, fingiendo como siempre no sorprenderse ni alterarse por nada, se levantó de la silla con lentitud y le tendió un vaso a su padre.

—Ya me parecía a mí que había visto tu coche... —dijo entre dientes —. Al menos no corres mucho, *good boy*... Papá, ¿no reconoces al primo Pena? —añadió.

—¡Ah, sí! —murmuró Christophe frunciendo el ceño.

Llevaba muchos años sin ver a Pena, el marido de Murielle; desde la época en que Murielle y él se habían separado.

Era un hombre delgado y alto que se parecía extraordinariamente al rey de España. Acentuaba esa semejanza con su forma de mantener el cuello tieso, como si llevara una gorguera de hierro. Un bigotillo fino, a la moda de 1900, que empezaba a encanecer, le adornaba los gruesos labios. Los ojos, pequeños y muy hundidos, tenían una mirada fija, irónica, y la pupila dilatada de los adictos.

La mujer que lo acompañaba, una chica delgada con los pómulos muy maquillados, no le quitaba ojo a Philippe.

Christophe suspiró sin pretenderlo: ver a su primo removía en su interior viejos e inoportunos recuerdos...

Intercambiaron unas cuantas frases trompicadas:

—Cuánto tiempo sin vernos...

Y otras por el estilo.

Luego callaron. Christophe se había sentado al lado de Pena, que fumaba en silencio, mirándolo de vez en cuando.

—¿Le importa que me lleve conmigo al chico de vez en cuando?

Christophe se encogió de hombros.

—En absoluto.

Contempló aquel rostro macilento, con el labio inferior colgante. Aquel hombre siempre había llevado la marca de un desclasado, de un aventurero palaciego, pese a ser de una buena familia española y pariente lejano de la madre de Christophe. Con la edad parecía haberse centrado; su juventud había sido tempestuosa.

—Ahora vendo coches de carreras por cuenta de una firma italiana, igual que un burgués —dijo Pena, como si le hubiera leído el pensamiento—. «Grandeza y decadencia»: la divisa de la familia. Estaré en París sólo unos días, por el Salón... —Titubeó y, bajando la voz de manera imperceptible, preguntó—: ¿Cómo está Murielle?

Había palidecido y, al pronunciar el nombre, los dedos que sostenían el cigarrillo temblaron.

—Bien —se limitó a decir Christophe.

Le resultaba penoso que hablar de Murielle alterara a Pena de ese modo. Pero ¿por qué?, pensó irritado. Después de todo, si quería recuperarla... Faltaba que ella aceptara... Aunque quizá fuese lo mejor para todo el mundo...

Entretanto, Pena lo miraba con una insistencia extraña.

—Cuánto ha llovido, desde entonces... —Señaló a Philippe, y añadió —: Un hombre, ya... Y nosotros, de bajada, amigo mío... Lo envidio por tener un hijo... Si yo hubiera tenido un hijo, todo habría sido distinto —afirmó, y se calló de golpe.

—Es lo que suele creerse... —musitó Christophe con amargura.

—Escucha esto, papá —dijo Philippe al tiempo que se levantaba.

Se dirigió a una esquina de la taberna y puso en marcha una antigua caja de música. Faltaban notas. Los sonidos bajos y ahogados de un viejo vals se expandieron en el aire.

—La echo de menos... —dijo Pena de pronto con esfuerzo—. Es inteligente, ¿verdad?

Sus pupilas dilatadas se habían clavado en él con una expresión tal que Christophe pensó: «Aún la ama, aún está celoso, ya lo creo...»

—Qué frío —dijo la mujer que acompañaba a Paco.

—Qué frío —repitieron perezosamente los demás, uno tras otro.

Cerca de ellos había una estufita encendida. Christophe abrió la portezuela, que dejó escapar un calor más intenso y un resplandor rojo.

—¿De dónde vienen? —quiso saber.

Pero no escuchó la respuesta.

—¿Y dónde estamos? —preguntó al cabo de un momento.

—En Bonneville.

La música cesó.

—Otra vez —susurró Christophe.

—Es tarde —dijo Pena—. Nosotros nos volvemos. ¿Nos acompaña? ¿Ya ha entrado en calor?

—Todavía no —murmuró Christophe—. Yo me quedo. Adiós.

11

Una vez solo, Christophe se levantó, se acercó despacio a la caja de música e hizo girar con esfuerzo la pesada manivela. De nuevo, las roncas y ahogadas notas se desgranaron con lentitud y, una tras otra, cayeron en el silencio como gotas de agua. Con las mangas blancas de cal apoyadas en la barra, los obreros bebían en silencio. Como ellos, Christophe se acodó en el mostrador de zinc y se quedó mirando la ventanita baja, tras la que un farol brillaba débilmente en la oscuridad y la lluvia. Una luz mortecina y turbia, como la claridad que vemos en sueños, iluminaba la fuente gris.

El pasado...

«Es gracioso, vives a su lado, pero acabas olvidando el pasado... tan por completo... ¿El amor? Qué palabra tan carente de sentido cuando los años han ido transcurriendo y han cubierto el alma con su espesor, con su peso... ¡Menudo amor! He olvidado hasta su cuerpo, hasta su rostro de antaño...», se dijo.

Bajó la cabeza. La imagen de la mujer actual borraba en su memoria el recuerdo de la hermosa muchacha que tuvo en él a su primer amante. Murielle, hoy... Murielle, sentada ante el fuego, con la cabeza gacha, los ojos apagados, los párpados pesados...

Se notaba confuso. «Me amó, se entregó a mí, incluso entonces, cuando no era más que una niña, con total lucidez. Y sin embargo, sabía que yo no le daría más que infelicidad... Si se casó con Pena, fue seguramente por mí, por mi boda; si se separó de él y se vino a vivir a casa, fue por mí. Ahora... sigue siendo del todo mía, sigue estando a mi disposición... Lo sé, bien que lo sé... Aun así, no se hace ilusiones respecto a mí, como es lógico... Me conoce a la perfección... En realidad, siempre se ha rendido antes de tiempo, siempre ha sido pesimista, melancólica... Pero, a su manera, orgullosa, y reservada,

dándolo todo sin rebajarse nunca a pedir nada... Todavía hoy podría intentar reavivar el pasado con recuerdos, con palabras... Pero no... Y, en cuanto empecé a alejarme de ella, fue ella la primera en deshacer los lazos... Dios mío, esos lazos, tan flojos ya, que nos unían...»

Por un instante volvió a ver su boca. Aquella boca seguía siendo tan hermosa, con las comisuras caídas, los labios como cincelados, y los ángulos, profundamente hundidos... Aquella boca oscura y fina en el rostro envejecido...

«No, no tiene ningún poder sobre mí. Pero la culpa no es mía. Ya no me queda amor en el corazón... ¡A buenas horas pienso en estas cosas, por Dios santo! ¿Una caricatura de la juventud, del pasado, del amor? ¡No, no y no! Estoy cansado, estoy agobiado, la vida es demasiado dura, demasiado difícil... Para pensar en el amor, hay que tener la cabeza y el corazón libres... ¿El amor? Qué payasada...»

Entrecerró los ojos y masculló, hastiado:

—Al infierno los recuerdos...

Pagó y regresó a París.

Los neumáticos se deslizaban por la carretera mojada. El viento se había callado.

En París, aparcó el coche y vagó largo rato por las calles antes de volver a casa. De trecho en trecho se abría la boca roja de una taberna. Christophe miraba a las mujeres que salían de ellas, pero la mayoría eran tan feas que sus caras helaban su vago deseo.

Caminaba al azar, dejando, con una sensación deliciosa, que la lluvia le mojara las mejillas. En la oscuridad ya no reconocía las calles, pero no alzaba los ojos a propósito, no buscaba las placas indicadoras en la sombra de las altas casas. Avanzaba como por una ciudad desconocida, silbando y mirando a su alrededor con curiosidad. Algunas tiendas seguían abiertas, pese a la hora tardía y a que era domingo.

Pasó ante una mantequería resplandeciente, entre dos enormes cestos de mimbre, llenos a rebosar de huevos blancos, iluminados por una guirnalda de luces crudas.

Dos mujeres chocaron con él. Reían y hablaban entre sí. La voz de una de ellas le llamó la atención.

«Me gustan estas voces de fulana, como la música de la taberna... con notas que faltan, corroídas por el alcohol...», pensó confusamente.

Un escalofrío de placer le atravesó la carne. Apretó el paso y adelantó a las dos mujeres. Una era mayor, pero la otra tenía un rostro joven, maquillado, con grandes párpados oscuros. Con brusquedad, Christophe le cogió el brazo y le susurró unas palabras a la cara. Ella rió y se dejó arrastrar. El único placer del amor...

12

Cuando Christophe llegó a casa, Geneviève dormía. Estaba cruzando el salón para reunirse con ella, cuando vio a Murielle, que leía sentada ante el fuego. La habitación estaba sumida en la oscuridad, y ella no lo vio acercarse. Tenía el atizador en la mano y, de vez en cuando, golpeaba el coque con él. Una llama roja se elevaba de la pila y le iluminaba el rostro.

Tenía la cabeza inclinada hacia delante. Su pelo corto, fino y todavía abundante, estaba peinado en mechones ondulados por la permanente, pero tiesos y desordenados. El cuello, antaño terso y fuerte como una columna, estaba surcado por tres arrugas paralelas que sostenían como un collarín su cansado rostro. Se había cubierto los hombros y la nuca con un chal de seda verde, que sólo dejaba ver la parte inferior del vestido negro. Fumaba y, con una mano, sacudía maquinalmente la ceniza del cigarrillo en dirección a la chimenea. El humo giraba alrededor de su cabeza inclinada y ascendía lentamente hacia el alto techo pintado.

Al oír pasos se volvió y miró a Christophe de hito en hito, sin hablarle ni sonreírle.

—Hace un frío del demonio —dijo él con aire distraído, y, acercándose a la chimenea, extendió las manos hacia el fuego, las retiró despacio y las frotó una contra otra—. ¿Y Geneviève?

Con la cabeza, Murielle hizo un gesto vago hacia la habitación vecina, antes de inclinarla otra vez sobre el libro. Mientras leía se quitaba la alianza, que hacía rodar a lo largo de un dedo y que, cada vez, se le escapaba y caía entre las páginas. La recogía sin parar mientes en ello, volvía a ponérsela y empezaba de nuevo.

Christophe había apoyado la espalda en la ventana y miraba aquel rostro cambiado, aquel pelo, que no había encanecido, sino enrojecido

aquí y allí, como una prenda de piel gastada.

De pronto, Murielle se levantó y, antes de que él pudiera impedírselo, con uno de sus gráciles y rápidos movimientos, que había conservado y que contrastaban con su cuerpo fornido, pasó ante él y corrió la cortina de encaje, zurcida con bastante habilidad por Geneviève, pero cuyo aspecto, como el de todo en aquel salón oscuro, era desaliñado y extraño. Empujó otro sillón hasta la chimenea.

—No me mires así... Me exaspera... —le dijo—. Siéntate y calla.

—¿Te gusta más este salón que el pequeño? —le preguntó él.

—Sí, aquí nunca hay nadie. Y mi habitación es demasiado fría, la verdad.

Christophe ahogó una risa cansada.

—Perdón... Pero ¿puedo quedarme?

—Claro que sí —murmuró ella encogiéndose de hombros.

Se callaron. El fuego había menguado. Sólo quedaba una cálida claridad rojiza de brasero. Con una especie de estupor, Christophe miraba los reflejos del fuego en las acanaladuras del mármol.

«Me pregunto si ella vuelve a ver, como yo... —pensó de pronto. Se interrumpió. El pasado... Nunca lo había obsesionado de aquel modo—. La culpa es del imbécil de Pena», se dijo furioso.

El pasado... La infancia... Había vivido toda su vida al lado de Murielle: James Bohun la había recogido al quedarse huérfana. Qué hermosa era... Recordaba aquella noche, antes de la guerra; Christophe y ella habían vuelto a casa al amanecer... Venían de un baile... Entraron en aquel mismo salón, que tanto había cambiado también, Dios mío... Cálido, lujoso, con el fuego de crepitante madera que tanto le gustaba a su padre y que por él mantenían encendido toda la noche... Las llamas danzaban en los tapices, los viejos muebles, las flores... Era una noche de la primavera de 1912. En esos tiempos aún se oía el ruido de los cascos de los caballos en el pavimento de madera. Aquellas flores abiertas en los jarrones... Esa noche, aún le parecía percibir su suave, su peligroso aroma. Ella corrió a la ventana. Y fue allí, en esa misma ventana, a la luz de aquella misma farola de gas, verde y triste en la oscuridad, donde la besó por primera vez. Siempre había sido

impulsivo y brusco en el amor. Sus dedos, maltratándole los pechos; sus labios, presionando su boca jadeante... Pero era tan hermoso: aquella noche de mayo, aquella piel fresca, tersa y resbaladiza bajo sus dedos, el traje de baile, arrojado sobre una silla, aquella muselina blanca y arrugada que él pisoteó, las flores abiertas, la primavera, la suave brisa que entraba por la ventana... Aún le parecía sentir aquel temblor en el cuerpo, aquel delicioso cansancio. Soltó un profundo suspiro.

En 1914 se alistó. Poco después conoció a Geneviève. En esa época le parecía que sólo una mujer sencilla y pura podría apaciguarlo, borrar los recuerdos del frente. La convirtió en su esposa, y Murielle se casó con Paco.

Al poco tiempo, aquello volvió a empezar, pero el amor ya era distinto, al menos para él... Había perdido su sabor, su halo de libertad y juventud; ya no era más que una cópula silenciosa, un sentimiento amargo, apasionado, torturador y frívolo a la vez, perturbado por los primeros problemas económicos y el sordo remordimiento ante el rostro de Geneviève, tan misteriosamente impasible...

Por fin, en 1925, sobrevino la quiebra. ¿El amor? Buen momento... Los lazos se desanudaron con suavidad, sin sobresaltos ni palabras. De hecho, los dos odiaban las palabras. Ahora, la vida que llevaba sólo dejaba lugar para un deseo brutal, rápidamente satisfecho.

«Esperar, mentir, acariciar, qué aburrimiento...»

No merecía la pena... El amor, el placer, eran tan poca cosa...

Se le escapó una risita dolorosa.

—Esta noche pareces estar de un humor particularmente sombrío... —dijo ella al fin.

Por toda respuesta, Christophe negó con la cabeza.

—¿Es verdad que te has encontrado a Paco? —preguntó Murielle a media voz.

—Sí. ¿Te lo ha dicho Philippe?

—Ha cambiado. Parece más cansado y más sensato.

—Entonces, ¿lo has visto? —le preguntó Christophe con un gesto brusco que no pudo evitar.

—No. Me ha escrito varias veces. Quiere que vuelva con él. Recordé

el pasado: el juego, las drogas... Y siempre sin dinero. Un tren de vida regio, y los proveedores gritando en la antecocina... Pero todo eso parece tan lejano... En el fondo, puede que fuera lo más sensato. Pero lo que me da miedo es moverme: me gustaría permanecer inmóvil hasta la muerte. Estoy cansada, cansada...

—Duermes en vez de vivir —dijo Christophe.

—Y tú también, tú también, no digas que no...

—¿Por qué seguimos viviendo? —murmuró él.

—Por costumbre, supongo.

Volvieron a callarse. En el comedor contiguo, la criada, una luxemburguesa corpulenta, iba y venía lentamente entre la mesa principal y la auxiliar. El entarimado era antiguo y crujía bajo sus pies. Cada vez que se acercaba a la puerta del salón, se esforzaba en pisar con más cuidado, y las tablas dejaban escapar un chirrido quejumbroso y breve, que aumentaba aún más la sensación de la noche y del silencio. Eran casi las once, y Christophe notaba que se le cerraban los ojos.

—Mañana, la oficina...

Murielle lo miró, sorprendida por su tono atrabiliario. Él dejó escapar una especie de grito.

—¡La oficina! La jeta de Beryl... El bar... La cena... El cine del sábado... El coche, y la chica recogida en la calle la noche del domingo... ¡Y todas las semanas lo mismo, hasta la muerte! ¡Cómo odio esta vida!

—¿Y qué te gustaría? —le preguntó ella en voz baja.

—¡Una existencia humana, que consista en algo más que la preocupación por el dinero, por la comida diaria y por el trabajo! Algunos días de lluvia, al salir de casa, me dan ganas de tenderme en mitad de la calle y esperar a que el primer autobús que pase se me lleve por delante. Es una estupidez, ¿no? ¡Estas quejas son más propias de Philippe! ¡Parezco uno de esos pobres chicos que se iban a Tahití después de la guerra!

—Sólo que tampoco serías feliz en Tahití —respondió Murielle con ironía—. Echarías de menos el cuarto de baño.

—Tienes toda la razón. ¡Somos los hijos malcriados del capitalismo! Lo echaría de menos todo, porque esta vida está organizada de tal manera que, si te quitan el dinero, te lo quitan todo... Quizá otros encuentren un objetivo más elevado... Pero yo soy irremediablemente normal, un hombre del montón, no es culpa mía...

—Sí —dijo ella.

De pronto pensó que la vida de Murielle todavía era más monótona y triste que la suya.

—Pero, a ver, Murielle, ¿qué haces tú todo el santo día? —le preguntó haciendo un extraño esfuerzo.

—No lo sé. Esperar la muerte. —Sacudió la ceniza del cigarrillo sobre el hogar y, en tono más ligero, añadió—: Como tú. Como todos, después de los veinte años...

—Es una ocupación normal, la de todos los seres humanos. No tengo nada contra eso. La muerte, la renuncia, la vejez, las acepto, me resigno. Pero odio la vida tal como me la han dado hecha. Me levanto, espero a que llegue la hora de ir a mi despacho y, cuando estoy allí, espero la hora de salida. Y, en general, espero el final del mes.

—Y la muerte del tío James —dijo ella con suavidad.

Christophe se estremeció.

—Lo sé. Me odio, ¿me oyes?, me odio.

—Es curioso.

—¿El qué?

—Nunca hablas...

Christophe se encogió violentamente de hombros.

—¿Y con quién voy a hablar? ¿Con Geneviève?

Ella no dijo nada. «Es Murielle, la Murielle de antaño... Rara es la mujer que no habla mal de una rival, por muchos años que hayan pasado... Pero ella siempre ha sido así...», pensó Christophe.

La miró fríamente, con curiosidad. Pensó sin deseo en su cuerpo, que debía de haber engordado en los pechos y las caderas. Sólo la voz y la forma de la boca seguían siendo deliciosas. Pese a ello, un oscuro calor le corría por las venas. Extendió la mano, acarició el chal con suavidad, se enrolló el fleco en los dedos, cogió con cuidado la alianza, que ella

había dejado rodar por su falda y que aún conservaba la tibieza de sus manos, y volvió a soltarla con un débil suspiro. Murielle no se resistía; Christophe percibía con claridad el leve temblor que la agitaba.

Pasó casi una hora. Ninguno de los dos hablaba. Veían arder el fuego en el salón a oscuras, sumidos en una sombría y profunda ensoñación...

13

Una noche, poco antes de Navidad, Christophe se encontraba en un bar. En esa época del año escaseaban los clientes, que se apretaban el cinturón en previsión del alquiler y los aguinaldos. A veces, un hombre grueso atrafagado entraba cargado de paquetes de los que emergía el pelo de una muñeca o la caja de un tambor, se tomaba una copa sin sentarse y se marchaba. Una mujer a la que Christophe había visto varias veces a lo largo de los años, y que aparecía y desaparecía al azar, se pasaba ahora las horas muertas en un taburete, haciendo caer melancólicamente la ceniza del cigarrillo en su copa vacía. Tenía la voz cascada, las mejillas ajadas y maquilladas, el pelo teñido asomando bajo el sombrero negro, los zapatos gastados y una sonrisa abúlica y desengañada pegada a la cara.

Algunos hombres la conocían y, sonriendo, la llamaban «la Pepona». Varias tardes seguidas, fue a sentarse a la barra en el taburete inmediato al de Christophe, pero no tardó en comprender que cualquier esfuerzo en esa dirección sería inútil. No obstante, Christophe la invitaba a una copa de cuando en cuando y la trataba con la cortesía ceremoniosa que reservaba a las busconas en declive y en horas bajas.

Esa noche, tras compartir con él la botella de champán, la mujer soltó un suspiro y le dijo:

—Es usted un tipo con clase... nada zafio con las mujeres. Es raro, y, créame, sé de qué hablo. Me recuerda a un hombre con el que estuve, un inglés.

—¡Ah! —exclamó Christophe distraídamente.

—Tenía un yate en el que viajaba seis o siete meses al año. El resto del tiempo lo pasaba cada vez en un país. Estaba un poco chiflado. Tenía una casa en cada país que le gustaba: una en Coímbra, otra en Noruega, otra en Florencia... Todas amuebladas y todas con servicio.

Llegaba, se quedaba un mes o seis semanas y se iba. Y navegaba por el mar temporadas enteras, solo o con mujeres a las que recogía aquí y allí, en un bar, en un puerto, y a las que abandonaba con la misma rapidez... Yo le gustaba, me habría tenido a su lado más tiempo que a otras, pero era joven y me aburría... Ya sabe, cuando eres joven, la soledad es muy bonita, pero, a la larga, un tostón, ¿no? —dijo la mujer riendo—. Y París... Echaba de menos París, los cines, y lo demás... A usted le gustaría esa vida... —afirmó de pronto acariciando ligeramente, por costumbre, la mano de Christophe—. Lo veo en sus ojos.

—Sí —murmuró él, imaginando con todo detalle la cubierta blanca de un yate salpicada por el roción.

Surcar libremente el mar infinito, detenerse al azar, al capricho del momento, en un país desconocido; no hacer otra cosa en la vida que soñar, bañarse, contemplar el resplandor del sol sobre las olas, sobre ciudades lejanas; en una palabra, ¡vivir, vivir!

Oyó vagamente a la mujer, que decía:

—Figúrese la fortuna colosal que se necesita para vivir así...

«Es verdad, siempre lo mismo. Mires a donde mires, siempre el dichoso dinero. Para vivir así, lo que hace falta son miles de millones. ¡Maldita sea! ¿Qué necesidad tenía esta mujer de contarme eso?», se dijo Christophe, desencantado.

—Y ahora que tengo más años y sé más de la vida, pienso que, con un hombre así, si hubiera sido lista, habría podido hacer lo que hubiera querido. Como usted comprenderá, un hombre normal se acaba cansando de esa vida. Necesita la sociedad, ¿no? Ante todo, necesitamos la sociedad y la civilización. ¿No le parece?

—¡Sí, sí, totalmente! —dijo Christophe.

La mujer siguió hablando un rato más. Estaba algo bebida y sacudía la borla de los polvos al azar sobre su cara y sobre la copa. Sin escucharla, Christophe veía pasar por la pared del bar, ennegrecida por el humo, imágenes confusas de velas, de mástiles, de soles resplandecientes.

—Y, al final, ¿qué pasó con su amigo? —le preguntó a la mujer.

—¿Con él? ¿No se lo he dicho? Murió loco.

Christophe rió sin alegría.

—¡Mejor! Eso demuestra que es imposible ser completamente feliz en este mundo... ¡Y consuela a los pobres diablos como nosotros! ¡Los nuevos proletarios!

—¡Ya! Pero ¿sería tan feliz? —dijo la mujer en un tono sentimental—. ¡Puede que no conociera el verdadero amor! ¡La vida, por estupenda que sea, sólo vale la pena por el amor!

—Y que lo diga —murmuró Christophe.

14

En casa de los Bohun, la Nochebuena traía todos los años las ramitas de muérdago encima de las puertas, el acebo en los floreros y el pudin al ron que preparaba Geneviève.

Durante la cena, el teléfono sonaba cada dos por tres y, cada vez, una voz femenina preguntaba:

—¿Está el señor Philippe Bohun?

—De acuerdo, cariño, por esta noche, pase —le decía Geneviève a su hijo.

Philippe se levantaba y se llevaba el teléfono a su habitación.

—Mmm... Sí... Igualmente, guapa... Estaré libre enseguida... ¿Qué? ¡Bah, lo mismo de siempre! Sí, una lata, pero qué se le va a hacer... ¿Esta noche vamos a casa de Jim? Seguramente será un tostón, pero ¿adónde quieres que vayamos, sin monis? ¿Luego? Pues a Montparnasse, a cualquier sala de fiestas, donde sea...

«Donde sea. Donde sea, pero lejos de casa, de los padres, de las preocupaciones, del dinero y de la enfermedad... Cómo lo comprendo...», pensaba Christophe.

Y, en cuanto se tragaba el último bocado, Philippe miraba su reloj, esperaba pacientemente casi una hora con las mejillas rojas y los ojos iluminados por un oscuro fuego y desaparecía.

La llama del ponche estaba apagada. Se sentaban ante la chimenea con las manos vacías. El salón parecía aún más grande y frío. Volvía a hacerse el silencio. Sin embargo, las horas pasaban. Fuera, hasta el amanecer, se oían rodar taxis, borrachos rezagados que cantaban, pasos presurosos en el adoquinado, un sordo rumor de fiesta, un ruido confuso y alegre. A cada instante, la puerta cochera se abría y se cerraba; de las escaleras y el patio llegaban voces y risas. En los gramófonos y las radios de los pisos vecinos sonaban a la vez canciones

distintas, fundidas en un sordo y desenfrenado guirigay. En el piso de encima de los Bohun, bailaban. Se oía el rítmico golpeteo de los pies en el entarimado y una algarabía de risas y llamadas. Un pequeño abeto adornado dejaba gotear lamentablemente la cera de sus velas rosa sobre el alféizar de la ventana. Geneviève pensaba en la infancia de Philippe y en la suya propia. Courtenay... La iglesita nueva y fría, y el olor del incienso y de la niebla... Courtenay se alzaba no muy lejos del mar: el aire era húmedo y suave; de vez en cuando, una ráfaga de viento tibio lo atravesaba y dejaba en los labios un gusto a sal. Esa noche habría ido a la iglesia de buena gana, pero temía el frío, y estaba sola. Allá, su hermana y sus primas debían de estar festejando la Nochebuena en esos momentos. En el fondo de su memoria, volvían a formarse imágenes de la infancia, indistintas, lejanas. En noches así, todo el mundo repasa su vida. ¿Qué hacía ella allí, en aquella casa absurda, en la que nada parecía estar en su sitio, ni las cosas ni las personas?

—El pudin no estaba tan bueno como otros años... —murmuró.

—Claro que sí, querida —dijo Christophe.

—¿No le faltaba azúcar?

—A mí me ha parecido delicioso.

Murielle, haciendo un esfuerzo por participar en la conversación, se atrevió a decir:

—Puede que la masa estuviera un poco seca...

—¡Quia! —exclamó Geneviève con una mezcla de desdén e indulgencia—. ¡Qué cosas dices, querida! Sólo le faltaba azúcar...

Murielle no replicó. De vez en cuando, miraba a Christophe, sus labios, mudos, sus hermosas manos, posadas sobre las rodillas. Una leve mueca amarga y burlona le contraía las facciones fugazmente. La llama mal apagada aún ardía...

El único que no pensaba en nada esas noches era Christophe. Hacía mucho tiempo que había dejado atrás la fase de los recuerdos. Tenía sed y frío. A la una, Geneviève se iba a la cama. Murielle se quedaba sola fumando ante un libro abierto, que no leía. Christophe salía e iba a un barecito inglés que conocía, donde hacían una rifa navideña y

colocaban un árbol de Navidad iluminado entre las mesas y la barra. Sentado en un rincón, un negro viejo y melancólico, al que las lluvias del norte parecían haber desteñido y haber dejado un tono parduzco de café aguado, cantaba a media voz con la cabeza ladeada y los ojos entrecerrados. Había pocas mujeres y bastantes ingleses serios y borrachos que se daban grandes palmadas en la espalda en medio de un jolgorio de «*cheer-ee-oo*», «*good Christmas*» y «*cheer up*» que duraba hasta el alba. El champán helado hacía correr por las venas un fuego líquido que no se apagaba; las luces del árbol giraban ante los cansados ojos de Christophe. Volvía a paso lento a casa por las calles negras, luminosas, llenas de nieve fundida.

Los vagabundos deambulaban en silencio arrimados a las paredes. A veces se cruzaba con un grupo de hombres gruesos con pellizas y gorros de papel rosa que sujetaban por el brazo a mujeres despeinadas con trozos de serpentina enganchados a las pieles y el maquillaje disolviéndose con la lluvia de la mañana.

—Estamos borrachos, pero ¿qué importa? —los oía decir—. Nos hemos divertido de lo lindo... Hay que divertirse, al menos una vez al año... Mañana, a trabajar... Pero ¿qué importa? Al menos, nos hemos divertido...

Pero ese año se sentía más irritado e inquieto que de costumbre, menos resignado a la insulsa y solitaria fiesta. Y el tiempo tampoco era como en años anteriores. La nieve y el hielo habían llegado antes de lo habitual, precedidos por una semana de un frío infernal, de tinieblas brillantes a cuyo través las luces de los comercios relucían como lágrimas de hielo. Caía una verdadera nevada, densa y rápida. En realidad, los copos se fundían apenas tocaban el suelo y se transformaban en charquitos de barro grisáceo y medio helado, en los que el pie resbalaba. Ese anochecer, al volver del trabajo, Christophe se encontró con su mujer bajo el arco de la puerta cochera. Geneviève llegaba corriendo. El frío le había enrojecido las mejillas, y llevaba el sombrerito negro y el pelo salpicados de nieve. Así estaba bastante guapa.

—Si quieres, podemos coger el coche e ir a pasar dos días al campo...

—dijo Christophe de pronto.

—¿Y adónde iríamos?

Él se encogió de hombros.

—Donde sea...

Geneviève soltó un leve suspiro y miró la oscuridad, surcada por los copos de nieve.

—No es mala idea...

Subieron juntos en el ascensor, un viejo aparato que se elevaba pesadamente en el aire chirriando y gimiendo.

—Podríamos llevarnos a Murielle... —dijo él de pronto, y, al instante, pensó furioso: «¿Me he vuelto loco? ¿Por qué voy a cargar con estas dos mujeres?»

Pero Geneviève respondió:

—Claro, querido...

15

Se fueron al día siguiente, tan temprano que la nieve caída durante la noche permanecía intacta en los bordillos de las aceras. Hacía un día especialmente bonito y frío. Una suave luz rosácea bañaba las fachadas. En el campo, los árboles empolvados de nieve relucían con un pálido y delicioso lustre.

El coche avanzaba con un ronroneo apacible, patinando de vez en cuando en el asfalto barnizado de escarcha. En el asiento trasero, las dos mujeres hablaban a media voz con una especie de confianza irreflexiva.

Christophe no pensaba en nada; se sentía descansado y feliz. El sol resplandecía. Una nieve que parecía azúcar salpicaba los bosques y las suaves colinas que formaban ondas en aquella parte del mundo. De trecho en trecho refulgía una charca o un estanque cubierto de un caparazón de hielo.

Cerca de Avallon, el tiempo cambió. El sol se ocultó y, poco a poco, una bruma gris cubrió el horizonte. La nieve empezó a caer, cegadora, con un brillo monótono que cansaba la mirada.

Pararon delante de un hostal, en un pueblo cuyo nombre ninguno de los tres supo jamás.

Las calles estaban desiertas. Un caballo uncido a una carreta, solo en mitad de la calzada, resoplaba vaho por los ollares. Era el único ruido que rompía el silencio, junto con los golpes de sus cascos en el suelo.

Mientras las mujeres tomaban un té caliente en la sala de la planta baja, Christophe salió y, durante unos instantes, respiró la niebla del atardecer. La nieve se había transformado en una bruma algodonosa y densa a cuyo través brillaban un puñado de luces.

Se acercó a una casa que se erigía solitaria en la esquina, una casa de provincias gris y sencilla, con ventanitas adornadas con visillos y luz

tenue. Por los postigos entreabiertos se veía brillar un fuego amarillo en el fondo de una habitación. Aguzando el oído, Christophe creyó percibir el leve crepitar de los troncos.

—Qué paz... —murmuró, y soltó un suspiro.

En el interior de la casa, una mano corrió la cortina y la luz se apagó. Pero Christophe seguía inmóvil, con el ceño fruncido.

«Creo que una vida así me habría gustado. Una vida pausada, apacible, marcada por el paso de las estaciones, armoniosa, sin añoranzas ni deseos. Aunque, quién sabe... La vida es igual de dura en todas partes. Courtenay, por ejemplo... ¡Qué horror!», pensaba confusamente.

A paso lento, Christophe rodeó la iglesia, apenas visible en la bruma. Un reloj empezó a dar la hora. Esperó a que sonaran los cuartos, acompañados cada uno por una especie de leve tintineo musical, irónico y cristalino, como una risa de mujer.

Lenta, tímidamente, extendió la mano y tocó los fríos sillares.

—Qué paz... —repitió con el corazón encogido.

Luego tuvo frío y regresó.

Murielle y Geneviève seguían charlando con la actitud amistosa, confiada, que sobrevive en los miembros de una misma familia al afecto, ese tono de complicidad, esa manera rápida e incompleta de mencionar los sucesos, de juzgar a las personas.

Christophe se sentó frente a ellas, bromeó, rió... Sentía una extraña calma, el corazón vacío y ligero. Ellas, que en París sólo hablaban de cosas precisas, concretas, de ropa, de problemas de dinero o de salud, de repente intercambiaban algo que se asemejaba a las confidencias, melancólicas y vanas ensoñaciones.

—Yo querría paz, nada más —decía Murielle a media voz—. Y, ya que hay que envejecer, que ya he comenzado a hacerlo, que sea rápido, que acabe pronto... del todo. Es como la muerte. Lo más duro es lo que viene antes. Después, ya está...

—Yo... —dijo Geneviève con voz vacilante, pero soltó un suspiro y se calló.

Pensaba Christophe: «Seguridad, sin duda, dinero, naturalmente, para

no preocuparse más ni esperar el mañana temblando, para dejar de contar, en el silencio de la noche, los ataques de tos de mi padre. Tiene gracia, ni siquiera la tranquila Geneviève está satisfecha de la vida; ella, que debería ser feliz y sentirse llena con muy poca cosa... ¿Por qué demonios se casó conmigo? ¿Y yo con ella? ¿Cabe imaginar un matrimonio más desigual, más estúpido? ¿Lo ve ella, como lo veo yo? —Negó con la cabeza—. Pero ¿de qué sirve pensar en todo eso, Dios mío?»

—Vámonos —dijo—. Es tarde.

Murielle y él se demoraron un momento para recoger los naipes que habían caído al suelo. Ella dejó el cigarrillo en el borde de la mesa. Al desprenderse la ceniza suelta, saltó una chispa. Murielle la observó mientras brillaba un instante y se apagaba.

—¿Y tú, Christophe? —murmuró sin pararse a pensarlo.

Él apretó los dientes y soltó su risita seca y brutal.

—Sería muy largo de explicar... —La miró con más atención, y un calor súbito le subió a las sienes—. ¿Lo que deseo por encima de todo? ¿Ahora mismo? A ti, quizá...

Murielle bajó la cabeza sin decir nada. Él le cogió el brazo y la condujo hasta el coche. Se marcharon.

La noche cayó muy deprisa. Avanzaban entre árboles desnudos que parecían estremecerse y apretarse unos contra otros hasta mezclar sus ramas secas bajo un cielo de hollín. La nieve caía sin descanso.

Christophe estaba sumido en una ensoñación ardiente y confusa. Se había olvidado de las mujeres, que ahora guardaban silencio en el coche iluminado. Murielle fumaba. De vez en cuando, Geneviève limpiaba el cristal helado con el extremo del guante y preguntaba:

—¿Dónde estamos?

Christophe no respondía. Respiraba la niebla, la profunda oscuridad. Sofocado, bajaba el cristal cada tanto y sacaba la cara. Y fuera la nieve y el viento jugaban, transformando la apacible campiña en una estepa salvaje y negra. Llegaron, muy tarde, a un hotelito a la orilla de un río. Unos fanales iluminaban el agua, lenta y reluciente. Cenaron. Geneviève estaba cansada. Observaba a las parejas, bastante

numerosas, que los rodeaban, y de vez en cuando se volvía hacia Murielle y decía a media voz, con entusiasmo:

—Querida, mira a aquella mujer sentada allí, a tu izquierda... Lleva un sombrero parecido al mío, al negro, ¿no? La verdad es que ya no sé lo que se estila. En París no vamos a ninguna parte, no vemos nada —continuó en un tono de suave resignación, que, como la leche cortada, se agriaba insensiblemente conforme se hacía mayor, pero que Christophe seguía oyendo con una mezcla de ironía y ternura—. Vivimos como salvajes, amiga mía...

Pero esa noche Christophe solamente miraba a Murielle. Había bebido mucho. Llenaba de vino las copas de las mujeres.

—Christophe... piensa en tu hígado, querido... —le decía Geneviève en tono de reproche.

Murielle bebía en silencio y cada vez estaba más pálida y taciturna. Los ojos le brillaban con un fuego sombrío y extraño; en sus mejillas se habían encendido dos manchas rojas; un leve temblor nervioso le agitaba las manos.

Por primera vez en muchos años, el amor de Murielle, que habitualmente sólo le inspiraba una mezcla de culpa sorda y hastío, reavivó en el alma de Christophe los rescoldos del pasado. Y en cuanto el deseo lo tocó, se sintió feliz. Se obligó a mirarla, a recordar su cuerpo. Por un instante pensó que nada le había parecido nunca tan sensual y deseable como aquellas dos manchas de fuego en sus pálidas mejillas. En otros momentos, cuando ella volvía la cabeza y Christophe distinguía las finas grietas de las arrugas en la comisura de los párpados, bajo el maquillaje, pensaba irónicamente: «Un día, Beryl dijo en la oficina: “No hay alza en la Bolsa... No puede haber alza en 1934... Es un bluf, no se corresponde con nada...” Pues lo mismo pasa conmigo, Dios mío... Me gustaría reanimar en mi interior el amor, aunque sólo fuera por un día, por una hora, para tener en la mente algo que no sea la vida cotidiana, pero “es un bluf, no se corresponde con nada...”. Sin embargo, la amé... La amé», se dijo con una voluptuosidad sorda, una fogosidad súbita, dolorosa y extraña.

La cena terminó. Volvieron a sus habitaciones.

Christophe se quedó un rato delante de la ventana abierta, respirando la fría bruma que ascendía del río. Frente a él, un fanal verde brillaba con un fuego inmóvil y profundo que no alumbraba nada, sino que hacía que la noche pareciera aún más negra y opaca. La nieve cesó; luego volvió a caer con lentitud. Los escasos copos plateados volaban al bies, empujados por el viento hacia la ventana abierta.

Dudó un instante. ¿Empezar otra vez? Qué estupidez... Y sin embargo... Se pasó repetidas veces la mano por la frente, que le ardía; cerró la ventana y salió al pasillo lentamente. En la habitación de Geneviève, contigua a la suya, ya no había luz. Abrió la puerta de Murielle. No dormía, pero estaba acostada, inmóvil, con la cabeza apoyada en unos cojines. En sus ojos abiertos brillaban las lágrimas.

Christophe se sentó en la cama y le cogió los pechos con una brusquedad que a él mismo lo sorprendió. Ella no dijo nada; una especie de leve mueca de dolor le entreabrió los labios. Soltó un suspiro cansado y volvió a dejarse caer sobre los cojines.

Cuando él se apartó, siguió tendida, con la frente en la almohada.

—Sin mañana, supongo... —dijo con voz ahogada.

Christophe se estremeció apenas, sobrio de golpe, desinflado.

—Mañana, Murielle, seré otro hombre... —murmuró con tristeza—, amargado, agobiado... moralmente enfermo... No es culpa mía... Pero ya no puedo ofrecerte más que esto... una noche, de tanto en tanto, cuando sienta deseo...

Murielle no respondió; cogió sus eternos cigarrillos, encendió uno y contempló el humo. Acto seguido se volvió para no seguir viendo a Christophe, su esbelto cuerpo inclinado hacia ella, el movimiento salvaje de sus labios crispados...

—Déjame sola...

En la negra ventana brillaba un fuego verde. En el silencio del hotelito provinciano, oyeron con claridad el timbre de un despertador en una habitación lejana. Había pasado el tiempo de pensar en el amor...

A través de las lágrimas, Murielle se obligó a mirar a Christophe,

que, sentado en la cama, fumaba con la cabeza inclinada hacia atrás. En su cansado y ojeroso rostro había una expresión amarga.

—Ahora vete… —murmuró profundamente abatida.

En silencio, Christophe le besó el hombro desnudo y volvió a su habitación.

16

El primer sábado del año, tras cumplir con todos los ritos de ese día de la semana (peluquería, manicura, bar...), Christophe volvió a casa. Al abrir la puerta se encontró a Murielle. Sin decir palabra, la cogió del brazo y la arrastró a la calle.

Caminaron unos minutos, sorteando a los viandantes. Todas las caras que veían tenían la expresión hosca que hermana a la muchedumbre tras la tregua de las fiestas navideñas, cuando las preocupaciones que se han apartado a sabiendas durante unos días parecen descargar de nuevo todo su peso sobre los hombros.

Murielle se detuvo.

—Estoy cansada —dijo sin mirarlo, y, dándose la vuelta, se mordió los labios, nerviosa e indecisa.

Por un momento, Christophe pensó en un hotel, pero casi al instante una ola de irritación y desánimo apagó la breve llamarada del deseo.

—Crucemos la calle...

La llevó a un cafetín de taxistas y cocheros al que a veces iba a comprar sellos. Se sentaron detrás de un tabique de madera, en un viejo banco corrido. Era un café ruidoso y lleno de humo, pero la sala, muy alta, con un gran techo sostenido por vigas ennegrecidas, producía una sorprendente sensación de amplitud. Pidieron una bebida al azar y siguieron sentados en silencio.

«¿El amor? —pensaba Christophe de nuevo—. Sí, sería estupendo, si no hubiera que hablar, acariciar y mentir tanto... Todo me aburre mortalmente. Me gustaría marcharme. Y, ante todo, solo, por Dios, ¡solo! En cuanto estiras el cuello, sientes la cadena. No somos más que pobres perros... Me gustaría vivir, vivir sin más, y no dar golpe. Sin duda, todos los seres humanos que han existido en el mundo han soñado con una felicidad sin preocupaciones, ahí está el Edén para

atestiguarlo. Y es verdad que no podemos librarnos de la vejez, la enfermedad y la muerte, pero al menos se nos debería ahorrar el trabajo, la maldición del trabajo. No pienso en el trabajo del médico o el campesino, sino en el de la gente como yo, la mayoría, los de abajo, el pueblo llano de los asalariados... Trabajar, renunciar a todo lo que merece la pena en la vida, la fantasía, el ocio, hasta el aire y la luz de Dios, a cambio del pan diario, sin tenerlo asegurado siquiera... En esas condiciones, cualquiera hace el amor...»

—Si fuera rico —dijo en voz alta—, lo nuestro tendría un futuro, pero, tal como están las cosas, es mejor dejarlo de una vez por todas y olvidar. Hemos sido juiciosos mucho tiempo. Si fuera rico...

Murielle palideció un poco.

—No veo bien —murmuró.

Christophe hizo un gesto hacia la sala, llena de humo.

—Un escenario idílico... —dijo, y se quedó pensativo; luego se encogió de hombros y añadió—: Y en casa sería peor...

Murielle apagó el cigarrillo aplastándolo lentamente sobre la mesa de mármol, en la que su vaso había dejado una marca negruzca.

—Quizá...

Pese a todo, los reproches, las vanas quejas ascendían a sus labios. Aun así, no dijo nada. Christophe le cogió la mano, se la llevó a la cara, apoyó la mejilla en los temblorosos dedos de Murielle y disimuló con un beso su amarga y melancólica sonrisa.

—Mi pobre Murielle... —murmuró, y canturreó bajito—: «Ya no hay más dinero en el banco, / ni a quién en el traserito palmear, / ¿qué nos queda por hacer?...»

De pronto, Murielle se levantó. Christophe se encogió de hombros y pagó. Regresaron juntos, sin hablar, a lo largo de las calles oscuras.

17

Esa noche, Christophe, que dormía más profundamente de lo habitual, oyó a su lado un rápido cuchicheo, que, durante unos instantes, se mezcló con su sueño, una confusa visión de calles angostas y pequeñas iglesias blancas bañadas por el sol, en cuyo interior los pájaros se posaban cantando en altos bancos de madera y antiguos facistoles.

Cuando al fin despertó, vio a Terence, el criado de su padre, de pie junto a la cama. Geneviève seguía dormida; su tranquila respiración se oía en el silencio. Christophe le hizo una seña al sirviente para que saliera y se vistió en la oscuridad sin hacer ruido. Le castañeteaban los dientes: por la noche, con todos los fuegos apagados, la casa se quedaba helada. El corazón le latía con tal fuerza que tuvo que detenerse un momento y presionarse el pecho con la mano. Una mezcla de terror y piedad lo agitaba.

—Será esta noche, Dios mío... —murmuró en voz baja, sordamente.

Esa noche... enseguida, quizá... Habría que estar allí, inclinarse, oír sus últimas palabras, su último aliento...

«Ese anciano, cuya muerte aguardo con tanta impaciencia, ese a quien tanto quiero...», pensaba.

Salió de la habitación y siguió al criado, que lo había esperado en el pasillo. Cruzaron el salón y entraron en el dormitorio del señor Bohun. El anciano estaba sentado en la cama; un ataque de tos acababa de sacudir su cuerpo: temblaba como una hoja, no lograba recuperar el aliento. Un hilillo de sangre manaba de sus labios crispados.

Con los ojos agrandados por un terror involuntario, Christophe se acercó y descorrió un poco más las viejas colgaduras de reps granate que rodeaban la cama. Una lámpara iluminaba papeles esparcidos por la colcha y el pecho desnudo de su padre, de una escualidez pavorosa. El olor a alcohol de menta y éter llenaba la alcoba.

Se quedó de pie ante el anciano, inmóvil. El señor Bohun no hablaba, pero sus manos retorcían en un gesto automático el fino camisón de seda, desabrochado, y volvían a alisarlo; la fiebre hacía brillar sus ojos, de un negro líquido y ardiente, profundos y hundidos en el pálido rostro, en el que no parecía quedar una sola gota de sangre.

Al ver a su hijo se señaló la garganta con un débil ademán. Luego esbozó una vaga sonrisa crispada en la que había ironía, amargura y, quizá, por primera vez, una muda súplica de piedad, de ayuda. Christophe reaccionó.

—¿Ha llamado al médico? —le preguntó al criado.

—Sí, señor.

Christophe se aproximó a la cama muy despacio y cogió la descarnada mano, que ardía y tenía las uñas lívidas. Pero su padre la apartó con suavidad.

—No. ¡Me ahogo!

Christophe fue hasta la chimenea y, con gestos mecánicos, se calentó ante las llamas los entumecidos dedos.

Desde allí, volviéndose un poco, veía reflejado en el espejo el rostro consumido, huesudo, los cabellos de plata, los grandes ojos febriles... Oía respirar a su padre de un modo extraño, sibilante y ansioso; el jadeo llenaba la habitación.

«¿No será... el estertor?», pensó, y su corazón pareció detenerse.

Se respondió en el acto: «No, todavía no... ¿Puede un hombre que aún habla, que sonríe, estar a punto de morir?»

Y, al instante, notó más el cansancio y el frío, el leve viento que entraba por la ventana. Así pasó casi una hora. El señor Bohun permanecía inmóvil, inclinado hacia delante, respirando de un modo extraño y estremecedor; con un gesto monótono, se llevaba el pañuelo a la boca y, en cada ocasión, lo retiraba teñido de sangre fresca. Cada vez tenía la cabeza más agachada. De cuando en cuando, un suspiro resignado le entreabría los labios. Como en un sueño, Christophe oyó los pasos del médico. Eran las cuatro. No se había movido; sentía el frío mármol de la chimenea helándole los dedos. El médico hizo unas cuantas preguntas en voz baja; luego, con un paño fino, enjugó

lentamente la frente del anciano, perlada de sudor.

—Un poco de paciencia, señor Bohun, no es nada, se le pasará... —Era un hombrecillo delgado, con gafas y la cara adornada por una barba negra. Miró al anciano, compadecido—: Créame, señor Bohun, no veo nada inquietante. Si usted quiere, puedo pincharle para aliviar la opresión. ¿Quiere?

El anciano alzó los hombros despacio.

—Sí —jadeó.

—Voy a calentar agua —murmuró Christophe.

Al pasar junto al médico, lo interrogó con la mirada, vio cómo volvía la cabeza suspirando y comprendió.

Fue a la cocina, donde el agua estaba preparada sobre el fuego, se sirvió una taza de té, amargo y fuerte, y se lo bebió casi hirviendo. Pero no conseguía dominar el ligero temblor que le agitaba los miembros.

Volvió a la habitación y se sentó en un sillón, cerca de la cama. El médico daba cabezadas y bostezaba discretamente en su asiento.

La voz del anciano los sobresaltó a los dos:

—Ahora ya falta poco...

—Papá... —murmuró Christophe con la voz súbitamente enronquecida por el llanto.

Su padre sonrió. Christophe lo miró con más atención, sorprendido, imaginando que se trataba de una contracción involuntaria de los músculos; pero no, era la sonrisa, irónica y desencantada, que tan bien conocía.

—Kit...

El anciano hizo un gesto, como para tocar con sus ardientes dedos la mejilla de su hijo. Pero ese movimiento apenas esbozado pareció cansarlo en exceso. Dejó caer la mano y, al instante, los largos dedos se agitaron lentamente en el vacío y empezaron a doblar y desdoblar la sábana con un movimiento pausado y mecánico. Los grandes ojos fijos y febriles miraban a Christophe, pero parecían buscar más allá de sus rasgos visibles una señal misteriosa que sólo ellos podían descifrar. El hilo de sangre oscura volvió a manar de los labios entreabiertos y resbaló a lo largo de la barbilla de cera.

El doctor guardaba silencio. Sólo se oía el crepitar del fuego y el tictac del reloj.

—¿Te duele? —preguntó Christophe ahogando instintivamente la voz.

—No.

—¿Deseas algo?

—Nada —murmuró el anciano con indiferencia.

Poco después, con el mismo rostro inmóvil, dejó que el médico le pinchara. Al cabo de un momento pareció dormirse; un estertor sordo e incesante le alzaba el pecho, pero sus facciones estaban tranquilas; de vez en cuando, la boca temblaba y esbozaba una pequeña mueca de dolor.

Sentado junto a él con la cabeza entre las manos, Christophe permanecía inmóvil. De pronto lo sacudió un sollozo seco. Se levantó y se apresuró a salir de la habitación.

Caminaba en línea recta a través del piso, al azar. Al cruzar el cuarto de la ropa blanca, vio a Terence, el viejo criado de su padre, a cuyo servicio llevaba muchos años. Desplazaba una lámpara encendida a lo largo de los estantes de un armario medio vacío. Siguió buscando un buen rato y, por fin, sacó un pijama blanco, que desplegó con cuidado.

Christophe se estremeció, empujó rápidamente la puerta del salón y allí encontró a su hijo, sentado al lado del gramófono, que hacía funcionar rodeado por una muralla de cojines, a cuyo través sólo pasaba un sonido suave y jadeante, como una queja ahogada.

Philippe, descalzo y en pijama, tenía el pelo revuelto y la cabeza entre las manos. Canturreaba balanceándose un poco de un lado a otro.

—¿Te has vuelto loco? —le preguntó Christophe, cortante. Sin decir nada, Philippe detuvo el disco e hizo amago de levantarse—. ¿Qué demonios haces aquí? —exclamó su padre.

—He oído ruido… —murmuró el chico. Extendió la mano e hizo crujir los dedos—: ¿Tienes un cigarrillo? —preguntó con aire nervioso.

Le dio unas cuantas caladas rápidas. Christophe advirtió que le temblaban los labios.

—¿Sabes que el abuelo va a morir?

—Lo sé —dijo Philippe con frialdad.

Pero estaba pálido y en el fondo de sus ojos había una expresión extraña. Christophe sintió hacia él un súbito afecto mezclado con compasión. Se acercó a su hijo. Philippe volvió la cabeza y lo miró del mismo modo, con una seriedad singular.

Con un gesto torpe y apurado, Christophe le pellizcó la mejilla.

—¿Te da pena? —le preguntó sin pensar.

Philippe negó con la cabeza.

—No... Haber vivido como él y morir así... —añadió tras un instante de reflexión, y una muequecilla de asco le torció un poco los labios—. Es... es ridículo.

—Sí —musitó Christophe.

—Papá... —empezó a decir Philippe, pero se calló al instante.

«Él tampoco sabe desahogarse...», pensó Christophe.

—¿Qué ocurre, hijo? —le preguntó con suavidad.

Una sombra oscura cubrió las mejillas de Philippe, el penoso rubor que tan bien conocía Christophe, porque invadía lentamente su propio rostro cuando una pregunta torpe intentaba penetrar el secreto de su corazón.

«Ve la muerte por primera vez. Eso es inolvidable. Nunca olvidará esta noche...»

Se miraban en silencio, con las palabras a flor de labios, detenidas por un extraño pudor.

De pronto, Philippe se encogió de hombros con irritación.

—Nunca lo he querido. Su muerte me es indiferente.

Su tono áspero y vehemente sorprendió a Christophe, acostumbrado a la fría calma de su hijo. De hecho, el joven intentó rectificar de inmediato; soltó el humo con fuerza y, con enfática ironía, murmuró al fin:

—No me hagas caso, papá... Estoy preocupado por asuntos personales que no tienen nada que ver con el adiós terrenal del gran financiero. No, nunca lo he querido. Alguien como él tiene, como mínimo, la obligación de no dejarse vencer. Pero, aun así, estoy sorprendido, dolorosamente sorprendido —añadió recalcando las

palabras, como si fuera consciente de su trivialidad, de su mezquindad, y sólo las pronunciara con ironía y con toda intención—. Estoy sorprendido ante este acontecimiento cotidiano y aterrador, al que asisto por primera vez. La muerte es... —Se interrumpió y miró a su padre—. Imagino que al envejecer te vas haciendo a la idea... En realidad, todos los sentimientos deben de atenuarse...

—Yo estoy familiarizado con la muerte —dijo Christophe—. Es lo bueno que tiene la guerra, pese a todo.

—¡Ah, sí, es verdad, tú fuiste a la guerra! Tuviste suerte... —susurró Philippe.

Christophe se estremeció, sorprendido por las palabras de su hijo.

—Tú estás loco, Philippe...

El chico negó con la cabeza.

—No, no, te lo aseguro, te envidio. Al menos, eso te abre los ojos. Y además, pensar en la muerte no es divertido, pero pensar en la vida, en la vida de hoy en día, ¡qué horror!

—Entonces, ¿eres desgraciado, hijo? —preguntó Christophe a media voz—. ¿A tu edad?

—¡Por Dios! ¿Crees que es divertido? Temer a cada instante perder el trabajo, supeditar tu vida a esa maldita obligación de ganarte el pan de cada día, ¿es divertido? ¿Crees que me comprendes? Vuestra generación estaba preocupada... —rezongó—. ¡Dichosos vosotros! Nosotros no estamos preocupados, estamos furiosos.

—Se os pasará —dijo Christophe con tristeza.

—Tú no lo entiendes. Eres viejo, papá.

—¿Crees que un carcamal de cuarenta y tres años ya sólo necesita una silla de ruedas y, a no mucho tardar, un sudario? —Christophe se obligó a reír—. Muchas gracias, hijo.

Pero Philippe no lo escuchaba. Suspiraba exasperado.

—Tener dieciocho años, sentir que la juventud es preciosa e insustituible, y que está emponzoñada por las preocupaciones, por la falta de dinero... es... es indignante, es injusto... Sin embargo, yo no tengo la culpa de que todo por lo que merece la pena vivir cueste dinero...

Se calló y, en un gesto automático, empezó a darle cuerda al gramófono.

—No, hijo... —dijo Christophe con suavidad—. Déjalo morir en paz... Ha padecido el mismo mal que nosotros. No era más feliz ni tenía más paz que tú y que yo. Después de todo, los tres llevamos la misma sangre...

—Es posible —murmuró Philippe.

Christophe extendió la mano e hizo amago de acariciar el cabello de su hijo, como antaño. Pero, en cuanto sus dedos tocaron la superficie engominada, los apartó con viveza.

—¿Todavía te queda un poco de simpatía por tu viejo padre, muchacho? —preguntó con una risita forzada.

—Claro que sí —dijo Philippe con voz débil.

Christophe bajó la cabeza y salió. Tenía la sensación de haberse golpeado la mano contra un muro.

18

Momentos antes de morir, el anciano hizo el gesto de llamar con la mano, o al menos se esforzó en levantar los afilados y transparentes dedos. Nadie lo advirtió, nadie lo entendió, salvo Christophe. Con el corazón golpeándole el pecho, se puso en pie y se acercó a la cama. El señor Bohun volvió los ojos hacia él. Por primera vez, éstos no tenían su habitual expresión cansada y burlona, y el brillo febril se había apagado; parecían profundamente hundidos en una máscara de cera por la que el sudor frío resbalaba muy despacio. Un largo y penoso suspiro le alzó el pecho. Inclinado sobre él, Christophe aguardó un segundo, porque le parecía que sus labios se crispaban con esfuerzo, quizá para formar una palabra... ¿Una llamada? ¿Un deseo? Pero la cabeza del anciano volvió a hundirse en la almohada y, al instante, en sus facciones se produjo un extraño y terrible cambio. Dos profundas arrugas le marcaron las pálidas mejillas. Entre los resecos y jadeantes labios, el último aliento había huido con el silencioso suspiro recién exhalado, el suspiro que ponía fin a una vida larga y difícil, llena de triunfos vanos y oscuros desastres.

El entierro de James tuvo lugar una mañana de invierno tan suave y soleada que los pájaros, sorprendidos por el repentino calor, cantaban en el cementerio.

«¿Por qué? ¿Por qué un ataúd, por qué una tumba de obra, que impide a la tierra comerse los huesos y transformarlos lo antes posible en plantas, en fértil humus?», pensaba Christophe.

Miró un hermoso árbol que crecía muy cerca de la cabecera de la tumba y pensó con alivio y esperanza que muy pronto sus largas y sinuosas raíces se deslizarían entre las piedras y encontrarían un camino para llegar al cuerpo inerte, absorberlo y transformarlo en

hojas, en savia, en luz...

Pero, de pronto, volvió a ver en el recuerdo los suaves cabellos plateados, que había alisado por última vez la noche anterior, en la cama, cuando el anciano había expirado, y pensar que nunca más sentiría su viva caricia bajo la mano le rompió el corazón. Tuvo miedo de que se le escaparan las lágrimas. Se apresuró a agachar la cabeza, y una ligera mueca recorrió sus facciones.

La ceremonia fue breve. En el funeral no hubo amigos ni demasiados curiosos: hacía mucho tiempo que James Bohun había abandonado el escenario del mundo.

El día fue largo. Al atardecer, Christophe visitó, como de costumbre, el barecito inglés, donde bebió más de lo que había bebido en meses.

El árbol de Navidad seguía adornado, pero las agujas se le caían por todas partes y en el aire flotaba un penetrante olor a resina. Christophe se imaginó los bosques del norte, la nieve, los abetos, el hielo... ¡Marcharse, Dios mío, y solo! ¡Solo para siempre! ¡Qué sueño! ¿Sería posible ahora? Miró el fondo del vaso, lleno de las turbias heces en las que encontraba la verdad.

«¿Cómo es posible que esté tan dominado, tan obsesionado por el deseo del dinero como para que esta misma tarde, la primera después de la muerte de mi padre, pueda pensar en eso?»

Pero, en cuanto dejó que le invadiera el cerebro, la idea del dinero lo arrastró; creció en su alma y la inundó como una ola.

«¿Y si no ha dejado nada? Es extraño, tengo el presentimiento de que no ha dejado nada... Pero entonces, ¿cómo ha vivido hasta hoy? ¿Gracias a qué milagro? Pero ¿y si en efecto...? Los gastos, los médicos, el funeral... ¡Qué vida, Dios mío! ¡Qué vida tan sórdida y tan odiosa! Si de verdad no queda nada, estoy atrapado, entrampado hasta el final de mis días... Un oscuro empleado toda mi vida, mi única y preciosa vida...»

Miró con sorda piedad a los hombres que lo rodeaban, aquellas caras ansiosas, aquellas arrugas, aquellos ojos apagados.

«¿Todo el mundo vive así? Pero ¡y a mí qué me importa! Me trae sin cuidado que mi criada consuma su vida, su única y preciosa vida,

fregando el suelo para ganarse el pan de cada día, pero ¿yo?, ¿yo, Christophe Bohun? La vida pasa tan deprisa... Pronto ya no habrá más que una fría y estrecha tumba... ¿Y qué me ofrece la vida? Me levanto, me visto, me afeito, escribo y leo cartas estúpidas, como, duermo... ¿Dar tu vida? ¡Bueno, pero al menos que sea por algo distinto al pan nuestro de cada día! Después de la guerra, durante unos años, uno abrigaba la ilusión del éxito, del más brutal y material de los éxitos, pero, aun así, tenía su valor, mientras que ahora... La generación de la crisis... Mi padre vivió de otra manera... Cómo debe de sonreír, si me está viendo...»

Volvió a ver la sonrisa triste y lúcida del anciano. «Sin embargo se equivocó, amasó riquezas que se le escaparon como el agua entre los dedos... James Bohun en otros tiempos, James Bohun rico y poderoso, James Bohun joven...»

Atrajo hacia sí el cubilete con gesto nervioso y empezó a lanzar maquinalmente los dados, que cada vez caían de una manera, con un leve tintineo, mostrando en cada ocasión una combinación diferente de la suerte. Se sentía borracho y cansado. Su mente parecía haberse dividido en dos mitades: una de ellas se interesaba de forma apasionada por los efímeros resultados que mostraban los dados; la otra perseguía a trompicones un recuerdo en el pasado. James Bohun joven, pálido, delicado, frágil, con sus ojos fríos y brillantes, y el pelo, que él siempre había conocido blanco, con sus cambiantes reflejos plateados... «El Bohun del acero...» Sus flores, el fuego, que tanto le gustaba... El día anterior, el criado buscando en el armario medio vacío un pijama blanco para amortajarlo. Volvió a ver, con la dolorosa nitidez de los sueños, al viejo sirviente, cansado, bostezando, alzando a la altura de sus ojos una bombilla eléctrica al final de un largo cable y deslizando la luz por los estantes, mientras James Bohun agonizaba en la habitación contigua. Christophe hizo chirriar los dientes con una breve queja sorda. Aquella decadencia, aquellos años de inmovilidad y sufrimiento... Aquella soledad, y antes... aquel vano afán... Agitó los dados un buen rato en la mano cerrada. Miró sin parpadear el espejo, que le devolvía su imagen desde detrás de la barra. «Su hijo... ¡Menuda

broma! No, yo no habría querido esa vida que tanto le gustaba a él... Luchó contra el dinero y lo venció, al principio, cuando era joven y fuerte... Al final, el dinero lo aplastó...»

De pronto, se dijo con cólera:

«¡Qué expresiones tan idiotas!» Pero no podía evitar imaginarse aquella vida como una dura batalla. «Al principio le resultaría divertido, quizá... Pero ¿y al final?»

—No, una vida como la suya, por nada del mundo —murmuró—. ¡Yo no estoy hecho de esa pasta! Quiero librarme de la tiranía del dinero y del odioso trabajo que me lo proporciona... Los odio. Quiero... Pero ése es el problema: para mi deseo, no existe nombre... en ningún idioma... Y sin embargo, es el oscuro deseo, el deseo no expresado de todos los que estamos en este bar, de las nueve décimas partes del mundo... Es curioso... —siguió diciéndose—. La masa de oro que mi padre y sus iguales pusieron en movimiento, la misma que los aplastó a ellos, sigue rodando y ahora también me aplasta a mí... Qué cansado estoy...

Despacio, volvió a agitar los dados y, al mirarse en el espejo, medio oculto tras el negro y espeso humo, tuvo la extraña sensación de perderse, de desdoblarse. El anciano negro acababa de entrar. Como si le costara reconocerlo, Christophe miró su rostro, de un marrón claro un poco amarillento, su pelo blanco cortado a cepillo, su corto bigote cano, el diente de oro, que una sonrisa triste y burlona hacía brillar en la comisura de los labios. Con una seña, le pidió que se acercara.

—*Yes, sir?*

—Toque, amigo mío...

Adelantando los labios, le indicó lentamente su canción preferida.

El hombre tocó unos acordes.

—*Yes, sir?*

—Sí —dijo Christophe.

Empezó a tocar. Christophe apoyó la cabeza en las manos y escuchó hasta el amanecer el llanto y los chirridos de la guitarra y la vieja voz nasal.

«¿El amor? —pensó de pronto con una especie de desesperación, de vana petición de auxilio—. ¿El amor? ¿Murielle? ¡No! ¡Al infierno el

amor! Apenas es bueno para Philippe, conque para mí... ¡Al infierno!», repitió furioso. «Ya no hay más dinero en el banco, / ni a quién en el traserito palmear, / ¿qué nos queda por hacer? Cuando más, / apagar las luces y meternos en la cama.»

19

Al día siguiente, Geneviève y Christophe estaban solos en el piso, en el que aún flotaba el extraño olor a fenol y flores marchitas que deja la muerte tras de sí.

—Querido, habría que ordenar los papeles de nuestro pobre padre —murmuró Geneviève—, destruir lo que no sirva... No deberías abandonarte al dolor... Además, puede haber un testamento...

—Lo entiendo —dijo Christophe con suavidad.

«¿Qué nos queda por hacer?...» Reprimió con esfuerzo una sonrisa triste y sarcástica. Pobre Geneviève... tenía el alma llena de escrúpulos, de pudor... «Mi pobre Geneviève...»

Detrás de ella, entró en la habitación del señor Bohun y, con el ceño fruncido, disimulando su emoción con una mueca nerviosa, apartó la vista de la cama vacía, tan lisa, tan pequeña, cubierta con una sábana blanca. En la chimenea, el fuego estaba apagado, y las cenizas, barridas con esmero. El viejo señor Bohun estaba irremediablemente ausente.

—Te dejo —murmuró Geneviève.

Christophe avanzó unos pasos, se detuvo ante el escritorio y, con mano vacilante, tocó uno tras otro los cajones cerrados. Por fin se sentó en el sillón de su padre, su viejo sillón de reps rojo, y acarició con suavidad la pequeña cabeza de león de bronce que adornaba el brazo. Permaneció inmóvil largo rato, mirando los cajones sin abrirlos. Un testamento... Una idea muy propia de Geneviève, de Geneviève Courtenay... Un testamento significa que estás preocupado, más o menos, por lo que sucederá después, por aquellos que dejas atrás...

«Sin embargo, me amaba. Pero como lo amaba todo, con desprecio...» En realidad, las palabras «amar» y «amor» tenían muy poco que ver con el James Bohun que él había conocido. «¿Y yo? ¿Amo a mi hijo, a mi mujer, a mi amante como un hombre normal ama los

suyos? ¿Yo?», pensaba Christophe.

—La misma sangre... —dijo en voz alta.

Tiró del primer cajón, vacío: sus manos sólo encontraron un viejo talonario, pero con todos los cheques arrancados; sólo quedaban las matrices. En el siguiente, cartas... Una letra desconocida, fechas de hacía quince, veinte años... una firma de mujer en una tarjeta... Una fotografía amarillenta, un rostro de mujer bajo un gran sombrero adornado con plumas y un velito blanco. Al pie, unas palabras indescifrables. Sus propias cartas, enviadas desde el frente. Enarcó las cejas.

Aquello, aquel sentimentalismo era tan impropio de su padre... Pero quizá tuviera la manía, frecuente en muchos hombres, de guardar sin detenerse a pensarlo todos los papeles que recibía, hasta los más nimios...

«Nunca sabré nada. De todas formas, es normal. Cuando yo haya muerto, Philippe encontrará sus cartas bien ordenadas, sus cartas de niño, la que me escribió con cinco años: "Papá, te doy mi corazón..." Y, como yo, se encogerá de hombros y pensará: "¡Manías de viejo! Porque está claro que nunca me ha querido..."»

En los rincones había otras fotos, descoloridas, rotas, de su madre y de mujeres a quienes Christophe no conocía.

«No, lo que me gustaría ver no es esto, sino recuerdos de su propia infancia, de sus padres, de él joven...»

Pero no encontraba nada. Ni un recuerdo, ni un relato, apenas el nombre de un oscuro pueblo griego. Nada.

«No ha habido hombre en el mundo más solo, más despegado de todo que él... ¿Mi familia? Familia: qué palabra tan incomprensible.»

Por fin, su mano tocó una vieja cartera de cuero negro. La abrió. La raída seda se rasgaba entre sus dedos. En el bolsillo interior había tres billetes de mil francos doblados y un cheque de diez mil que aún no se había hecho efectivo, con la firma de Beryl. Al verlo, Christophe dio un respingo, sorprendido. Sujeta al cheque con un clip, había una carta, una breve nota en la que podía leerse: «Adjunto a la presente, encontrará un cheque por diez mil francos, suma correspondiente a la

mensualidad de diciembre, conforme a nuestro acuerdo.»

Christophe cerró el cajón de golpe.

—No lo entiendo... —dijo en voz alta—. ¿Estoy soñando? Entonces ¿él recibía dinero de Beryl? ¿Viejas cuentas pendientes, quizá? Pero no, no, hay algo más...

Abrió los demás cajones. Vacíos. Salvo el último: contenía un sobre, colocado bien a la vista, que llevaba, escrita a lápiz con la temblorosa letra de su padre, la siguiente indicación: «Para Christophe.»

Despacio, tratando de dominar el temblor de sus manos, lo rasgó. Para su indecible sorpresa, un fajo de viejos recortes de prensa amarillentos, los comunicados de la Agencia Beryl del período 1924-1925, escapó de su interior, junto con una carta dirigida a James Bohun. Leyó:

... mientras no se derroque al gabinete, y pese a nuestros esfuerzos combinados, no hay ninguna posibilidad de incitar a la guerra —o, lo que para nosotros equivaldría a lo mismo, a preparativos en esa dirección— a una Cámara y un país hostiles a las ideas bélicas. Cuento con su influencia, sin la cual no podríamos conseguir nada. Adjunto la lista de los nombres solicitados, con la justificación de las sumas recibidas.

Beryl

Christophe leyó rápidamente los nombres, que figuraban en una hoja volante grapada al dorso. Todo estaba anotado: las fechas, las cantidades y los nombres de los parlamentarios, los periodistas y los empresarios comprometidos. Un total de veinte.

Al pie de la hoja, a lápiz, con la misma letra temblorosa, el anciano había escrito:

Mi herencia, Kit

Christophe echó la cabeza atrás, golpeó con el puño la fría boquita de bronce que adornaba el brazo del sillón y lanzó una risa nerviosa. Al oír los pasos de Geneviève en el corredor se calló y, muy despacio, guardó

los documentos en el sobre y lo cerró. El sol había regresado; iluminaba la cama vacía.

20

Christophe estrujó con irritación la carta y la lista, que acababa de leer por enésima vez. Estaba sentado ante su escritorio de la agencia. Para él, era la hora muerta del final de la jornada. De vez en cuando, en la habitación de al lado, alguien gritaba:

—¿Oiga? ¿Oiga? ¿Clermont-Ferrand?

En todo el edificio resonaba el ruido de los pasos, las voces, las puertas que se cerraban, el tecleo de las máquinas de escribir, el chirrido regular de los carros, que, empujados por las mecanógrafas, se deslizaban con un quejido agudo y monótono. De la dirección llegaban sordos timbrazos. Fuera llovía. Christophe se estremeció nerviosamente, y su cara se torció en una mueca repentina, tan extraña que el empleado de la mesa vecina alzó la cabeza y lo miró. Era un chico rubio llamado Ludovic Pêche. Ordenaba el correo que debía llevarle a Beryl para que lo firmara, como todas las tardes. Los radiadores calentaban en exceso y despedían un olor a pintura y cola. Dieron las seis.

Christophe se levantó, se acercó a la ventana y estuvo largo rato mirando los tejados mojados y el cielo, donde una débil luz plateada brillaba entre dos nubes.

—¿Oiga? ¿Oiga? ¿Clermont-Ferrand? —repetía tras la pared la cansada voz.

«Estoy agotado. Estas tres noches sin dormir y estos últimos días, tan espantosos... —pensó Christophe abatido. Soltó un suspiro—. ¡Vamos, piensa en... piensa en...!», se repitió.

Su mente parecía girar perezosamente en una especie de círculo misterioso y chocar en cada vuelta con el mismo objeto invisible. Una y otra vez encontraba en su recuerdo la imagen de la habitación vacía de su padre y del cojincito cuadrado de cuero verde que había deslizado

bajo la cabeza del difunto.

—¿Papá? Sí... —murmuró con impaciencia—. Pero él está muerto, ahora ya está tranquilo... Pero ¿y yo?

«Habrá que decidirse. Habrá que decidirse y tomar partido... ¡Dios! Qué fastidio...», pensó con esfuerzo, con profunda repugnancia.

—Qué historia tan estúpida... —murmuró con una sensación de asco casi física.

«¿Papá? Con mi juventud y esos documentos, habría incendiado Europa... Pero ¿yo? ¿Yo? ¡Habérmelas con gente como Beryl, pagar a periódicos y derribar ministerios! Pero es que eso no me divierte. Es que no me divierte nada, ni eso... ni lo otro... Porque, desde luego, aún hay un camino... De esa "herencia" se puede sacar otro partido... Una campaña contra los mercaderes del acero, los capitalistas, la sociedad, ¡yo qué sé! Pero me trae sin cuidado. ¡Que revienten! ¡Yo lo que quiero es estar tranquilo! ¿El dinero?», pensó con una especie de desesperación irónica.

Se acordó de las palabras de su hijo: «Yo no tengo la culpa de que todo por lo que merece la pena vivir cueste dinero.»

«El chico tiene razón... ¡La culpa no es nuestra, sino del dinero, instrumento de poder, del dinero, instrumento de odio y dominación! ¡Qué broma, que enorme broma! Sueño con el ocio, la pereza, la tranquilidad... ¡Ni vegetar ni luchar, sino vivir! ¿Acaso es imposible? ¿Por qué no nacería en la familia de mi mujer? Un pequeño rentista de provincias... Aunque ya no hay rentistas. Y pensar que la gente se quejaba, en otros tiempos, Dios mío... Vivir en un jardín tranquilo, en algún lugar de Amboise o Châteauroux, no haber conocido otra cosa ni desearla... ¡Qué sueño!»

Empezó a dar vueltas por la sala a paso lento, canturreando entre dientes: «Beryl...»

Sentía un deseo irrefrenable de verlo. Sin poder evitarlo, vigilaba el teléfono, que sonaría en cualquier momento para convocar a su vecino de mesa al despacho del director.

Una mezcla de curiosidad y crueldad, un estremecimiento muy leve de placer lo agitaron, y se sintió feliz, como en los breves instantes en

que la voz de Murielle despertaba su deseo.

—Joven, ¿me permite que hoy le lleve el correo al jefe yo? Me haría un favor.

—Como quiera —se sorprendió el muchacho.

Christophe cogió el fajo de cartas que le tendía, pero una indiferencia irónica lo invadió de nuevo. Se encogió de hombros y pensó: «Ya veremos.»

Justo entonces sonó el teléfono. Le llegó la voz amortiguada de Beryl, que gruñó:

—El correo.

Christophe recorrió muy despacio el largo y silencioso pasillo, y entró en el despacho. Era enorme y oscuro. Un gran mapa de Europa adornaba un entrepaño. Sobre la mesa, una lámpara metálica con el brazo doblado iluminaba la cabeza inclinada de Beryl. Se había desabotonado el cuello duro y respiraba ruidosamente. La papada le descansaba sobre el pecho y el calor había cubierto de relucientes gotitas de sudor la carne fofa del rostro y los mofletes caídos. «Un pudin desecho», pensó Christophe con lúgubre regocijo.

Entretanto, Beryl, que al verlo entrar había enarcado las cejas, se había repuesto de su sorpresa. Le indicó una silla con un gesto hosco y tendió la mano para coger la correspondencia. Empezó a firmar las cartas, que releía de un vistazo.

Christophe esperaba.

—Lápiz —masculló Beryl.

Christophe le tendió el suyo. Beryl alzó los ojos y, con una risa forzada, como si acabara de verlo, dijo:

—¡Ah! Pero ¿es usted, joven? No lo había conocido. Estos últimos días no hemos tenido el placer de verlo a menudo en la oficina...

—No —dijo Christophe con voz tranquila.

—¿Enfermo?

—De luto. —Señaló con la mano el brazalete de crespón—. ¿No lo sabía?

Beryl se recostó contra el sillón.

—No, no lo sabía... —dijo con esfuerzo, con la voz cambiada—. ¿Su

padre? Pero ¿cómo es que no me he enterado? Me habría gustado asistir al funeral; tengo el honor de haber sido uno de los más antiguos colaboradores de su padre. Los periódicos no han publicado ninguna nota, ¿verdad?

—Estricta intimidad —dijo Christophe.

—Comprendo...

«Hay dos caminos. Seguir con el chantaje... ¿Por qué asustarse de la palabra? O la gran jugada: actuar como lo habría hecho mi padre en sus tiempos. Desenmascararlo, hundirlo, etcétera, etcétera. ¡Dios, qué teatral, qué infantil me parece todo eso! Por otra parte, ¿se dejará hundir el viejo zorro así como así? Mi padre era un adversario temible para él. Viejo, enfermo, pero todavía de su talla, de su raza. ¿Yo? No tengo esa fuerza. Aunque doblara la cerviz, no tardaría en rehacerse y desembarazarse de mí de una forma u otra. Para darle en los hocicos a un individuo tipo Beryl, hay que ser James Bohun, o tener el respaldo de una gran fortuna. Pero, sobre todo, hay que amar la propia vida, la propia y preciosa existencia. La fuerza de esta gente es que, al defender su querido dinero, lo que defienden es su vida misma. Y saben odiar, vengarse, albergar todo tipo de sentimientos caducos, al menos para mí... Ahora experimento cierto placer callando, haciéndole sudar de angustia con mi silencio. Espera, agacha la cabeza, saca pecho... ¿Se prepara para engañarme, para apaciguarme o para luchar? Piensa, me observa, me evalúa... Pues bien, no, decididamente eso ya no me divierte. Ni aunque fuera un farol. La idea de jugar al póquer con él ya no me divierte, la verdad... ¿Y recibir una renta de eso? ¡No!», pensó Christophe con ironía.

De repente se había puesto rojo.

«Es orgullo, estúpido orgullo. No es más que orgullo. ¡Pero es más fuerte que yo! ¡Ni del simple chantaje, que tan fácil sería, me siento capaz!»

Con un esfuerzo de voluntad, se calmó y se dijo con ironía:

«Por lo demás, ¿qué cantidad me daría? ¿Qué cantidad sería suficiente para vivir de ahora en adelante, como yo quiero, y para mantener a los que dependen de mí? ¿Millones? ¡En los tiempos que

corren, el “deshonor” no vale tanto! Y por menos no merece la pena, la verdad... No, lo que tendría su gracia, su valor, sería hacer lo que habría hecho mi padre en su juventud, derribarlo, ocupar su lugar, servirse de él... ¡Que lo haga otro!»

Se encogió de hombros muy despacio. Beryl empujó hacia él el fajo de cartas firmadas.

Por un segundo, se miraron. Christophe de pronto se dijo:

«Pero, pero... ¿no va a adelantarse y despedirme? Desde luego, es lo que haría yo en su lugar... ¡Ah, no! Yo, el hijo de James Bohun, sentirme un primo y... ¡No! Le debo al menos eso a la memoria de mi padre... Espera y verás, amiguito...»

—De joven, cuando estaba usted empezando, trató mucho a mi padre, ¿verdad? —preguntó sin apresurarse, con los dientes apretados.

Los dos hombres se midieron con la mirada unos instantes. Beryl inclinó la cabeza.

—Sí —dijo al fin—. Era un hombre... —Se interrumpió, buscó las palabras y, sin duda, eligió una opción—. Un hombre muy poderoso.

—Supongo que este fallecimiento no cambiará en nada mi situación en la empresa... —dijo Christophe tras un silencio.

Observaba a Beryl con curiosidad. Esperaba que se azorara, que lo contradijera, lo esperaba, lo deseaba, quizá. Pero Beryl guardaba silencio. Por un momento, con una expresión ausente, jugó con el interruptor de la lámpara, encendiéndola y apagándola rápidamente. Por fin suspiró, alzó los ojos hacia él y, recalcando

21

Esa misma noche, en el lecho conyugal, acostado junto a Geneviève, que permanecía inmóvil, Christophe le contó lo que había pasado.

Estaba tumbado boca arriba, con las manos entrelazadas bajo la cabeza. Hablaba lentamente con una voz monótona e irónica.

Geneviève lo escuchaba sin decir nada.

A tientas, Christophe cogió un cigarrillo de la mesilla, lo encendió y soltó el humo despacio.

—¿Me has comprendido bien? —preguntó al fin con una risita nerviosa.

—Sí. —Ella soltó un leve suspiro—. Y... ¿ya está? ¿No había nada más en el escritorio de tu padre?

—Nada de nada, querida.

Y se echó a reír, a su pesar. Geneviève se estremeció.

—Pero ¿qué pasa, Christophe? —preguntó nerviosa.

—Que es cómico. —Él extendió la mano en la oscuridad, buscó la de su mujer y se la cogió—. Entonces... ¿he hecho bien en no sacar partido de ese último regalo de mi padre?

—¿Y qué otra cosa ibas a hacer? Habría sido vil.

«Madame de Fleurville. Es el único argumento que no me vino a la cabeza. Al final, he actuado como si me hubiera venido: la moral ha quedado a salvo», sonrió Christophe con melancólica ironía.

No obstante, no pudo evitar murmurar con suavidad:

—¿Verdad que sí, querida? Sabía que opinarías como yo...

Oyó cómo ella lanzaba un leve suspiro.

—Christophe...

—¿Sí? —Geneviève se acercó a él y, en la oscuridad, le acarició la cara con suavidad—. Christophe, querido, el dinero no da la felicidad.

—No, claro que no...

—Puedes tener la conciencia tranquila.

—Desde luego —murmuró Christophe con voz cansada—. Y la estima de la gente honrada, que has olvidado mencionar...

Cogió la tibia mano que le acariciaba la mejilla y la besó con burlona ternura.

—Habrá que vender los muebles... —dijo Geneviève a media voz.

—Sí. Y el coche.

—Un pisito de tres habitaciones... —murmuró Geneviève en tono soñador—. Pero podemos ser felices en él. Tan felices como ahora.

Christophe apoyó la mano en la mejilla y miró sin un parpadeo la densa oscuridad. En el secreter, que estaba frente a la cama, un jarroncito de cristal relucía en las tinieblas. El débil rayo de un faro de coche atravesó la habitación. La lluvia repiqueteaba en el alféizar de la ventana.

«Ya está. Punto final. Capítulo terminado. ¿Y ahora qué? ¿Dejar el piso? ¿Vender los muebles? Cincuenta billetes, sin duda, para los gastos, el funeral, los honorarios del médico, el fisco... Y, luego, Dios mío, sólo queda vivir, continuar. Tan felices como ahora, dice Geneviève... Es de una ironía deliciosa. En el fondo tiene razón. Mi vida de estos últimos ocho años ha sido parecida a la que haré a partir de ahora, salvo por los momentos luminosos que la hacían tolerable. Al menos ya no hay nada que esperar», se decía Christophe.

—Qué descanso —dijo a media voz.

Pero Geneviève no lo oyó.

«¿En qué pensará? No parece disgustada. No me extrañaría que, bajo su desengaño, empiece a apuntar una oscura satisfacción. Un pisito soleado, yo siempre allí, bien quieto, ¡qué remedio! Una criada para todo, a la que formará y controlará ella... Me preparará platitos deliciosos. Seguro que no me falta de nada. Todo estará limpio y ordenado; los muebles, relucientes; la casa, oliendo a cera y puchero... ¿De qué me quejo?»

—El ideal, el sueño... —murmuró ahogando una risita brutal en el almohadón.

Geneviève se sobresaltó.

—¿Todavía sigues despierto, Christophe? Pareces agitado...

—No, ni mucho menos, te lo aseguro.

—Es tarde, hay que dormir. —Geneviève dudó un instante y, con una voz distinta, murmuró—: De todas formas, es una noticia triste para Murielle...

—¿Por qué?

—Pues... porque... ¿no tendrá que volver a vivir con su marido? Nosotros no dispondremos de los medios necesarios...

—¡Sí, sí, ya lo he entendido! —exclamó él con brusquedad—. Bueno, pues se irá, ¿qué quieres que haga yo?

Se interrumpió porque se ahogaba. Murielle... Entonces, ¿no quedaría nada del pasado? Entraría, vivo, en una siniestra tumba, un sepulcro oscuro y vacío, en el que no le quedaría más que seguir tranquilamente encerrado y esperar la muerte.

Con un estremecimiento doloroso, le preguntó a su corazón: «¿La sigo amando?»

Se respondió él mismo: «No. Sólo lloro por mí.»

22

El piso que había encontrado Geneviève ocupaba la última planta de un edificio de Passy que databa de 1900, el único en todo París que aún estaba adornado con rosetones rosa y vidrieras de colores. Tiendas de ropa, bazares Prisunic, lencerías, tras las puertas cocheras, mercerías y ultramarinos, una peluquería con maniquíes rosas en el escaparate y un mercadillo al aire libre poblaban la calle. Gigantes de cartón pintado custodiaban la fachada de un cine en la esquina con la avenida. El inmueble tenía un aspecto burgués y respetable. La escalera era estrecha, con los peldaños cubiertos de cutí gris con ribetes rojos. El ascensor tenía la forma y la capacidad de un huevo bailando sobre un chorro de agua. El piso consistía en tres habitaciones pequeñas y bajas pero luminosas. La vidriera del cuarto de baño era rosa y verde. Los radiadores ardían. Las paredes, recién pintadas, olían a cola.

Al ver aquello, Christophe se había reído y lo había aceptado todo, animado por una alegría nerviosa.

Una noche, una de las últimas noches que pasaban juntos en la avenida Marceau, Murielle le dijo a media voz:

—¡Vaya! Pareces contento.

—Mis desgracias superan todas mis expectativas —respondió él con una sonrisa.

Estaban solos en el salón, junto al escaso fuego de coque.

Christophe miraba con cariño incluso eso, aquellas brasas rojas... En la habitación de al lado, Geneviève ordenaba los cajones. Cruzó el salón con una pila de ropa blanca en los brazos. Había adelgazado; en su cara empezaban a formarse dos pliegues que hacían que sus mejillas parecieran más delgadas y más hundidas.

Oyeron alejarse sus pasos. Christophe, que volvía a estar sombrío, retorcía y partía por la mitad las cerillas que sacaba sin prestar

atención de la caja y las extendía sobre el brazo del sillón. Tenía un nuevo peso en la conciencia... Aquella mujer silenciosa, que estaba a punto de irse y a la que no volvería a ver, esperaba palabras, caricias...

«Al fin y al cabo, somos amantes —pensaba con una especie de estupor. Pero ¿qué podía decirle?—. Al menos, Geneviève calla, se resigna. Estoy cansado de estas mujeres...», pensó encolerizado.

Murielle se inclinó hacia delante. A la luz de las llamas, escrutaba con avidez el rostro de él.

—Me iré pronto, Christophe...

Él no supo qué responder, y la propia Murielle desvió la mirada y guardó silencio. Oían lo pasos de Geneviève en la habitación de al lado.

Christophe le cogió la mano en la penumbra y retorció nerviosa, malintencionadamente, los dedos abandonados.

—Me gustaría pasar un día a solas contigo —se dolió Murielle entre dientes.

—Será difícil —murmuró Christophe, angustiado.

—Nunca te he pedido nada.

Él dudó.

—Muy bien, aún no hemos vendido el coche. Vayámonos juntos el domingo. Pero Geneviève...

—Geneviève no vendrá.

—¡Vaya! ¿Eso crees?

—Estoy segura.

Christophe se encogió de hombros.

—Está bien —susurró con cansancio—. Si es lo que deseas...

23

La primavera, áspera, impaciente, inquieta, había llegado. El viento de marzo agitaba con violencia las hojas nuevas, enroscadas aún y medio quemadas por las noches frías; pasaba por debajo de las pantallas de las chimeneas y silbaba como un pífano. Pero el aire era más suave, más puro. Las primeras lilas florecían en las carretas de las vendedoras ambulantes.

El 15 de abril tenían que mudarse, y Murielle debía partir hacia Roma.

La vida se extendía ante Christophe, larga y monótona. Tan larga y aburrida se le antojaba que procuraba cerrar los ojos, no prever nada, más allá de cada breve día, acotado por el sueño. Pero, de vez en cuando, la desesperación se despertaba en el fondo de su alma y la atenazaba con un dolor sordo y profundo, la roía como una llaga. Todos los seres vivos buscan la felicidad; él no volvería a encontrarla en esta tierra. ¡Bregar, trabajar sin descanso, sin esperanza! ¡El alquiler, los impuestos, la factura del gas y la de la electricidad jalonarían su vida con sus insoportables y sórdidos vencimientos!

«¡Miles de personas viven y se conforman con esa vida! ¡No! ¡No! Mentira. Se resignan, porque les da vergüenza pararse a pensar en el "aspecto material" de la vida. ¿Vergüenza? ¡Menudo chiste! Que se lo cuenten a otro...», pensaba con vehemencia.

En abril, la verdadera primavera, cálida, tórrida y luminosa, irrumpió a través de los humos, los vapores de la gasolina y los malos olores de París. Durante quince días embriagó a los humanos, acostumbrados ya y resignados al negro invierno, y pasó como una tormenta.

Una mañana, Christophe y Murielle partieron.

Era domingo. Habían salido de casa bastante temprano, a las siete. Las calles aún estaban desiertas.

Comieron en un hostal de los alrededores de Chartres. Un jardín estrecho y largo en el que se cultivaban más verduras que flores rodeaba la casa blanca. Abril aún mostraba aquí y allá, entre los macizos, una tierra rosácea y desnuda. Un cubo subía del pozo con un chirrido de polea oxidada; se elevaba lentamente hacia el sol, lleno de un agua tenebrosa y límpida.

El profundo silencio les relajaba los tensos nervios y calmaba sus cansados corazones. Hasta sus ojos sentían el alivio, el bálsamo de la suave colina, del horizonte gris, un poco aborrascado, como aparece, incluso los días más espléndidos, cuando uno mira hacia París.

Al principio se dejaron invadir por una alegría extraña, intensa y ardiente. Les recordaba el pasado, las excursiones en coche con la capota bajada, las noches locas de antaño... Estaban callados: ¿para qué hablar? Ambos sabían con exactitud qué imágenes reaparecían en la memoria del otro, adivinaban las palabras que los labios, sin el hábito de los besos y las frases de amor, no pronunciarían.

«¿Y si lo único que añoro es mi juventud? —se preguntaba Christophe con tenaz esperanza—. Tal vez. Pero no soy viejo. Cuarenta y tres años es la juventud... Murielle es mi pasado... Pero mujeres no faltan. Chicas atractivas de veinte años que me sacudirán el corazón y me encenderán la sangre, como ella en otros tiempos. —Suspiró—. El hermoso sol... las primaveras, los soles de antaño... Se acabaron, se acabaron para siempre...»

Pero qué hermoso era en sí mismo, pensó Christophe, ese recuerdo del pasado, de ese breve y tormentoso pasado, que había dormido intacto durante tantos años en el fondo de sus corazones, que había conservado todo su sabor, su inocencia primera, porque las palabras y los recuerdos torpes nunca lo habían manchado...

En esos momentos, con el primer y suave sol de abril calentando sus espaldas inclinadas, con aquel cielo profundo y apacible sobre sus cabezas, la sensación de que la vida había terminado, de que la alegría había huido, apenas los entristecía. Guardaban silencio y recordaban. Sólo a veces alzaban los ojos el uno hacia el otro, con esfuerzo, como en su día. Pero Christophe apartaba los suyos: recordaba demasiado

bien los párpados de Murielle, que tan a menudo había besado, curvados como conchas, con el delicado cerco azulado de las ojeras, que acentuaba aún más su tierno color de flor. Párpados ahora oscurecidos, arrugados, con los bordes hinchados, y aquellos ojos cansados y tristes en los que, pese a los años, la languidez y el deseo brillaban como una oscura llama.

Eran cerca de las dos. Se habían equivocado de carretera. Durante un rato habían bordeado un camino desierto entre dos hileras de árboles frutales que el prematuro calor había cubierto de flores durante la noche. En ese momento, el cielo, de un gris suave, se había aclarado a lo lejos y unos rayos de sol alumbraban los árboles y las delicadas e inmóviles flores como si hubiera un foco en la línea del horizonte.

Ahora el cielo, azul oscuro, estaba radiante, y se oía el trinar alegre de los pájaros en las ramas.

Había poca gente, algunas parejas aún rezagadas en las glorietas, pero el resto ya había comido y bebido hasta saciarse, y los coches se iban.

Christophe adelantó los labios y aspiró el aire: pese al sol y el calor, tenía un gusto intenso y frío, un poco áspero; recordaba el invierno que acababa de pasar.

—Tengo hambre —dijo Murielle.

Reía como en otros tiempos. Christophe buscó, como entonces, el brillo de sus dientes, los pálidos reflejos que relucían a veces entre sus labios pintados. Qué boca tan bonita seguía teniendo... Había perdido el puro y orgulloso arco que él recordaba, pero seguía siendo bonita...

La contempló un buen rato y hundió en sus ojos la mirada de los suyos. Ella le cogió la mano. Un estremecimiento de pasión volvió a atravesarle el cuerpo. Saboreó, de un modo extraño y agudo, ese flujo y reflujo del amor, que surgía y se retiraba en ellos como las olas del mar.

«En el fondo, ¿qué importa? Nunca tenemos la vida que habríamos deseado. Que yo me quede con Geneviève y ella vuelva con su marido, ¿qué puede impedir eso? Ella vendrá a París. ¿No me encontré con Pena en París el pasado otoño? Y, si hay eso, amor, deseo, de lo demás se consuela uno, lo demás no significa nada, lo demás no es nada»,

pensó.

Rió.

—Yo también. ¡Me muero de hambre!

Les servían. El restaurante era famoso por su exquisita cocina y sus buenos vinos. Al principio comieron y bebieron alegremente. Luego Murielle se quedó callada. Christophe seguía bebiendo. Poco a poco le cambió el humor; volvió a invadirlo una irritación sombría. El día acabaría, y mañana... ¿Qué le esperaba? La vida en aquel pisito de Passy... Los rosetones rosas, los zócalos de color amarillo huevo, Dios mío... Qué pequeño era ese piso... Y qué lleno estaba de la presencia de Geneviève. ¿Qué más? Vender el coche. Una ola de amargura lo inundó. Y seguramente, nada de vacaciones, ni ese año ni los siguientes, a menos que en un futuro, dentro de una década, pasar quince días en un agujero no muy caro fuera un extra al alcance de su bolsillo. «Nunca volveré a ver ni las montañas de Engadine ni las colinas de Florencia... ¡No! ¡No! ¡No pensemos en eso! ¡Olvidémoslo! ¡Olvidémoslo! Hace un momento era casi feliz. Estaba borracho...»

Porque, a fin de cuentas, ¿qué necesitaba un hombre? Un poco de ocio, olvidar durante un par de horas las preocupaciones diarias y sentir en la cara la brisa de la primavera pasando y volviendo a pasar por encima del parabrisas y quemándole las mejillas y los labios. «La juventud no es otra cosa: una embriaguez perpetua...» Para reanimar el divino escalofrío del amor se sirvió más vino y se lo bebió, pero ¡no era eso! No conseguía recuperar aquella alegría que había huido, que había escapado de él insensiblemente, como la sangre escapa en la bañera por las venas cortadas. Poco a poco lo invadió una especie de tristeza tranquilizadora. Comía y disfrutaba de la comida.

—La comida y el vino merecen más la pena que el amor —dijo en voz alta.

Murielle había extendido la mano hacia él. Christophe había visto claramente el ligero temblor de sus dedos, su gesto de llamada, reprimido enseguida. Ante su mirada, los dejó caer. Murielle apartó la vista y contempló el jardín vacío con desolación.

Él siguió bebiendo. Le dolía la cabeza y tenía el corazón oprimido,

pero lleno de una paz triste. Ya no buscaba la alegría perdida, sólo el pesado equilibrio que le proporcionaba el vino y que necesitaba. Guardaba silencio. Una involuntaria mueca de burlona crueldad, de maldad y mofa recorrió sus facciones.

«¿Por qué? —se preguntó Murielle con el corazón roto, y, por un instante, sintió el deseo de hablarle, de seducirlo; pero se limitó a encogerse de hombros con indiferencia—. Supongo que soy demasiado vieja...», se dijo con amarga resignación.

«¿Es sólo porque ha envejecido? —pensaba asimismo Christophe—. No, ojalá fuera eso. Entonces podría haber otras, como pensaba hace un momento... ¿Ha sido hace un momento o hace un siglo? Pero no. El amor se ha acabado para mí. Que al menos haya en mi vida ese rasgo noble, que Murielle, la sombra, el fantasma de Murielle, se lleve consigo mi primer y último amor.»

—El amor... —murmuró despacio, como saboreando melancólicamente la palabra.

—¿Qué? —preguntó ella con suavidad sin alzar los ojos.

—Nada. Pensaba en el pasado —respondió él con crueldad.

—Es hoy cuando todo ha acabado —musitó Murielle, y su voz ronca y monótona desencadenó un torbellino de recuerdos, de añoranzas, de deseos en el alma de Christophe, que se alzó un instante, pero volvió a caer enseguida en su sombría indiferencia.

«¿Para qué?»

Había refrescado. Parecía que hubiera vuelto el invierno. El sol se ponía.

Era tarde. Se levantó viento. Tiritando, Murielle se ajustó el abrigo de lana alrededor del cuello.

—Se hace tarde —murmuró.

—Sí.

Lenta, pensativamente, Christophe apagó el cigarrillo en el platillo de la taza. Más tarde, y en el instante de la muerte, volvería a ver aquel platillo azul, y la primera avispa, todavía joven, que succionaba con avidez el azúcar disuelto en una gota de café caída de la taza.

La oscuridad aumentaba con extraña rapidez y, con ella, el viento,

fuerte y helado, que traía nubes negras de poniente.

—Está cambiando el tiempo —dijo uno de los dos con voz monótona.

—Va a caer la noche —añadió el otro—. Espero que los faros funcionen bien.

—¿Qué les pasa? ¿Están averiados?

—El de la izquierda se torció. Lo llevé a reparar, pero es un taller pequeño, y el mecánico no sabe mucho. De todas formas, como voy a vender el coche...

—¿Cuánto te darán?

—Pues, no sé, cinco mil francos, si llega. Tiene muchos kilómetros...

Murielle soltó un profundo suspiro, un suspiro exhalado con precaución y desproporcionado para lo que dijo:

—Es una pena...

Christophe le cogió el brazo y, con un movimiento automático, la apretó contra sí unos instantes, constatando al mismo tiempo, con burlona melancolía, la profunda indiferencia que le inspiraba su cuerpo, ahora que los vapores del vino y el calor del sol primaveral se habían disipado. Ella tenía razón... El final no había llegado hasta hoy, la novela no había acabado hasta ese día, pasados tantos años. «¿Será también el final de mi vida? ¿Empezará así?» Se respondió a sí mismo con cansancio: «No. Lo único que ha acabado es la juventud. Hoy en día acaba pronto. La verdadera juventud, la que se nutre de amor. No del amor hecho de breves encuentros sensuales, de actos carnales más o menos apasionados... Sino de lo demás, que es lo único que importa...»

Se apartó de ella. Dejó caer los brazos a los costados. Subieron al coche y se marcharon. Ya había caído la noche, y el frío resurgido hacía estremecerse a Murielle a su lado. Como él, rumiaba triste, silenciosamente viejos recuerdos. La vida había matado el deseo, la pasión, el amor... No quedaba nada.

24

El lunes siguiente, Christophe acompañó a Murielle a coger el tren para Roma. Se despidieron en silencio; él posó los labios una última vez en la fría mejilla que ella le ofrecía, que no se había maquillado, que de pronto parecía ajada y vieja. Subió al vagón. La vio avanzar por el pasillo y desaparecer. Al cabo de un momento, Murielle se acercó a la ventanilla. Era noche cerrada. Detrás de ellos, otro tren se marchaba desgarrando el aire con un silbido puro y penetrante. Christophe distinguió vagamente el demacrado rostro de Murielle, apoyado en el cristal. Ella le gritó algo que él no oyó. El tren arrancaba. Christophe empezó a andar a lo largo del andén. Murielle comprendió que no la había oído. Con gesto nervioso y manos temblorosas, bajó la ventanilla y se asomó. La luz de un farol iluminó sus facciones, pálidas y cubiertas de lágrimas.

—¡Christophe! —gritó.

Él oyó su nombre, pero el resto se perdió en medio de un ruido atronador, porque el tren pasaba por un puente y bajo la marquesina acristalada, que vibraba. Una espesa humareda se alzó del convoy y formó unas nubes negras, que se disiparon muy despacio en el aire, envolvieron el rostro de Murielle y lo ocultaron por completo. Christophe se detuvo. El corazón le latía con violencia. Cuando el humo se dispersó y él alzó los ojos, el tren se había ido. Ya no veía más que los dos raíles, que relucían débilmente en la oscuridad. Le temblaban las piernas. A paso lento se dirigió a la cafetería de la estación, pidió un café y un aguardiente, y se los bebió de pie, esforzándose en dominar el leve temblor nervioso de sus dedos, de su cuerpo.

«Se acabó, Dios mío, qué se le va a hacer... Todo acabó... ¡Ahora, al infierno!»

Regresó a casa.

Cuando llegó, se encontró a Geneviève subida a una escalera de mano, retocando con un pincel las paredes del vestíbulo. Todo el piso olía a aguarrás y cola.

Geneviève canturreaba por lo bajo. Christophe se detuvo un instante y la miró casi con odio. Una expresión de felicidad iluminaba su cara envejecida, alzada hacia el techo.

—¿Ya se ha ido? —preguntó al verlo.

—Sí —respondió Christophe con sequedad.

Su mujer soltó un leve suspiro y entornó los párpados.

—Pobrecilla... —murmuró con sincera melancolía e hipócrita compasión.

Christophe la dejó sola, entró en el dormitorio, abrió la ventana y permaneció inmóvil mucho tiempo, respirando la brisa suave y perfumada que llegaba de un jardincillo cercano. Lo rodeaba un alto muro que ocultaba incluso las cimas de los árboles, pero, por la noche, dejaba escapar bocanadas de olor vegetal que viajaban por el aire.

Geneviève había entrado en la habitación detrás de él. Se acercó y se acodó a su lado en el alféizar. En silencio, miraron la oscura calle y los autobuses que bajaban chirriando y segando la noche con el movimiento regular de la larga lámpara roja sujeta en su costado.

«Cree que me comprende», pensó Christophe con una cólera sorda.

Pero, cuando ella posó la mano en su hombro caído, el contacto familiar de aquella suave mano desnuda hizo aflorar a sus ojos lágrimas nerviosas.

La apartó con brusquedad.

—Buenas noches —masculló, y, tras abandonar el dormitorio y el piso, pasó buena parte de la noche caminando sin rumbo, sin pensar, por las calles desiertas, hasta la orilla del Sena.

25

Pasó la primavera. Mayo volvió a traer el frío, los aguaceros, las tormentas repentinas. Los días se alargaban y parecían más vacíos e inútiles que en pleno invierno. El calor no volvió hasta junio. Pero Christophe se sentía invadido por una extraña apatía. Comía, bebía y dormía sin pensar ni desear nada. Olvidaba que, lejos de París, de su ruido y su polvo, las playas se doraban bajo el sol y la lluvia, que el mar era azul y tenía vetas de oro y fuego. A veces, al atardecer, iba solo a la terraza de un café, se sentaba entre dos cajones de adelfas y pasaba un rato contemplando las fuentes de la plaza bajo el cielo puro hasta que le entraba sueño. Volvía, se acostaba y dormía un sueño pesado hasta el amanecer.

El calor iba en aumento. Philippe no tardó en marcharse: el estudio cinematográfico en el que trabajaba rodaba en Bandol. Desde allí mandó un telegrama, y ocho días después, una carta oscura, en la que sólo estaba clara la posdata: «No me queda un céntimo.» Luego, la correspondencia cesó, salvo por breves postales que recibían de semana en semana. No regresaría a París hasta otoño.

Christophe había visto partir a su hijo con alivio. El desorden y las manías de Philippe lo irritaban ya en el inmenso piso de antaño. «Así que aquí, con las colillas en la bañera, los discos desparramados por el suelo, las fotos y las cartas de amor de sus amigas entre las páginas de los libros, la situación se vuelve catastrófica», se decía.

El verano... La oficina de la Agencia Beryl en la que trabajaba se encontraba en la planta superior del edificio. Las paredes estaban pintadas de blanco; en un lado había un gran ventanal por el que entraba un raudal de luz cegadora, un terrible resplandor que parecía perforar lo ojos y penetrar en el cráneo.

Un atardecer de julio, Christophe llegó a casa antes de lo habitual.

Geneviève tenía en las manos una carta, por la que paseaba la mirada ostensiblemente, esperando sin duda despertar su curiosidad. Pero Christophe, que ya sólo miraba su rostro familiar muy de vez en cuando, no dijo nada.

La mesa estaba puesta delante de la ventana abierta, por la que entraban todos los ruidos de la calle. Y, del mismo modo, en las casas vecinas, todas las ventanas permanecían entornadas para que entrara el poco aire respirable que bajaba del cielo hacia la tierra al caer la noche.

En cada vivienda había un hombre en mangas de camisa acodado en un alféizar; se veían camas preparadas para la noche y mesas recogidas. En el aire se mezclaban los sonidos de los gramófonos y las radios, incluso los lejanos timbres de los teléfonos, que resonaban a través de la estrecha calle de casa en casa; la voz de las porteras, sentadas en los umbrales de las puertas de entrada; el estruendo de los camiones que bajaban por la calzada; las risas y los chillidos de los niños; el estrépito de sus patines de ruedas... El cielo se oscurecía. Enfrente, alguien tocaba el violín. De vez en cuando, entre el discordante y monótono guirigay de la calle, Christophe percibía algunas notas leves, alzaba la cabeza y escuchaba en silencio. Del cercano jardín, recién regado, escapaban vaharadas de aromas, que llegaban hasta él.

Uno tras otro, los gramófonos y las radios enmudecieron. Ya sólo se oía el violín. Su apasionada y melancólica música atravesaba dulcemente el aire abrasado.

—Toca de maravilla. —Christophe se asomó a la ventana e intentó ver la silueta inclinada sobre su instrumento.

Pero la vivienda estaba en penumbra; sólo una lámpara, cubierta con una tela roja, lucía sin fuerza en un rincón.

Luego, alguien puso en marcha, una vez más, su gramófono. Por un instante, el violín luchó; se oían las largas frases jadeantes, parecidas a quejas o gritos desesperados. Después, la ventana se cerró. Sólo el gramófono siguió lanzando a placer hacia la tranquila noche: «Tenía un mentón chiquitín, / Valentine, Valentine. / Y pezones pequeñitos / que yo le tocaba a tientas.»

—He recibido carta de mi hermana, querido —dijo Geneviève.

—¿Ah, sí? —preguntó Christophe con aire distraído.

—Me invita a pasar quince días en nuestra casa, en Courtenay.

Christophe sintió una alegría extraordinaria. Se acercó a su mujer y, de repente, le apretó la mano.

—Pero ¡qué buena idea, querida! Podrás descansar, respirar el aire del campo... Después de este invierno infernal...

Geneviève bajó los ojos y permaneció inmóvil unos instantes, jugando distraídamente con el cuchillo.

—No me gusta dejarte solo, Christophe, pero vamos a tener que recurrir a mi hermana...

—¿Cómo? —preguntó él frunciendo el ceño.

—Piénsalo bien, querido... Con los tres mil francos de tu sueldo no podremos arreglárnoslas. ¿No lo comprendes?

Christophe palideció, y frunció los labios en una rápida mueca. Geneviève siguió hablando con precipitación:

—Un préstamo, tan sólo un préstamo, naturalmente.

—¡Ya! —exclamó él con una risa amarga—. Si cuentas con mi futuro, entonces soy yo el que tengo que decirte: «¿No lo comprendes?» Con Beryl tengo todos los caminos cerrados. Y hoy día es imposible encontrar otro trabajo... Como sin duda sabes, nos hallamos en una enojosa situación económica llamada crisis. Puede que otro hombre fuera capaz de abrirse camino en semejantes circunstancias, de luchar, de triunfar... Yo no. No te hagas ilusiones. Soy demasiado perezoso, demasiado egoísta, y no amo la vida lo suficiente. No esperes nada de mí.

—Razón de más —murmuró Geneviève.

Christophe se esforzó en sonreír.

—Tienes razón.

—He pensado que mi hermana y yo deberíamos compartir la herencia de Henri a partes iguales... —continuó Geneviève.

—¿Henri?

—¿No lo recuerdas? ¿Es posible? —exclamó su mujer en tono de reproche—. Mi hermano mayor, que vive en Australia. Pero si te he

hablado de él... Es muy rico y no tiene hijos. He pensado —continuó tras una breve pausa— que podría comprometerme, en tu nombre y en el de Philippe, a renunciar a esa herencia en favor de mi hermana. A cambio, nos pasarían una pequeña renta durante unos años. Bueno, mil francos al mes... Es todo lo que podría conseguir. Recuerdo que, cuando era niña, mi padre y mi tío Auguste llegaron a un acuerdo parecido.

—Dios mío, pero ¿cuántos años tiene tu hermano?

—Va a cumplir cincuenta.

—¿Está enfermo?

—No, que yo sepa.

—¿Y crees que tu familia te pasará mil francos al mes con la esperanza de esa herencia lejana?

—Lejana pero segura —repuso Geneviève con viveza—. No conoces nuestro espíritu de familia, querido —continuó con el deje de superioridad y la mirada que aparecían siempre que hablaba de los suyos y de Courtenay—. Mi hermana tiene tres hijos, es juiciosa y previsora. Si yo estuviera en su lugar —prosiguió, con un suspiro—, actuaría del mismo modo. Así es como se crean las fortunas en nuestra tierra, con ahorro y previsión —añadió repitiendo las palabras que había oído en la infancia y que salían de sus labios dictadas, sin duda, por un linaje de difuntas, de sensatas burguesas de Courtenay, que descansaban en la paz del Señor.

Christophe hizo su gesto habitual de encogerse de hombros.

—Tienes razón, querida.

Geneviève soñaba, con la mirada perdida.

—Cuatro mil francos mensuales... Con cuatro mil francos viviríamos bastante bien. Gracias a Dios, el alquiler es barato. No podríamos quejarnos —concluyó.

Se levantó, se acodó en el alféizar y entrecerró los ojos. Muy lejos, tras la ventana cerrada, el violín volvía a sonar.

Christophe escuchó largo rato, embelesado.

«Pero ¿qué es? ¿Qué es?»

—¡Ah, sí! —exclamó en voz alta—. La flauta mágica... *Die Zauberflöte*...

«No puedo ni oír música —se dijo con una desesperación extraña—. Me parte el corazón...»

26

Christophe pasó parte de la noche sentado en el alféizar de la ventana. De vez en cuando se inclinaba hacia el exterior para intentar aspirar una bocanada de aire más fresco. Pero, conforme avanzaba la noche, el calor se volvía más seco y más agobiante. De la calle llegaba un olor a gasolina; un polvillo caliente crujía entre los dientes.

«Era lo que me faltaba: pedir ayuda a los Courtenay, que me desprecian y me odian... ¡Bah, seguro que con el asunto de la herencia hacen un buen negocio! Todo se arregla... pero mal.»

Su mente volvió a Murielle, aunque, no sabía por qué, cuando pensaba en ella, en Roma, no veía más que una calle ruidosa, estrecha y gris bajo la lluvia. Ya no recordaba más que esa primera impresión que había tenido de Roma en 1902, cuando la visitó de niño. Había olvidado lo demás. Que en la tierra siguiera habiendo paisajes hermosos, sol y alegría le resultaba inconcebible.

El reloj dio las doce. ¿Qué quedaba por hacer? Empezó a salir gente de un cine, en la esquina de la calle. Christophe oyó un rumor de voces. Una mujer exclamó algo que se perdió entre el ruido de la calle; el final de la frase fue lo único que llegó a sus oídos:

—Acostarse y dormir, no hay nada mejor...

«Qué existencia... Que, en los breves y únicos años que se nos concede para vivir, no se desee más que el sueño, el olvido, la muerte...», pensó, y se puso en pie con esfuerzo.

Al menor movimiento, el sudor le resbalaba por el cuerpo. Cruzó el comedor; gruesas rosas estivales abiertas como coles, sedientas debido al calor de la noche, con los pétalos carcomidos por una roya insidiosa, colgaban fuera del estrecho jarrón que las contenía. Con suavidad levantó las pesadas corolas, que volvieron a derrumbarse de inmediato. Fue a buscar agua al fregadero y la vertió en el jarrón. Durante unos

instantes, el aroma de las flores, reanimadas por las gotas de agua, se hizo más intenso, más embriagador; pero casi enseguida las rosas, removidas, se doblaron aún más y uno tras otro dejaron caer sus pétalos, que se desprendían lentamente, con una especie de indiferencia. Christophe los apartó con el pie, en un gesto mecánico.

Volvió a la cocina, llenó de agua un vaso y se la bebió de un trago. Hasta el agua estaba caliente y olía un poco a fenol. Cruzó las dos habitaciones del fondo y se aseguró de que todas las ventanas estuvieran abiertas para que entrara todo el aire nocturno posible.

A lo largo de la calle, las ventanas se apagaban una tras otra. Un hombre grueso en mangas de camisa permanecía de pie ante la entrada de la casa de enfrente, mirando alelado la farola verde de gas. Era una noche serena; entre los tejados inclinados, a través de la claridad rojiza de París, vagas estrellas temblaban en el cielo.

Christophe abrió la puerta del dormitorio, se sentó en la cama y miró a su mujer dormida con la misma atención sostenida con que había contemplado las flores minutos antes. Geneviève había dejado el brazo colgando con pesadez fuera de la cama, con la mano abierta, inerte. Procurando no despertarla, se la cogió, la sostuvo unos instantes entre las suyas y volvió a dejarla sobre la colcha.

«Qué alegría, que se vaya... Yo sería incapaz de dejarla, ni por otra mujer ni para irme solo. Pero si fuera ella quien se marchara, sin sufrimiento...»

De pronto comprendió que soñaba con su muerte y se quedó horrorizado. Presa de un miedo supersticioso, se inclinó despacio hacia ella y, temblando, posó los labios en la frente inmóvil. Recordó la mejilla helada de Murielle en la estación oscura, hacía dos meses. «Dividido entre dos mujeres, a ninguna de las cuales amo, en realidad... Es curioso... Pero las mujeres nunca han tenido un papel demasiado importante en mi vida... —Pensó en Philippe con una tristeza confusa, y luego se dijo—: Más me valdría dormir... Sueño despierto. El calor... ¿Qué ha dicho la mujer de la calle? —se preguntó abrumado, con una especie de turbio esfuerzo; como en sueños, en efecto, cuando la memoria persigue penosamente una imagen en el fondo del pasado—.

“Acostarse y dormir, no hay nada mejor.” Jamás se han dicho palabras más profundas. Qué sed...»

Llenó de agua el segundo vaso y se lo bebió entero. El ruido de la botella al dejarla en la mesilla despertó a medias a Geneviève, que se volvió despacio, lo miró sin verlo y se durmió de nuevo. Sus labios entreabiertos dejaban escapar un débil silbido.

Christophe se acostó a su lado y apartó asqueado la ropa de la cama, que se le pegaba al cuerpo. Ni un soplo de aire. Buscó largo rato un sitio fresco en el almohadón, pero acabó impacientándose y arrojándolo al suelo. En algún lugar del edificio sonó la una.

—Si mañana quiero estar fresco —murmuró—, tengo que dormir. En el trabajo me paso el tiempo dando cabezadas.

«Mi padre debía de infundirles mucho miedo, para que se hayan avenido a mantenerme en mi puesto, aunque él ya esté muerto y enterrado...», se dijo.

Masculló una maldición, se abrió el pijama desde el pecho con rabia y lo arrojó igualmente al suelo; luego, se volvió una vez más, cogió a tientas la botella y el vaso, y bebió de nuevo.

«No me dormiré...», se dijo con una desesperación tan desproporcionada que se interrumpió y murmuró:

—Por Dios, me estoy volviendo un histérico...

Encendió la lamparita de su mesilla y cogió unos libros al azar. Pero no, los aborrecía... Qué alejados de él, qué ajenos a sus... sórdidas penas... Entre ellos se había colado una novela policíaca; consiguió leer unas páginas de ésta, interesado por un momento por aquellos seres inconsistentes, arrastrados por una trama violenta. Luego cerró el libro y, lentamente, martilleando las palabras, dijo en voz alta:

—Ojalá estuviera muerto. Muerto —repitió despacio, y cerró los ojos.

«¡Qué sueño!» De manera misteriosa, la idea de la muerte lo calmaba. «¡Dios, qué calor, qué calor! Estar tendido, desnudo, en la arena de una playa rosa, al amanecer...»

Lejos, sonaron las dos.

Pero, poco a poco, empezaba a perder la conciencia, a hundirse en el pesado sueño de las sofocantes noches estivales de París.

Volvió a sentir una sed insoportable, pero no tuvo fuerzas para extender la mano. De pronto se vio en el fondo de un pequeño valle, una tarde de mucho calor; una voz, que reconoció como la paterna, pero ligera como un soplo de brisa, dijo en un tono impaciente, sin dirigirse a él, aunque a su lado, casi encima de él:

—El vallecito oscuro...

—¡Sí, sí, en Niza, pues claro que me acuerdo! —dijo él en voz alta con una pizca de impaciencia.

Una sombra fresca, deliciosa, verde, lo rodeaba por todas partes, como agua profunda. El valle formaba dos murallas muy altas cubiertas de árboles inclinados; el viento, que pasaba entre ellos con un silbido rápido y agudo, los mecía lentamente. En el suelo, a sus pies, vio una corriente de agua, tenebrosa pero límpida, que le hizo pensar: «Estoy soñando, claro, y este sueño es un buen augurio: el agua cristalina significa felicidad...»

El sol no penetraba hasta aquella agua, que tenía un color negro, con reflejos luminosos. En la orilla crecían flores en gran abundancia, margaritas de tallos desproporcionados, que él, sin saber por qué, se apresuraba a coger y atar en manojos. Al instante se marchitaban y se le caían de las manos. Él sentía una pena extraordinaria y una cólera infinita. Al final, las lanzaba lejos, se tumbaba en el suelo, a la orilla del agua, rápida y deliciosa, y, al alzar los ojos, veía un cielo sin color, del tono de perla que adquiere el crepúsculo entre las altas montañas.

De pronto, como si alguien le hubiera sacudido el hombro, se despertó. Estaba amaneciendo; se oía el ruido atronador de los cubos de basura que retiraban y dejaban caer sobre el camión parado. El vehículo reanudó la marcha, soltó un chirrido, como un grito sobrehumano, y se alejó.

Christophe se incorporó bostezando.

«Qué sueño tan estúpido... Sólo son las cinco —pensó con desesperación mirando el reloj—. Y ya hace calor... ¿Cuánto durará esto, Señor?»

Se levantó y recorrió el piso cerrando los postigos uno tras otro. En la cocina, el alicatado reflejaba ya el cielo azul, de un azul oscuro e

intenso. En el estrecho patio interior, en forma de embudo, había trapos secándose en todas las ventanas.

27

Christophe volvió al dormitorio, se tumbó en la cama semidesnudo y, sin moverse ni pensar, presenció la llegada del día a través de la ventana. A las siete fue al cuarto de baño, llenó la bañera de agua fría y se sumergió en ella con una sensación deliciosa.

En el cuartito, estrecho y alicatado, no había ventana, sino una vidriera verde y rosa, que iluminaba el suelo.

En el agua helada, Christophe se relajó. El sudor de la noche, una especie de pez húmeda que se le había pegado al cuerpo, se desprendía y se escurría de su piel. Pero, en cuanto salió, en cuanto sus pies desnudos se posaron en las baldosas recalentadas y sintió el calor del aire, se estremeció una vez más y miró su cara en el espejo.

—¿Qué me pasa?

Geneviève llamó a la puerta con los nudillos.

—El café está listo, Christophe...

La siguió al comedor y se sentó en silencio frente a ella.

«Que se esté callada, por Dios...», pensó.

Pero, sin mirarlo, Geneviève hablaba con su voz uniforme de Courtenay, de su hermana... Tal vez evocar rostros conocidos desde la infancia le produjera placer, la reconfortara, o tal vez la torpeza provocadora de las mujeres la empujara a hablar justo de lo que él había declarado «tabú» en esos momentos. Christophe la escuchaba sin decir nada, con los labios crispados en una muequecilla dolorosa.

Sorprendida por su silencio, Geneviève lo miró.

—¿Cuándo te vas? —le preguntó él con precipitación.

—Pues... pasado mañana... ¿No te lo había dicho?

—¡Ah, sí! —murmuró Christophe, y se levantó.

Ella echó un vistazo al periódico que Christophe había dejado en la mesa.

—«El servicio meteorológico» —leyó a media voz— «no prevé ninguna bajada de las temperaturas ni para la jornada de hoy ni para la de mañana». Estupendo... —murmuró, y soltó un suspiro.

Christophe volvió al baño para afeitarse. Geneviève recogió la mesa pensando vagamente en el frescor de Courtenay... En su juventud, detrás de la casa había un jardín, siempre oscuro y un poco húmedo, pero en un rincón soleado crecían árboles frutales en espaldera. Cerró los ojos y, en el fondo de su memoria, oyó la voz de su madre, llamándolos a sus hermanos y a ella: «Henri, Yvonne, Geneviève... Coged la merienda y lleváosla al huerto...»

Sobre sus cabezas se balanceaban ciruelas doradas.

—Geneviève... Henri... Yvonne...

Repitió los nombres a media voz con una especie de asombro, pensando en su hermana, en su cara rosácea y sus mofletes caídos, en la barba gris de su hermano mayor, el mismo cuya herencia iba a negociar.

Se detuvo, irritada por la falsa claridad doble del sol que entraba por la ventana cerrada y la electricidad encendida, y miró la hora.

«Va a llegar tarde...», se dijo.

Christophe seguía sentado, inmóvil, en el borde de la bañera. Alrededor, los azulejos, el espejo y el agua que caía del grifo relucían, lo rodeaban de una especie de resplandor móvil.

Aquel cuarto era tan estrecho y asfixiante como un armario. Teñido como la ropa de una colada por el resol de la vidriera, el alicatado se había vuelto azul. Los tejados, que parecían querer escalar el cielo, tenían un tono añil, violeta. «Ese color de pámpano, de colinas violáceas bajo un sol incandescente, es la representación misma del calor», pensó, desmoralizado.

Como si fuera el paraíso perdido, pensó en el oscuro piso de su padre, en su turbio olor a moho, a ligera humedad, en los viejos suelos de tablas, que se doblaban bajo los pies... El ambiente que le gustaba... Le gustaba la melancolía, la añoranza que despertaba en él.

—La noble añoranza... —murmuró—. Pero esto, esta claridad, esta mediocridad triunfante... cómo lo odio —refunfuñó con rabia.

Ya oía la radio en el piso de al lado. Las cotizaciones de la bolsa, los precios de las materias primas, el algodón, los cereales... Otro vecino aprovechaba su ocio matutino para estudiar inglés con discos. Diez, cincuenta veces, la misma voz lenta y gangosa cruzaba el patio: «*What is this? It is butter. What is this? It is salt. What is this? It is bread.*»

Por encima de los cajones calados que adornaban los alféizares de las cocinas, dos mujeres con los brazos desnudos asomaban fuera las despeinadas cabezas.

—¡Qué calor! —exclamaba alegremente una, que era joven y cuya cabellera pelirroja resplandecía al sol—. ¡Más que ayer aún!

Y la otra, mayor, con una gruesa cara púrpura y congestionada, y el pelo salpicado de mechones grises, respondía gimiendo:

—Catarro asegurado...

Christophe se levantó con esfuerzo, cogió la navaja de afeitar y la sumergió en el agua caliente, pero de pronto se dio cuenta de que no se había enjabonado la cara. El mismo, el mismo movimiento todas las mañanas, todos los días, hasta la muerte, Señor... Rechinó los dientes.

—¿Cuántas veces? —murmuró—, ¿cuántas mañanas más tendré que ver mi cara en este espejo?

Miró estúpidamente la hoja de la navaja, que relucía al sol, y deslizó la yema de los dedos por el filo de acero.

—Esto no corta —dijo con suavidad. Hizo presión y retiró la hoja—. Sentir la vida huir como la sangre que escapa de las venas cortadas en una bañera llena de agua caliente... —recitó a media voz mientras observaba en el espejo su rostro congestionado y sus ojos desorbitados —. Estoy enfermo. Sin duda, estoy enfermo —susurró—. Qué cara...

Rió y, con las dos manos, se alzó despacio la barbilla, que seguía cubierta por la barba corta y dura de la noche. Con la punta de los dedos, tocó en un gesto automático la piel, el cuello, palpó las azuladas venas, mirando al mismo tiempo su imagen en el espejo con una especie de interés burlón.

—Probemos —dijo.

Cogió la navaja, se la pasó por la garganta con mucha suavidad, sin apretar, disfrutando al ver que un ligero hilo escarlata marcaba la piel.

—Cortar, presionar a fondo, sentir que mi cabeza se separa de mí, como una fruta madura...

De pronto, al hacer un movimiento casi involuntario, la sangre brotó y le embadurnó los dedos. Pero sólo sentía una leve quemazón. Dudó; entrecerró los ojos.

—Estoy loco —dijo, y oyó el sonido lejano de su voz, al tiempo que una idea le atravesaba la mente.

«Estoy jugando. Es un juego de maníaco, pero sé que voy a parar. Ya no tengo veinte años, por Dios, uno no se suicida a mi edad. ¡Qué estupidez! Y además, ¿por qué? No, sólo juego: apoyo la hoja, la retiro... Muy bien —se dijo de pronto—, si vuelvo a oír ese gramófono odioso y ese *What is bread?*, aprieto y...»

—A mejor vida, quizá... —murmuró con una risa ahogada.

Esperó. El gramófono se había callado. Luego, lentamente, entre el guirigay del patio, las voces de las criadas, los chirridos de las puertas mal engrasadas, los golpes de los cubos de basura vaciados en los contenedores..., el aparato recitó: «*What is this... It is bread...*» Con rabia, Christophe se golpeó el tenso cuello con la hoja de la navaja, pero la mano le había temblado. Un violento dolor lo atravesó. Se dejó caer al suelo, vio alrededor los reflejos verdes y rosas de la vidriera, cerrada sólo en parte, y en las manos, el pecho desnudo y el pantalón blanco del pijama la sangre, que ya había empezado a brotar.

En ese preciso instante se abrió la puerta. Antes de desvanecerse a medias, le dio tiempo a ver la cara pálida y asustada de Geneviève inclinada sobre él.

—No es nada... —murmuró—. Un accidente, querida. Un estúpido accidente...

Al instante cerró los ojos y se hundió en una especie de semiinconsciencia, en la que subsistían la sensación de quemazón, una sed insoportable y la certeza de haber cometido una gran estupidez.

28

Con gran esfuerzo, Geneviève había conseguido parar la sangre. Un poco de agua vertida en la cara lo hizo volver en sí. Estaba apoyado en ella, con la cabeza en el hueco de su brazo desnudo. Con un sentimiento extraño, respiró un instante el casto y suave aroma a lavanda que emanaba de él. Luego, se incorporó tambaleándose y se apartó de su mujer.

—Qué estupidez... —dijo entre dientes—. Ayúdame a salir de aquí.

En silencio, Geneviève lo sostuvo por el brazo mientras, con un esfuerzo sobrehumano, él se levantaba y caminaba hasta el comedor. Allí, las ventanas estaban cerradas y las persianas, bajadas. La sombra y el silencio calmaron, apaciguaron poco a poco el corazón desbocado que sentía latir bajo su mano. Había recobrado la lucidez por completo.

«¡Qué idiota! ¿Qué me ha dado?», pensaba encolerizado.

—No sé cómo he podido ser tan torpe... —dijo con voz débil—. Se me ha escapado la mano...

—¡Has querido matarte! —gritó de pronto Geneviève con una voz extraña y vibrante, que a Christophe le costó reconocer—. ¡No mientas, Christophe! ¡He visto tus ojos, tus ojos de loco! Estás loco —repitió bajando la voz y mirándolo con una especie de estupor—. Es el acto de un loco...

Él se encogió de hombros.

—Está bien, tienes razón. Ha sido un momento de locura. Pero tranquilízate. No tiene mayor importancia... —Pensó qué más decir, no se le ocurrió nada y, sin meditarlo, repitió—: Ninguna importancia...

Geneviève no respondió.

—Dame agua, por amor de Dios —se impacientó él.

En la oscuridad, la oyó alejarse y coger un vaso. Cuando volvió junto a él, se lo acercó a los labios antes de hablar lentamente, con una voz

baja y temblorosa:

—¿Es posible que la amaras hasta ese punto?

Él dejó el vaso en la mesa con precaución: le temblaba la mano.

—¿A quién? —preguntó.

Geneviève soltó una risa amarga.

—¡Oh, no trates de engañarme, no merece la pena! Lo sé, y desde hace mucho tiempo... A esa mujer, a tu prima —dijo con odio.

Al comprender que evitaba nombrar a Murielle, Christophe pensó, casi contento: «Cómo han debido de odiarse... Puede que sin saberlo...»

Se pasó la mano por la cara lentamente. Tendría que hablar, tranquilizar, mentir... Qué cansancio...

—Pero qué idea tan absurda... —se limitó a decir con voz fatigada—. ¡Creer que podría matarme por una mujer!

Sí, lo cierto es que era una idea absurda... De hecho, ¿había querido matarse? Claro que no, había sido un movimiento reflejo...

Con malestar, se pasó los dedos por la dolorosa heridita.

—Dame un pañuelo, querida...

Con un estremecimiento, Geneviève le tendió el paño que tenía en la mano, cubierto ya de manchas escarlatas.

—Mi pobre Geneviève... —empezó a decir Christophe con suavidad.

Pero se interrumpió y soltó un pequeño suspiro cansado e indiferente. Ella no lo entendería. ¿Matarse él por una mujer? Murielle, entre otras mil mujeres... ¿Por qué Murielle? Con la penosa nitidez de los sueños, volvió a ver su cara inclinada hacia el fuego, sus hombros, envueltos en el viejo chal verde, encorvados, lastrados por un peso invisible. Pero la imagen familiar se borró, y del pasado surgieron otras facciones, más íntimas y más queridas. La Murielle joven y su apasionado rostro, bajo la corona negra de su pelo trenzado. Se estremeció a su pesar. Qué lejos quedaba todo eso...

Pensó en lo que había dicho Geneviève: «Lo sé, y desde hace mucho tiempo...» La miró con curiosidad.

—Bueno, dime, ¿qué creías saber? —le preguntó con mecánica precaución.

—Siempre la has amado.

Christophe enarcó ligeramente las cejas.

—¿Siempre?

—Antes de que nos casáramos y... —Geneviève se interrumpió, desvió la mirada y suspiró: vaciló un instante y, sin duda, temió las consecuencias de sus peligrosas palabras—. En fin, es el pasado...

El pasado, pensó Christophe, el amor... De manera confusa recordó las noches de baile, los regresos al amanecer en el coche descubierto, aquel cuerpo joven entre sus brazos... Pero, de todas esas imágenes, sólo una le provocó un estremecimiento de añoranza: los bosques de Ville-d'Avray y el frescor del estanque al amanecer, mientras la brisa, pura y saturada, intermitentemente, de amargos olores vegetales, les soplaba en la cara...

—Decididamente, las mujeres están locas —dijo con irritación y un deje agrio e irónico, que a él mismo le sorprendió.

«Ahora va a preguntarme si aún la amo. ¡Por qué no me dejarán tranquilo, Dios mío!», pensó.

Pero Geneviève no preguntó nada. Entró en la cocina y se puso a fregar las tazas del desayuno. No sabía estar inactiva; tenía unas manos hábiles y rápidas, y sus movimientos la calmaban, aligeraban su pesadumbre.

Christophe se levantó con un suspiro y miró la hora.

—Hoy no iré a la oficina. Voy a acostarme otra vez. ¿Qué tren coges pasado mañana?

Geneviève dudó un instante.

—Pues... no lo sé... —dijo al fin en voz baja—. De todas formas, no me iré pasado mañana...

—¿Y por qué? —gritó él en un arrebato de ciega furia.

Su mujer había adoptado el tono que él odiaba, sereno, inhumano, el mismo que utilizaba para calmar las rabietas de Philippe cuando era niño.

—Estás nervioso. Estás enfermo. Es mejor que me quede.

Christophe se dominó con enorme esfuerzo y apretó una contra otra las temblorosas manos.

—No vuelvas a hablarme nunca de esta absurda historia y no vuelvas

a hablarme de Murielle. Será... será mejor, créeme... Te repito que he tenido un momento de locura. Son cosas que pasan. Tenía la navaja en la mano y, de pronto, he cerrado los ojos y he presionado. Ha sido un gesto tremendamente torpe, o inconsciente, si lo prefieres. ¿Quién se mata a los cuarenta y tres años, y menos por amor? —concluyó con una risita cansada.

Sin esperar su respuesta, se dirigió hacia el dormitorio. No deseaba otra cosa que derrumbarse en una cama ancha y fresca. Los postigos cerrados detendrían los gritos y el calor de la calle. Le dolía el cuello.

—Qué estupidez —masculló una vez más con cólera, y se dejó caer en la cama.

Apartando con las piernas las sábanas revueltas, soltó un profundo suspiro y se durmió.

Geneviève cerró la puerta tras él, se sentó en la primera silla que encontró y miró con hostilidad, como si fuera una habitación ajena, el pequeño comedor, bajo y oscuro. Estremeciéndose, exclamó indignada:

—¿Y yo? Pero ¿es que nunca piensa en mí?

¿De verdad había querido suicidarse? Era algo tan impropio de Christophe... «Pero ¿qué sé de él?», se preguntó con tristeza. Era un ser de otra raza, el hijo de James Bohun, que se había muerto sin una queja, sin esperar compasión, con su eterna mueca desengañada en las comisuras de los jadeantes labios, resecados ya por la muerte.

Suspiró y se lamentó para sí ante un interlocutor invisible:

—Qué difícil es comprenderlo...

Dejó escapar las lágrimas y luego rechazó su recuerdo, su imagen con desesperación.

—¡Ah, Dios mío, qué cansada estoy también yo! Más vale que me vaya. Estará mejor. Yo lo agoto —se dijo con amarga humildad—. Philippe también lo ha agotado, lo ha irritado siempre... ¡Oh, Dios mío! Soy demasiado vieja para ser feliz y demasiado joven para no sufrir. Courtenay, el frescor del jardín...

La pesada atmósfera de la habitación pareció caer sobre sus hombros de golpe. Sin apresurarse, se secó las lágrimas que se habían formado en las comisuras de sus ojos y resbalaban hasta sus labios; las bebió con

una languidez desolada y, despacio, encorvada, fue a abrirle la puerta a la mujer de la limpieza.

29

Esa noche, Christophe, más sereno tras dormir varias horas sin soñar con nada, encontró las palabras necesarias para que su mujer pudiera dejarlo solo sin escrúpulos de conciencia.

Se extendió bastante sobre el accidente, explicándole, en un tono irónico y despreocupado, que se había dicho: «Si vuelvo a oír ese disco de inglés...»

Geneviève lo escuchaba en silencio, bajando la vista, y pensaba: «Sin duda, dice la verdad...»

—Mañana mismo iré al médico —continuó Christophe—. Debo de estar tremendamente nervioso y deprimido. Me dará algún calmante.

—Es lo más sensato.

—Si estás a gusto en Courtenay, escríbeme para decírmelo. Iré a pedirte hospitalidad para un fin de semana —añadió Christophe obedeciendo a una súbita inspiración.

Geneviève enrojeció ligeramente.

—Es una buena idea —dijo con expresión complacida.

Y dos días después se marchó.

Christophe la acompañó a la estación. Era tarde, casi medianoche. Lo últimos trenes de cercanías entraban en los andenes. La gente bajaba sin prisa de los coches. Las mujeres vacilaban bajo el doble peso de los niños dormidos y los enormes ramos de flores campestres, medio marchitas ya, que llevaban en los brazos.

El tren se llevó a Geneviève. Una felicidad extraordinaria se apoderó de Christophe. Al salir de la estación respiró el aire caliente con placer.

Sin pensar, paró un taxi y se subió; se dijo demasiado tarde que debería haber cogido el metro, pero se encogió de hombros. Se sentía cansado; unos extraños fogonazos lo cegaban de vez en cuando.

Era una noche tropical. El cielo parecía húmedo y pegajoso como la

pez. Echó la cabeza atrás y miró las estrellas, apenas visibles entre los tejados, agitadas por un ligero temblor. Abría la boca con avidez en busca de aire fresco que respirar, pero ni siquiera el movimiento del coche hacía que corriera brisa.

Pasaron bajo unos castaños iluminados desde abajo por unas lámparas de arco. Las hojas no se movían; ya estaban secas y rosáceas, como en otoño. El polvo tenía un regusto a almendras tostadas y amargas; irritaba los ojos...

«Murielle... ¿Para qué? ¿Para qué?» Miró con odio los coches cargados de maletas con los que se cruzaban. Conducir un automóvil de carreras, veloz y silencioso... «Mi único deseo: ¡el coche más rápido de Francia!»

Volvió a echar atrás la cabeza e inhaló aquel aire incandescente, que olía a polvo y gasolina. En las terrazas de los cafés había hombres sin chaqueta y otros con el cuello desabrochado o con polos blancos de tenis. Mujeres con finos vestidos de tirantes pasaban lentamente y, de vez en cuando, con un movimiento enérgico de nadadora, separaban los brazos del cuerpo para librarse de la sensación de la tela pegada a la piel. Christophe advirtió de pasada que el calor no les impedía llevar estolas de piel, aunque la mayoría no tenían ánimos para lucirlas sobre los hombros; las sujetaban por el extremo de las patas, como conejos muertos, y las balanceaban despacio. Todo el mundo caminaba con lentitud, deteniéndose de vez en cuando para secarse el sudor de la frente. Todos aquellos rostros que, iluminados por la cruda luz de las farolas, aparecían y desaparecían al paso del coche tenían un extraño parecido. «Como espejos, realmente», pensó Christophe.

Bajó delante de Weber, se sentó en la terraza y abrió la boca para pedir un martini. Pero la preocupación por la economía lo detuvo a tiempo; optó por una jarra de cerveza. Se la bebió. La cerveza le dio más sed. Encendió un cigarrillo y aspiró el humo con avidez. Los autobuses de la Madeleine a Concorde pasaban por delante de él, rozando casi su mesa, que era la última de la acera. Parecían circular a una velocidad insensata, y las luces de los semáforos, que cambiaban a lo largo de las calles, alternativamente rojas y verdes, giraban ante sus

ojos. La sangre le golpeaba las sienes; los párpados le ardían. Hasta el cielo parecía correr con furia sobre su cabeza como un largo e hirviente río. Cerró los ojos, ávido de tranquilidad y silencio.

«Estoy cansado... Y, sin duda, en el mundo hay más cosas aparte del dinero y el ocio... Soy indolente, pido el Edén; en el fondo, lo que pido es el Edén, rechazo, odio, aborrezco el mandamiento de Dios: "Con el sudor de tu frente..." La vida... Dar tanta importancia al aspecto material de la vida es odioso, ¿a que sí? Pero, si quitamos eso, ya me dirá usted qué es lo que queda en este mundo —pensó dirigiéndose febrilmente a un interlocutor invisible—. Si quitamos los trajes suaves y cómodos, las sábanas frescas, la vajilla, los buenos vinos servidos en copas bonitas, la indolencia, el ocio... ¿qué nos queda? Sí, sí, ya lo sé, las ideas, el amor... Pero para eso hay que tener la mente y el corazón libres... y yo seré un esclavo hasta el final de mis días... ¡Dios, qué calor!», se dijo una vez más, y miró a su alrededor, aturdido.

La absurda heridilla, presionada por el cuello de la camisa, le hacía más daño cada vez. Pero no quería pararse a pensar en aquel dolor estúpido, que le recordaba su breve momento de locura y lo mortificaba. De pronto pensó con envidia en su padre, en el pequeño cementerio, donde el verano hacía abrirse las flores. El día anterior le había llevado rosas... Era el único sitio de París donde se podía respirar; allí siempre soplaba una brisa leve y fresca. De la tierra, constantemente removida, subía una humedad deliciosa, y los árboles eran más altos y gruesos que en ningún otro sitio... ¿Cuánto tiempo tendría que pasar aún para que también él pudiera acostarse allí? No temía la muerte, ni aquella inmovilidad, aquel silencio, aquella tierra fría y profunda... Qué apetecible parecía, con un calor como aquél, la tierra olorosa, atravesada por las raíces y llena de savia... Lo odioso eran aquellas tumbas de obra, aquellas piedras, tan pesadas, sin duda, y la madera y el hierro del ataúd, la ropa... Cerró los ojos e imaginó que lo acostaban desnudo en la tierra, que la tierra mordía sus huesos y se mezclaba con su carne... Disolverse, desaparecer cuanto antes, transformarse en materia... librarse de las preocupaciones, de los pesares... sentirse atravesado únicamente por suaves ondas de frescura

o calor... El pavimento se derretía bajo sus pies en el aire incandescente... La muerte... Suspiró. Aún era joven y gozaba de buena salud. La paz estaba bien para los demás... Para él... Cómo envidiaba a los que se desesperaban por cuitas amorosas, sentimentales... Aún debía de haberlos... Que te engañaran, por ejemplo. Aún había hombres que sufrían porque una mujer los engañaba... Cómico... No se daba mucho, es verdad... Pero se daba... Pensó en Geneviève. «Me ama, está celosa, y sin embargo se ha ido con una sensación de liberación... Pero no, lo suyo ya no es amor... Es su imaginación —pensó de pronto, y rió con esfuerzo, sintiendo que una quemazón insoportable se extendía desde su cuello herido al resto del cuerpo—. Y, en realidad, la otra, Murielle, también... A través de mí, ama su juventud, su pasado... ¡Ay, cómo las comprendo a la dos, y también a mí mismo!»

Se levantó a duras penas y paró un taxi que circulaba despacio.

Y, al instante, se olvidó de las mujeres. El coche volaba bordeando los muelles desiertos. Inclinado hacia la ventanilla, Christophe veía rielar en el agua y desaparecer la luz de las farolas. Qué vida tan vana, inútil como la de un perro... ¿Y miles de personas vivían así? Rodeados de millones que deseaban esa vida, como si fuera la única felicidad a la que podía aspirar el ser humano...

Rió. «Bonita idea da eso del hombre... ¿De quién es esa frase?», caviló. Intentó acordarse con un esfuerzo absurdo, desmesurado, pero no lo consiguió. Le hizo un gesto con la mano al taxista.

—Más rápido, por favor... —dijo con voz cansada—. Vaya más rápido...

El Sena era la cosa más bonita del mundo... Extrañas luces, montones de ascuas derrumbándose, tramos de densa oscuridad, las fauces abiertas de una tabernita roja, de la que escapaba una canción estridente... La noche tocaba a su fin. Una brisa más fresca daba al aire un sabor y una pureza nuevos.

30

Al día siguiente se despertó tarde. Había dormido mal las últimas horas de la noche y, por la mañana, había soñado con viento y una tormenta. Al abrir los ojos, comprendió que la puerta abierta del dormitorio debía de haber estado moviéndose mientras dormía, y que ése era el origen del ruido quejumbroso y extraño de tempestad que seguía resonando en sus oídos. Subió la persiana y buscó ávidamente algún presagio de lluvia en el cielo, pero la brutal luz del sol se le metió en los ojos como un chorro de fuego. Lanzó una mirada de consternación a los tejados de enfrente. Bajo el cielo ennegrecido por la borrasca que amenazaba París desde hacía semanas pero no estallaba, su color cárdeno, reseco, daba aún más sed.

Cerró los postigos con un suspiro y, al oír ruido de pasos en el comedor, se dio la vuelta: allí estaba la mujer de la limpieza, una tal señora Victoire, con su delantal gris, el rostro violáceo y congestionado por el calor y una corona de cabellos blancos y alborotados.

Christophe la miró.

—¿Los niños están en el campo? —preguntó.

La mujer pareció sorprenderse, pero respondió complacida:

—¡Pues sí, señor Bohun!

Christophe lo había adivinado: era una de esas mujeres cuyo marido o cuyos hijos, según el caso, están al aire libre, disfrutando, mientras ellas se quedan en la ciudad, afanándose en los barrios bajos. Aun así, estaba contenta.

«Sólo un amor extraordinario puede ayudar a soportar esa vida. Pero esa capacidad de amar no se nos da a todos», pensó Christophe con profunda tristeza.

—Si están contentos, eso es lo esencial... —dijo con una suavidad que a él mismo le sorprendió, sin ironía, ni en el alma ni en los labios, sino

con una mezcla de curiosidad y vaga simpatía.

La mujer suspiró.

—Sí, señor... El señor también tiene un hijo mayor... —añadió.

—Así es —respondió Christophe.

Pensó en Philippe y se encogió de hombros. Él no podía consolarse con las palabras que le había dicho a la mujer... Philippe no estaba contento... Philippe era tan inestable y desgraciado como él...

Fue a vestirse. Se quedó asombrado ante el aspecto que ofrecía la heridita del día anterior. Tenía todo el cuello rojo e hinchado. Soltó un juramento y empezó a buscar la barrita de antiséptico. No dio con ella, aunque puso patas arriba el pequeño botiquín fijado a la pared. Sólo encontró el frasco de yodo, pero estaba vacío; no contenía más que un poco de tintura parduzca pegada al fondo de la botellita.

En ese momento, la señora Victoire llamó a la puerta con los nudillos.

—Las nueve...

Iba a llegar tarde otra vez. El día anterior ya había faltado a la oficina... Por otra parte, se había jurado que a partir de ahora no cogería taxis, sino el autobús. «No tengo tiempo.» Irritado, dejó el frasco vacío en el botiquín y siguió a la mujer hasta el comedor. De pie, mientras acababa de vestirse, se tomó una taza de café. Se sentía cansado e incómodo: el dolor del cuello aumentaba con cada movimiento.

Se obligó a apartarlo de su mente. Dejó la taza en la mesa con esfuerzo, arrojó al suelo el periódico, que no había leído, y salió.

Fuera tuvo la sensación de haberse metido en una sauna. El asfalto se derretía. El aire era pesado y pegajoso. Instintivamente, apartaba los brazos del cuerpo, como un nadador que se abre paso en el agua.

Subió a la oficina e inició la tarea diaria.

Dos horas después, como el dolor se había vuelto insoportable y lo acompañaban una sensación de náusea y súbitos y penosos escalofríos que lo agitaban como una hoja, una de las mecanógrafas, sorprendida por su voz ronca y jadeante, alzó la vista hacia él.

—Pero, señor Bohun, ¿qué le ocurre? ¡Usted no está bien!

Despacio, Christophe se pasó la mano por la frente.

—Debe de ser el calor —murmuró—. ¿Por qué me mira así? ¿Qué tengo?

La chica le tendió un espejito de bolsillo. Christophe miró con atención el rostro tumefacto y violáceo, con los ojos dilatados y brillantes de fiebre. Se señaló la herida.

—Es esto... —dijo con esfuerzo—. Este pequeño corte que me hice en el cuello, no sé cómo, al afeitarme... Ha debido de infectarse.

—Espere —dijo la mecanógrafa con viveza, y desapareció.

Poco después volvió con un frasco de tintura de yodo. Le untó con ella la parte inferior de las mejillas y el cuello. Christophe la dejó hacer unos instantes. La cabeza parecía a punto de estallarle y ante sus ojos pasaban círculos y anillos encajados unos en otros, de un tono púrpura de sangre fresca.

Pero el calor que desprendía el cuerpo de la mecanógrafa, el contacto de su brazo desnudo, el olor de sus axilas, visibles bajo la blusa de muselina, le revolvían el estómago. La rechazó con suavidad.

—Pero, por Dios, si no es nada, señorita, muchas gracias, déjelo... Ya me lo curaré cuando llegue a casa.

Siguió dictando cartas. Al cabo de un rato tuvo que parar por segunda vez. Le ardían las mejillas, y unos extraños escalofríos le recorrían la espalda; como serpientes heladas, se deslizaban a toda velocidad de la nuca a los riñones. Cerró los ojos y dijo encolerizado:

—Qué se le va a hacer... Me vuelvo a casa.

De todas formas, ya era mediodía.

Cuando vio en la mesa el bistec sangrante que la señora Victoire había preparado antes de despedirse, una vez acabada su tarea, Christophe arrojó una bilis amarga. Asustado, llamó a la mujer, pero ya estaba lejos. Se arrastró hasta la portería, levantó el auricular y llamó a un médico al azar, y a otro después de ése. Vacaciones... vacaciones... Siempre le respondía el servicio de los abonados ausentes con una voz monótona: «El abonado estará fuera de París hasta septiembre.»

Optó por volver a subir a casa, coger dinero e ir en taxi a la farmacia más cercana.

«Una infección de la sangre, probablemente. Pero qué cansado estoy...», pensó con esfuerzo.

Se sentó un instante en el borde de la cama para esperar a que los sordos y desacompasados latidos de su corazón se calmaran. La cabeza empezó a darle vueltas lentamente. Cerró los ojos y se sumió en una especie de desvanecimiento.

Cuando salió de él, cuando consiguió escapar de aquel aletargamiento progresivo y agotador, la habitación estaba a oscuras; una sola flecha de polvo dorado la surcaba desde la ventana hasta la bola de cobre de la cama.

Sólo veía aquella bola dorada brillando en la oscuridad. Su fulgor penetraba a través de sus ojos en su cerebro enfermo y lo atravesaba de parte a parte como una aguja envenenada. Envenenada... Lo repitió en voz alta varias veces con una especie de asombro, y comprendió al fin. La fiebre se había apoderado de él, lo zarandeaba, lo arrojaba contra los barrotes de la cama, que tan pronto agarraba como rechazaba, de manera involuntaria. Pero su mente conservaba la lucidez y la ironía. Mejor así, o en todo caso, igual. Estaba cansado, cansado de la vida desde hacía mucho tiempo. Le había dado algunos años buenos. ¡No! Algunos días buenos. Era fácil hacer la cuenta. La infancia, ninguno. Quizá aquella vez que había jugado a la pelota al sol en un parque de Londres cuajado de flores. Una playa rosa en otoño, en el fondo del recuerdo, en el fondo del tiempo... Eso, cuando recuperó su imagen, le provocó un estremecimiento de añoranza. Era lo único que merecía la pena: estar tumbado al sol, o a la fresca sombra, oyendo el ruido sordo y profundo del mar. Pero, en definitiva, tendría todo eso. Estaría tendido en un eterno y delicioso frescor, y el estremecimiento de las semillas que estallan, el temblor de la tierra, los soplos calientes, las largas raíces, retorcidas como serpientes en el fondo de un agujero, aquel aroma vegetal que tanto le gustaba... todo eso, lo tendría eter... eternamente... «A quienes, como yo, no han amado su vida, la que les ha tocado en suerte en este mundo, Dios quizá les conceda transformarse en animal, en planta, en elemento, en piedra, quién sabe... Eternamente.»

En su cabeza, un fuego verde ardía y se balanceaba de un lado para otro. ¿Qué iba a echar de menos? ¿A la mujer? Demonios... había olvidado su nombre... ¿A aquella mujer que surgía del pasado, con las negras trenzas apretadas alrededor del pálido rostro?

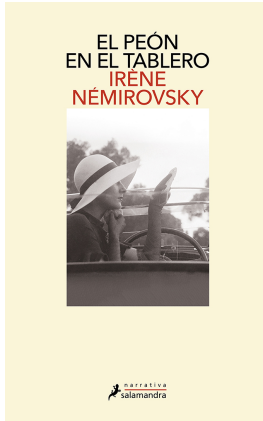
«Es curioso que, cuando estoy a punto de morir, apenas recuerde las facciones ni el nombre de la mujer a la que amé... de la única mujer sobre la faz de la tierra, en este mundo, en esta vida, a la que he amado... En mi corta y única vida. Me trae sin cuidado. Hace mucho tiempo que se acabó. Morimos a los veinte años. Morimos cuando la alegría se ha ido. Condenada vida... Incomprensible... No he sabido vivir... Puede, puede... Pero consiento en morir con toda el alma... Eso también tiene su importancia...»

Se espabiló del todo y vio que se había hecho de noche. Unas moscas zumbaban. A lo lejos se oía un gramófono, y, de pronto, su sonido ronco y ahogado lo ayudó a recordar la voz de Murielle, y su rostro, y todo el sabor y el olor de aquella vida terrestre que se le escapaba «como la sangre escapa lentamente de las venas cortadas...». Por un momento le dio pena. Él, que nunca había sentido otra cosa que cólera y una especie de rencor salvaje reprimido en su interior desde hacía años, sintió pena por sí mismo. Miró con ternura sus manos, sus hermosas manos, que se habían ido amoratando poco a poco bajo las uñas y que pronto estarían inmóviles bajo la tierra... ¿Y qué? Era mejor eso que vivir así. Volvió a pensar en Geneviève, en Philippe... o al menos le pasó por la mente la idea de que no deseaba volver a verlos, de que se habían quedado muy lejos, en la superficie, mientras él se hundía, mientras tiraban de él desde abajo hacia negras profundidades.

—Mi mujer, mi hijo... —murmuró.

Rió y, con un gesto violento, adelantó los labios para esbozar su sarcástica mueca habitual, pero el esfuerzo lo dejó sin respiración. Sin pretenderlo, sus brazos se tensaron; los apartó del cuerpo con un movimiento brusco y miró la bola de cobre, que, alcanzada por un resplandeciente rayo de luna, relucía y temblaba en las tinieblas. Exhaló un profundo y tranquilo suspiro, echó la cabeza atrás, pugnó por respirar un instante y acabó de morir.

Una novela intensa y vibrante que retrata de forma magistral las luces y las sombras del París de los años treinta



Hijo de un magnate del acero cuyas inversiones se han venido abajo, Christophe Bohun, un hombre sin ambiciones, esperanzas ni deseos trabaja en una Agencia Internacional de Noticias y vive con su padre moribundo, su mujer, su amante y su hijo, rodeado de una grandeza ruinosa y aquejado por un profundo malestar. Junto con el vago recuerdo de una mujer a la que una vez amó, su único placer es la sensación de libertad que le proporciona su coche. Cuando se ve obligado a renunciar a él, toma conciencia de repente de la «pena profunda e incomprensible» que le ha abrumado durante tanto tiempo. Sin embargo, cuando su padre muere, Christophe encuentra un sobre lacrado que podría convertirse en un arma potencial para sacudirlo de su sombrío letargo.

La crítica ha dicho:
«Una estremecedora pequeña joya literaria».
ABC

«Irène Némirovsky nos hace sentir lo que está en juego en lo más

recóndito de la naturaleza humana».

Le Soir

Irène Némirovsky nació en Kiev en 1903 en el seno de una familia acaudalada que huyó de la revolución bolchevique para establecerse en París en 1919. Hija única, Irène recibió una educación exquisita, aunque padeció una infancia infeliz y solitaria. Años antes de obtener la licenciatura en Letras por la Sorbona, su precoz carrera literaria se inicia en 1921 con la publicación del texto *Nonoche chez l'extralucide* en la revista bimensual *Fantasio*. Pero su salto a la fama se produce en 1929 con su segunda novela, *David Golder*, la primera que vio la luz en forma de libro. Fue el inicio de una deslumbrante trayectoria que consagraría a Némirovsky como una de las escritoras de mayor prestigio de Francia, elogiada por personajes de la talla de Jean Cocteau, Paul Morand, Robert Brasillach y Joseph Kessel.

Sin embargo, la Segunda Guerra Mundial marcó trágicamente su destino. Denegada en varias ocasiones por el régimen de Vichy su solicitud de nacionalidad francesa, Némirovsky fue deportada y murió asesinada en Auschwitz en 1942, igual que su marido, Michel Epstein. Sesenta años más tarde, el azar quiso que Irène Némirovsky regresara al primer plano de la actualidad literaria con el enorme éxito de *Suite francesa*, su obra cumbre, descubierta casualmente por sus hijas, publicada en 2004 y galardonada a título póstumo con el premio Renaudot, entre otras muchas distinciones. Las novelas de Irène Némirovsky, publicadas en español por Salamandra, han sido traducidas a treinta y nueve idiomas, demostrando el interés por una autora que se sitúa sin duda entre los grandes escritores del siglo XX.

Título original: *Le Pion sur l'échiquier*
Primera edición: abril de 2024

© 1934, Éditions Albin Michel
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2024, José Antonio Soriano Marco, por la traducción

Ilustración de la cubierta: © Boris Lipnitzki / Roger-Viollet / Alinari

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. *El copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19456-98-4

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
X: @SalamandraEd
Instagram: @SalamandraEd
YouTube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

El peón en el tablero
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 8
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Sobre este libro
Sobre Irène Némirovsky
Créditos